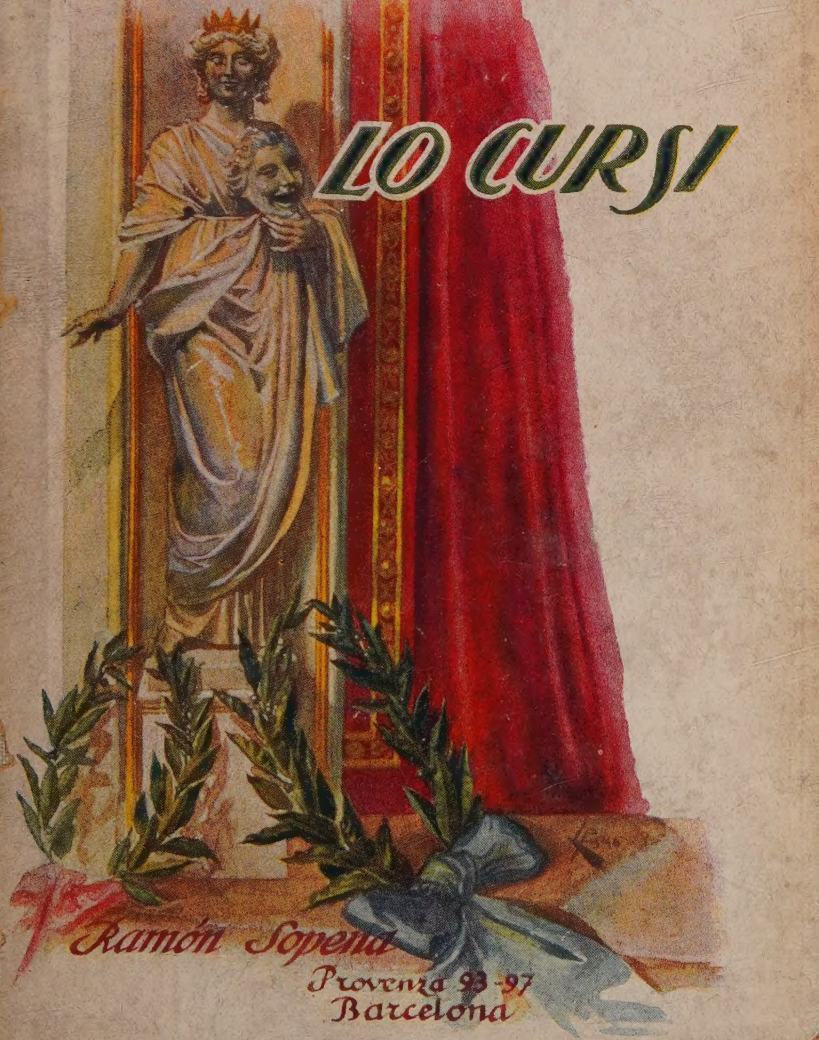
BIBLIOTECA SOPENA

Jacinto Benavente

La noche del sábado

LO QURSI



Ramón Sopena
Provenza 93-97
Barcelona

FISK UNIVERSITY
La Noche des sabado, novela esce
c.1
3 1865 00109321 9

FISK UNIVERSITY LIBRARY
NASHVILLE, TENN.

NO.....

501

LA NOCHE DEL SÁBADO

FRANKLIN LIBRARY
FISK UNIVERSITY
DATE DISCARDED_____

:: :: BIBLIOTECA SOPENA :: ::

JACINTO BENAVENTE

LA NOCHE DEL SÁBADO

NOVELA ESCÉNICA EN CINCO CUADROS

LO CURSI

COMEDIA EN TRES ACTOS

RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93-97
BARCELONA
1930

862
B456n
114715

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

PERSONAJES

El lector.
Imperia.
Princesa Etelvina.
Condesa Rinaldi.
Lady Seymour.
Edith.
Donina.
Jenny.
Lelia.
Zaida.
Maestá.
Esther.
Julieta.
Rosina.
Pepita.
Celeste.
Teresina.
Nelly.
Fanny.
Marcela.
Leonardo.
Príncipe Miguel Alejandro.
El príncipe Florencio.
Lord Seymour.

El duque de Suavia.
Harry Lucenti.
El Signore.
Mr. Jacob.
Nunú.
Tommy.
Tabaco.
Rujú-Sahib.
Gaetano.
Cecco.
Pietro.
Comisario.
Genaro.
Marinero 1.°
Idem 2.°
Idem 3.°
Idem 4.°
Mozo 1.°
Idem 2.°
Cornac.

Damas, caballeros, artistas de circo, marineros, tziganes, criados, policías, etc.

En una estación de invierno entre Italia y Francia.

PRÓLOGO

EL LECTOR

La noche del sábado. Mar, cielo y tierra se unen amorosos con gloriosa alegría; luz, oleaje, montañas, frondas, son como risotadas de un mundo niño, ignorante del dolor y de la muerte. ¡Encantado pedazo de tierra! Deidades, héroes, ninfas y faunos fueran tus únicos habitadores; espíritus de ciencia y de amor los únicos que te contemplaran; idilios de Teócrito, églogas de Virgilio tu propia poesía; y si un espíritu de nuestro tiempo triste ennoblece en ti su tristeza, sea el de Shelley, divino poeta, creyente en la eterna armonía de la Verdad, el Bien y la Belleza; el que no limitó lo infinito y adoró a Dios en todo; por rito de su culto, la misma amorosa letanía del

santo poeta de Asís, universal enamorado; el que a todas las criaturas saludaba con su canción de amor ardiente: hermano sol, hermana agua, hermanos pajarillos, hermano lobo... ¡¡Todos hermanos! Y aquí, en este pedazo de tierra encantado por la Naturaleza, ved ahora, son los hombres. Es la estación invernal a la moda; han elegido bien su terrenal paraíso... Pudiera serlo, pero huyen del frío y traen el frío de su vida; huyen de su vida y su vida les sigue... Para ellos todo camino es de infierno dantesco, y así puede decirse a su entrada...

Per me si va nella città dolente;
per me si va nell eterno dolore;
per me si va trà la perdutta gente.

CUADRO PRIMERO

Un hall en una villa suntuosa.

ESCENA PRIMERA

La PRINCESA ETELVINA, LADY SEYMOUR, La CONDESA RINALDI, EDITH, LEONARDO, EL PRÍNCIPE MIGUEL, EL PRÍNCIPE FLORENCIO, LORD SEYMOUR, HARRY LUCENTI y el DUQUE DE SUAVIA. Edith toca un laúd y Lady Seymour y Leonardo escuchan la música; la Princesa Etelvina, el Príncipe Miguel, Lord Seymour y el Duque de Suavia toman el te en otro grupo. El Príncipe Florencio, la Condesa Rinaldi y Harry Lucenti hojean grabados y aguas fuertes y conversan muy animados. Varios criados atienden al servicio. Un criado entrega un telegrama al Príncipe Miguel.

ETELVINA.— ¿Noticias de Suavia?

PRÍNCIPE MIGUEL.— ¡Gran noticia! *(A la princesa)*. Debes ser la primera en comunicarla; lee...

DUQUE.—¿Algo grave? *(Imponiendo silencio)*. La música, señores...

ETELVINA.—¡Qué alegría! Hijo mío, oye... Su Majestad Imperial ha dado a luz con toda felicidad un príncipe heredero.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Viva el príncipe!

TODOS.—¡Viva!...

DUQUE.—¡Viva Suavia!

TODOS.—¡Viva!...

PRÍNCIPE FLORENCIO. *(Cogiendo el telegrama)*.—¡Por fin!... Un príncipe, después de siete princesas. El Imperio ha pesado sobre mí bastante tiempo. Era mi enfermedad; ahora recobraré la salud por completo.

LADY SEYMOUR.—Tomáis alegremente vuestro partido.

RINALDI.—Un trono no se pierde todos los días.

ETELVINA. *(Al príncipe Miguel)*.—Contestad en seguida; que no tarde nuestro parabién, nuestros mejores augurios por la felicidad del Imperio.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Nadie los juzgará sinceros. Tan mal me conocen; la emperatriz nos alejó de la corte por celos de que yo tuviera demasiada prisa por ser emperador; ahora menos que nunca debo volver a Suavia; la vida de mi augusto primo estaría

demasiado ligada a la mía, y la mía me basta.

ETELVINA.—Bien se advierte en lo poco que cuidas de ella.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Ahora que mi vida ya es mía, que me pertenece por entero, concluiré por amarla. ¡Libre! Ya no soy el príncipe heredero; ya no tendré fijos en mí tantos intereses, tantas esperanzas... y tantos odios. Ni mis siete primas, las princesas, aspirantes a emperatrices consortes, ya que la vetusta ley sálica del Imperio las impide ser soberanas... ahora no les importará tanto que yo...

ETELVINA.—No hables así; siempre ese tono ligero.

DUQUE.—Alteza, éramos muchos los que esperábamos en vos; los que os hemos visto nacer y peleamos al lado de vuestro padre. Un príncipe niño; el emperador es viejo; el Imperio está perturbado.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Sí; no es una solución.

PRÍNCIPE FLORENCIO. *(Al príncipe Miguel).*—Querido tío, eres joven todavía, puedes ser su regente, como lo hubieras sido conmigo; porque confieso que sobre ti hubiera pesado el Imperio y tú lo hubieras heredado

al fin. Mi vida imperial hubiera sido corta.

ETELVINA.—¡Quién sabe! La vida hubiera tenido objeto para ti... No como ahora. ¡De todos modos, si tú estás contento!...

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Muy contento. ¿Y tú? ¿Recuerdas aquella amarga frase de Daudet en *Los reyes en el destierro?* ¿Me querrás menos ahora que no puedo ser rey?

ETELVINA.—¡Ingrato! ¡Loco! Que tú vivas feliz, eso es todo lo que deseo.

LADY SEYMOUR.—Justamente. Edith tocaba la marcha de vuestro perdido Imperio; es muy original.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¿Al laúd? Sonaría como algo moribundo. Es una marcha guerrera de trompetas y tambores; no se comprende sin relucir de espadas y de arneses; es toda el alma guerrera de nuestra patria... Y ya veis, dicen que la compuso un monje extranjero para los funerales de un poeta.

DUQUE.—Es una leyenda ridícula.

LADY SEYMOUR.—Es bonito, un monje, un poeta...

LEONARDO.—Tennyson hubiera escrito un poema.

LADY SEYMOUR.—¡Gran poeta Tennyson! Un

poeta caballero, admitido en la mejor sociedad.

HARRY LUCENTI. *(A Leonardo)*.—Lady Seymour quiere confundirme con su desprecio. No perdona al príncipe mi invitación.

LEONARDO.—Eres el escándalo de Inglaterra.

HARRY LUCENTI.—Registra los *secrétaires* de sus grandes señoras, y en todos encontrarás un tomo de mis poesías junto a las cartas de sus amantes... Sobre la mesa del salón se ostenta la Biblia y los libros de Kipling.

LEONARDO.—Y un esposo respetable delante de la mesa.

HARRY LUCENTI.—Después de comer, debajo.

LEONARDO.—Ayer te dije yo esa broma, y te pareció de muy mal gusto.

HARRY LUCENTI.—Y sigue siéndolo cuando lo dice una extranjera. ¿Tú crees que es tan fácil dejar de ser inglés? Inglaterra me ha desterrado como a Byron...

LEONARDO.—Pero tú no has podido desterrar a Inglaterra.

RINALDI.—¿Byron? Yo no le encuentro inmoral. Yo aprendí el inglés leyendo a Byron y era yo una niña.

LEONARDO.—¿Y no os quedaba que aprender más que el inglés leyendo a Byron?

RINALDI.—Las italianas no somos como lady Seymour; no nos asusta alternar con los poetas desterrados.

LEONARDO.—La condesa está curada de espanto.

RINALDI.—Convaleciente nada más; por eso paso aquí todos los inviernos.

LEONARDO.—Siempre sola.

RINALDI.—Mi marido no quiere venir.

LEONARDO.—Sí; él ya está curado.

ETELVINA.—Suavia arderá en fiestas a estas horas.

DUQUE.—La corte, la gente oficial, el pueblo amaba al príncipe Florencio: no podía olvidar que era hijo del libertador; del invencible; de vuestro esposo, venerado en Suavia.

ETELVINA.—Es verdad; pero ya sabéis cuánto se ha tramado en estos últimos años para desacreditar a mi hijo.

DUQUE.—¿Qué vida de joven a los veinte años podría soportar esa continua fiscalización?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Pero si Florencio hubiera sido otro... No quiero entristecerte; es tu

hijo único, sé cuánto le quieres; pero la conducta de Florencio...

ETELVINA.—¿Qué vas a decirme que yo no sepa? Bastante he llorado. Pero ahora su salud sólo me interesa. Aquí ha de reponerse.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Aquí? Dos días hace que habéis llegado, y ya el prefecto de policía se ha creído en el caso de advertirme qué peligrosos lugares frecuenta el príncipe.

ETELVINA.—¡Dios mío!

PRÍNCIPE MIGUEL.—El prefecto es un hombre de mundo. El Signore, como le llaman aquí todos. El príncipe de este minúsculo Estado le paga espléndidamente por conservar la tranquilidad y sobre todo el decoro aparente de esta peligrosa cosmópolis, adonde acude gente de todas partes y de todas clases.

ETELVINA.—¿Y dices que Florencio...?

PRÍNCIPE MIGUEL.—No temas. El Signore ha destinado agentes secretos que le siguen siempre y le protegerán si llega el caso. Pero es vergonzoso.

ETELVINA.—Sí lo es; compadéceme. No le faltaba más que haber intimado con Lucenti, ese poeta medio inglés, medio italiano; un hombre siniestro, sin sentido moral. Lord y

lady Seymour están escandalizados de verle aquí.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Es cierto? Sí, he notado... Pero yo creía... Voy a saberlo. Mylady, acaban de decirme que no os agrada la presencia de Harry Lucenti.

LADY SEYMOUR.—En efecto, nadie recibe a ese hombre en su casa.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Perdonad. Me pareció haberos visto hablando con él ayer mismo en el Casino.

LADY SEYMOUR.—Y muchas veces; pero nunca delante de mi marido.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Es que a vuestro marido le he visto conversando con él en la mayor intimidad.

LADY SEYMOUR.—De seguro; pero nunca delante de mí.

PRÍNCIPE MIGUEL.—La corrección inglesa es más complicada de lo que yo creía.

LADY SEYMOUR.—Es respetabilidad.

RINALDI. *(A Leonardo).*—No estoy de humor para que luzcáis vuestro *sprit* a costa mía... Estoy muy triste, muy triste... ¡No sabéis todo lo triste que estoy!

LEONARDO.—Y estáis rabiando por decírmelo.

RINALDI.—Los artistas son confidentes muy

peligrosos. Todo se lo cuentan después al público.

LEONARDO.—Yo soy escultor; ¡para que mi arte pudiera contar al público vuestros secretos...! ¡Figuraos! Un arte plástico. A propósito seríais una diosa Juno admirable.

RINALDI.—El otro día dijisteis una Minerva.

LEONARDO.—Y otro día diré una Venus; hay días para todo.

RINALDI.—Otras habría peor modeladas.

LEONARDO.—¡Ya lo creo!

RINALDI.—Hay que advertir que no llevo corsé; un justillo a la griega.

LEONARDO.—Esas confidencias ya entran en mis dominios. Yo las pedía espirituales.

RINALDI.—¿Por qué pensáis que he venido aquí esta noche?

LEONARDO.—¡Qué sé yo! Probablemente porque el príncipe Miguel os ha convidado a comer, como a todos los que estamos aquí, para celebrar el feliz arribo de su cuñada la princesa Alejandra Etelvina y de su augusto hijo, el príncipe Florencio, malogrado emperador.

RINALDI.—¿Invitarme? Al contrario, he venido por eso; porque no estaba invitada.

LEONARDO.—¿Cómo?

RINALDI.—Parece que se me considera como una *déclasé*. Yo me tengo la culpa; yo he sido presentada al príncipe oficialmente en París por el embajador de Italia. Pero aquí, fuera de toda etiqueta, viene uno a distraerse, a cambiar de vida, y se alterna con todo el mundo; el Casino, las carreras, el tiro de pichón, son un terreno neutral como el país; en algún sitio de éstos encontré al príncipe con su... con su...

LEONARDO.—Con Imperia.

RINALDI.—¿Iba a dejar de saludarle? ¡Qué ridiculez! Yo no soy como lady Seymour, que no saluda en público a un compatriota de talento; a un artista como Harry Lucenti.

LEONARDO.—Sí, es ridículo.

RINALDI.—En Italia, la belleza y el arte son sagrados; fué un Pontífice el que dijo, a propósito de Benvenuto Cellini, que artistas como él debían estar sobre todas las leyes. Yo no he reparado en tratarme con la amiga del príncipe; no me he privado de asistir a las fiestas de su *villa*, ni de permanecer aquí cuando ella viene a última hora algunas noches y se prolonga la velada entre los íntimos. Son las más agradables.

Pero el príncipe ha tomado mi condescendencia por una abdicación; por eso me he atrevido a presentarme sin ser invitada... El, naturalmente, no se ha dado por entendido; pero la princesa me ha recibido con frialdad.

LEONARDO.—Aseguran que es muy rigorista, que sólo admite a su alrededor dragones de virtud...

RINALDI.—Y de fealdad, como esa damita de honor, la hija del duque de Suavia; una joven romántica que la princesa, con todo su rigorismo, tiene al lado para que el príncipe Florencio se entretenga algo más en casa y no escandalice tanto a la corte de Suavia.

LEONARDO.—¡Pobre príncipe! Es muy simpático; curioso de arte, infatigable perseguidor de la belleza.

RINALDI.—¡Demasiado! ¿No fué también amante de Imperia antes que su tío?

LEONARDO.—Eso dicen.

RINALDI.—Y después que vos...

LEONARDO.—Yo nunca fuí su amante; fué mi modelo nada más; a mi estatua debe su nombre Imperia. En mi estudio de Roma la conoció el príncipe Florencio.

RINALDI.—Que os dejó... sin modelo. Ya veis que me dejo convencer. Enfermasteis de pena.

LEONARDO.—De la *Malaria*.

RINALDI.—Cambió vuestra vida por completo: vuestro arte adoleció del cambio. ¿No es verdad que hicisteis pedazos un magnífico bloque de mármol preparado para esculpir una obra gigantesca? «El Triunfo de la vida»; una obra de genio, que no hubiera sido la última. Italia hubiera contado dos Leonardos igualmente grandes.

LEONARDO.—¡Leonardo! No sabéis cómo ese nombre, el mío, influyó en mí desde que nací como un prestigio sobrenatural. Por devoción al divino de Vinci me llamó así mi padre: mi padre era un poseído del amor a todo lo bello; un idólatra de los grandes artistas... ¡Un nombre grande que me obligó desde niño a soñar con grandezas! Pero un gran ideal, sólo desmenuzado en migajas puede lograrse. Ya lo veis: de aquel bloque mismo de Carrara, en que debí esculpir mi obra soñada, labré esas mil figurillas que habéis visto en Exposiciones y escaparates primero, después en saloncitos y *boudoirs* elegantes; lindas, graciosas; el pú-

blico las celebra y se venden bien. En vez de una llamarada de inspiración en una sola obra gigantesca, una chispa de gracia artística en cada juguete de ésos; en vez del monumento que inmortaliza un hecho heroico y habla al alma de todo un pueblo, el *bibelot* que sostiene una lámpara eléctrica o sirve de pisapapeles... ¡Y pensarán que así realizo mi ideal artístico! ¡Y por mis obras juzgarán de mi espíritu! ¡Verán la llanura de menuda arena; no comprenderán que fué montaña que se derrumbó pulverizada!

RINALDI.—¿Y cuando el ideal es de amor como el mío?...

LEONARDO.—Ya sabéis el secreto. Romped el bloque de vuestra estatua soñada y contentaos con figurillas... Amad en cada una lo que hubierais amado en una sola.

RINALDI.—No es lo mismo decir he amado a muchos que decir he amado mucho. Juzgad por vos. Rompisteis el mármol. ¿Pero habéis olvidado a vuestro modelo, a vuestra Imperia? ¿Por qué estáis aquí si no es por ella?

LEONARDO.—Todos estamos aquí por algo.

RINALDI.—Por algo que no decimos. Lo cier-

to es que todos procuramos huir de nuestra vida; la vida impuesta por nuestra posición oficial en el mundo... Por eso acudimos a este lugar de promiscuidades en que todo se ve y se observa, pero en que todos convenimos en no enterarnos de nada. Ved; esta noche la presencia de la princesa nos impone el respeto, y estamos todos aburridos sin agrado, como quien está con el pensamiento donde quisiera estar con cuerpo y alma.

LEONARDO.—Pasamos por el mundo como sombras de nosotros mismos... Creemos conocer a los que pasan a nuestro lado, y nada sabemos de su alma.

PRÍNCIPE FLORENCIO. *(A Harry Lucenti).*—Acompañaré a mi madre cuando quiera retirarse; no quiero que se inquiete por mi salud; diré que me acuesto y saldré en seguida a buscarte. ¿No faltará esa gente?

HARRY LUCENTI.—Iremos al teatro a buscarlos. ¿No conoces el nuevo teatro de Mr. Jacob? Un *music-hall* espléndido; de un gusto deplorable, pero muy divertido. Con menos carácter, sin embargo, que la antigua barraca de títeres, junto al puerto, tan pintoresca con su público de marineros y

cargadores, muy sorprendidos de ver aparecer por allí de cuando en cuando a una gran señora curiosa de aventuras. Pero aun existe la *trattoria* de Cecco con su clientela de siempre, pero con mejoras; el extranjero que se arriesga por allí, asiste a toda una representación: baile popular, duelo a cuchillo, *razzia* de la policía; todo ensayado y dirigido por Cecco... pero la verdad misma.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Podemos cenar allí con esa gente; me divierte más que el eterno *restaurant* de *nuit*.

HARRY LUCENTI.—Es más divertido. Advertiremos que nos supriman la representación por esta noche. Estamos en el secreto. *(Siguen hablando)*.

RINALDI. *(A Leonardo)*.—Tenéis razón; debí consideraros antes como un amigo; pero vuestra amistad con el príncipe me hizo desconfiar. Mi marido puede volver de embajador a Suavia; entre esta gente no quiero que trascienda nada. De otro modo, ya hubiera dado aviso al prefecto.

LEONARDO.—¿Al Signore? De ningún modo. Sin él sería esto un paraíso; para justificar su sueldo y otras subvenciones indirectas,

procura reunir aquí todos los inviernos a la más florida pillería de todas partes. Pero no tengáis miedo; corre de mi cuenta ese asunto... ¿Decís que trabaja en el *music-hall?* ¿Un acróbata? ¿Un hermoso bruto?

RINALDI.—Muy bruto, pero admirable... Sois artista; lo comprendéis todo.

LEONARDO.—¿Y decís que os amenaza de continuo con dar un escándalo?

RINALDI.—Llevo entregados más de cinco mil francos.

LEONARDO.—¡Eso es horrible! Habéis sido débil... dos veces.

RINALDI.—No diréis a nadie...

LEONARDO.—Yo no; pero ya lo sabía; no vayáis a creer que lo saben por mí los que me lo dijeron antes.

RINALDI.—¿Se dice? ¿Se sabe?

LEONARDO.—No os asustéis. A lady Seymour le ocurrió lo mismo con uno de sus *grooms*, y ahí la tenéis envuelta en el pabellón británico, sin dignarse dirigiros la palabra en toda la noche. He notado que muchas personas le muestran a uno frialdad, no por lo que saben de uno, sino por lo que se figuran que uno sabe de ellos.

ETELVINA.—Por eso debe uno decir todo lo

que sepa de todo el mundo. No por mala intención, al contrario, para cultivar la humildad y la tolerancia; para que se vea que todos somos del mismo frágil barro. Después de todo, la virtud sólo está compuesta de los vicios que no se tiene. Si fuera virtud no comer manzanas, y yo hubiera sido Eva, no se pierde el mundo; porque yo no puedo ver una manzana; pero no se me ocurre murmurar de los que las comen; sus motivos tendrán.

LEONARDO.—Todo tiene su razón; hasta la locura.

ETELVINA. *(Levantándose).*—Nos retiramos, es tarde. *(Al príncipe Miguel).* ¿Almorzarás mañana con nosotros?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Sin falta. Escribiremos al emperador.

DUQUE. *(A un criado).*—El coche de Su Alteza; señores, Su Alteza se retira.

ETELVINA.—Buenas noches a todos; bien hallados, antiguos amigos... Mylady... Siempre ocupáis el mismo lugar en mi afecto.

LADY SEYMOUR.—Gracias, Alteza.

ETELVINA.—Condesa... *(A Leonardo).* Mi amable artista, vuestras obras ocupan siempre un lugar preferente en mi casa. ¿Tra-

bajáis mucho? Es encantador vuestro nuevo estilo. Como los grandes artistas de otros tiempos, no desdeñáis ennoblecer con vuestro arte mil objetos entregados antes a la industria vulgar. Señores...

PRÍNCIPE FLORENCIO. *(A Harry)*.—No tardes.

HARRY LUCENTI.—Llegaré antes que tú. Hasta ahora.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Querido tío, hasta mañana.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Cuida tu salud, no entristezcas a tu madre.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Ya ves mi vida. No saldré en toda la noche.

ETELVINA.—Así me lo ha prometido. *(Salen la princesa Etelvina, el príncipe Florencio, el duque de Suavia, Edith y el príncipe Miguel)*.

ESCENA II

La CONDESA, LADY SEYMOUR, LEONARDO, LORD SEYMOUR y HARRY LUCENTI. Después el PRÍNCIPE MIGUEL.

RINALDI.—La princesa se conserva admirablemente.

LEONARDO.—Es joven todavía.

LADY SEYMOUR.—Lleva una vida santa; es muy buena para los pobres.

RINALDI.—En Suavia es muy popular.

LEONARDO.—Yo creo que en la corte inquietaban más las virtudes de la princesa que los extravíos de su hijo; por eso les han aconsejado que viajen.

LORD SEYMOUR.—No me preocupo de los asuntos extranjeros.

LEONARDO.—Hablaba para mí solo, milord; los artistas tenemos esa costumbre.

LORD SEYMOUR.—Mala costumbre. *(A lady*

Seymour). Te acompaño. ¿Dónde pasas la *soirée?*

LADY SEYMOUR.—En *villa* Miranda. Hay música *di camera.* ¡Deliciosa!

PRÍNCIPE MIGUEL. *(Entrando de nuevo).*—La princesa va encantada de vuestra amable compañía.

LADY SEYMOUR.—A su lado todo es amable. Alteza, hasta muy pronto. ¿Habéis recibido la invitación para mi concierto?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Un concierto que sólo una verdadera artista como vos sabría organizar. *(Salen después de saludar lady Seymour, lord Seymour y el príncipe acompañándolos).*

ESCENA III

LA CONDESA, LEONARDO Y HARRY LUCENTI

RINALDI.—¿Lo veis? Tampoco me ha invitado. No me importa. Para nada necesito su invitación.

LEONARDO.—Por supuesto, os presentaréis sin ella.

RINALDI.—Tenedlo por seguro.

HARRY LUCENTI.—No os permitáis esa libertad con una dama inglesa; arriesgáis demasiado.

RINALDI.—Me presentaré del brazo de uno de sus *grooms*.

HARRY LUCENTI.—No está bien hablar de asuntos extraños.

RINALDI.—¡Ah! Defendéis a vuestra hipócrita sociedad después que sois una víctima de ella.

HARRY LUCENTI.—No me quejo. Yo hago mi voluntad, ellos la suya. Escandalizo a Inglaterra; el mundo es muy grande.

RINALDI.—Y escandalizáis al mundo.

HARRY LUCENTI.—El mundo es estúpido. Si viviera uno para el mundo... ¿Vos vivís para el mundo?

LEONARDO.—La condesa sí, y muy contenta.

RINALDI.—Y me preocupo mucho de la opinión.

LEONARDO.—Ya se conoce.

RINALDI.—Sin ironía.

LEONARDO.—En serio. ¡Vaya si se conoce! ¡¡Pues digo, si no os preocupara...!

HARRY LUCENTI.—Me espera el príncipe Florencio.

RINALDI.—Es gran amigo vuestro... De haber llegado a emperador, hubierais sido a su lado algo así como...

HARRY LUCENTI.—¿Su bufón queréis decir?

RINALDI.—Sois muy triste para bufón.

HARRY.—Los *clowns* ingleses son así; pueden servir para hombres de Estado en otros países.

LEONARDO.—Los bufones son siempre tristes. La risa es la gran enterradora. Se llora por lo que aun vive, por lo que aun duele, por lo que aun se recuerda; cuando se ríe de algo, amor, creencia, ilusión o memoria, es porque está bien muerto. Los bufones de Shakespeare son lo más trágico de sus tragedias. Hamlet se empequeñece ante los sepultureros que cantan y ríen entre las sepulturas; y al golpear de sus azadas en la huesa, salta la calavera del bufón Yorik para reír todavía con la mueca horrible de sus mandíbulas apretadas... Todo muere; sólo la risa sobrevive. ¿Qué es la vida eternamente renovada, sino la risa triunfadora con que el amor vence a la muerte?

RINALDI.—Pero la muerte es el fin de todo... y después...

HARRY LUCENTI.—Después, el infierno. Por suerte, en Italia tenéis un hermoso infierno; ya os veo, querida condesa, en el mismo círculo que Francesca; en la mejor sociedad, como siempre.

RINALDI.—No bromeéis con esas cosas. Yo tengo fe, y espero salvarme.

LEONARDO.—¿Por qué no? Casi todas las vidas de santos, las más ejemplares, tienen dos partes; estáis en la primera todavía.

RINALDI.—No hablemos de esto. ¡Si supierais las noches que he saltado de la cama dando gritos, loca de espanto, porque, al ir a dormirme, la idea de la muerte se apoderaba de mí! Y otras veces de día, en uno de esos días de luz y de fiesta, entre una multitud gozosa, pienso que toda aquella gente no existirá dentro de algunos años, que han de morir todos... y siento impulsos de gritarles como si un peligro inminente les amenazara; y cae sobre mí como un velo de silencio y de sombra... Paso muy mal rato; he consultado con los médicos.

LEONARDO.—¿Y qué os han dicho?

RINALDI.—Que procure distraerme; que duerma siempre con luz, con gente cerca.

LEONARDO.—Es un tratamiento sencillo y que no altera la vida.

ESCENA IV

Dichos, el PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

SIGNORE.—¡Señores! ¡Ah! ¡La condesa! ¡Cuánto tiempo sin verla! Pero no por eso os olvidaba.

RINALDI.—Muy amable el señor prefecto; mucho más cuando, siempre que he tenido el gusto de verle, ha sido para asuntos desagradables. Cuando el robo de mis alhajas.

SIGNORE.—¡Ya, ya! No tendréis queja de mí. Cuando os pareció oír ruidos subterráneos en vuestra *villa*... Y cuando aquel famoso *escroc* quiso haceros *cantar* por medio de unas cartas...

RINALDI.—Falsificadas...

SIGNORE.—Y cuando los famosos anónimos

que recibía la mejor sociedad refiriendo horrores de vuestra vida... Siempre dispuesto a serviros y a protegeros.

RINALDI.—Gracias, Signore... *(Bajo a Leonardo)*. Nunca me acuerdo de su nombre.

LEONARDO.—Como no usa el verdadero, y todo el mundo lo sabe, se le llama el Signore... para no confundirse...

PRÍNCIPE MIGUEL.—No sabía yo que la condesa era una de vuestras mejores clientes.

SIGNORE.—Temible. El robo de las alhajas, un reclamo formidable para hacerlas pasar por buenas; eran falsas y se tasaron en tres millones de francos. Y los anónimos los escribía ella misma para dárselas de calumniada.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Es graciosísima.

SIGNORE.—Pero muy peligrosa.

RINALDI. *(A Leonardo)*.—Me molesta el Signore; siempre saluda con aire misterioso, como si le hiciera a uno el favor de guardarle un secreto.

LEONARDO.—Algunos guarda. Dicen que piensa publicar sus memorias.

RINALDI.—Habrá que recoger la edición. ¿Me acompañáis?

LEONARDO.—Vamos.

RINALDI.—¿No tenéis interés en aguardar a Imperia?

LEONARDO.—Ninguno. Vamos cuando queráis.

RINALDI.—Alteza, agradecida a vuestra amable invitación.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Os retiráis tan temprano? Imperia debe llegar de un momento a otro. Sabe que estamos solos los preferidos, los íntimos...

RINALDI.—He decidido no ser vuestra amiga íntima. No sois agradecido. Yo creí que entre vuestra *villa* y la de Imperia no había más separación que un pequeño jardín y una puertecilla... Pero advierto que habéis levantado un muro infranqueable.

PRÍNCIPE MIGUEL.—No seáis rencorosa. No fué culpa mía. La princesa Etelvina admite a muy pocas personas en su intimidad.

RINALDI.—Muy juiciosa determinación. Procuraré imitarla. Hasta la vista, Alteza.

HARRY LUCENTI.—Voy también, Alteza.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Poeta diabólico, *cicerone* de infiernos como Virgilio, cuidad del príncipe Florencio: su salud es muy delicada.

HARRY LUCENTI.—Cuido de él tanto como vos, Alteza. Le quitasteis su amante por hacerle

un bien; yo procuro hacer lo mismo, siempre que puedo.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Señores... *(Salen la condesa, Leonardo y Harry).*

ESCENA V

EL PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y a qué debo el placer de veros por aquí, Signore?

SIGNORE.—El difícil cargo que desempeño, por complacer al príncipe nada más, podéis creerlo, me obliga a molestias desagradables.

PRÍNCIPE MIGUEL.—A mí no me molestáis nunca.

SIGNORE.—No, el molestado soy yo. Figuraos que en Suavia se observa con recelo que os halláis aquí reunidos los dos príncipes, posibles herederos de la corona imperial.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Hasta ahora. Leed. ¿No teníais noticia?

SIGNORE.—Un príncipe heredero... Me alegro; digo, lo siento por vos... pero me alegro, sí.

PRÍNCIPE MIGUEL.—No penséis en mí. Alegraos o entristeceos... como lo sintáis.

SIGNORE.—Me alegro, porque se temía que conspiraseis. Se me había encargado de vigilaros. Y para mí, que os conozco, que sé la vida que lleváis aquí...

PRÍNCIPE MIGUEL.—Por no ser emperador hubiera yo conspirado toda mi vida. ¿Creéis que puede cambiarse mi libertad por un Imperio?

SIGNORE.—No insistáis. ¿Os hubiera yo advertido si no estuvieseis seguro?... El gobierno de Suavia sueña con conspiraciones. Un día es un atentado, otro día una sublevación. La temporada pasada nos obligó a vigilar a un belga, sospechoso de anarquista, que vivía del modo más extraño: en un barracón de madera que él mismo se construyó. En efecto, recibía en su domicilio a las gentes más extrañas y más desharrapadas. Creímos haber dado con un centro terrible, procedimos a sorprenderlos y resultó que se trataba de un fotógrafo de vistas de cinematógrafo. ¡Eso sí! ¡Qué vistas!... El proceso fué por atentado a las buenas cos-

tumbres. Todavía conservo las películas. Si un día queréis presentar una curiosa exhibición a vuestros íntimos, os la prestaré con mucho gusto.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Gracias. Podríais también sorprenderme ese día, creyendo que se conspiraba.

SIGNORE.—En mi larga carrera jamás he cometido una indiscreción.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Y de algo debéis enteraros.

SIGNORE.—¡Poseo la clave de tantos sucesos inexplicables!... La mayor parte de la gente conoce de la vida, como del teatro, la escena nada más; y la verdadera comedia está entre bastidores.

PRÍNCIPE MIGUEL.—A propósito. El príncipe Florencio...

SIGNORE.—Siempre vigilado, aunque a veces es difícil la vigilancia. Ese inglés conoce unos sitios y a una gente... Haría buen policía.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Vos sí que sois insubstituíble.

SIGNORE.—¿Verdad que sí? Insubstituíble. Quisiera yo ver esta torre de Babel, donde todo parece tranquilo, amable, en manos de

cualquiera... Porque lo difícil de mi cargo no es enterarse de lo que conviene, sino dejar de enterarse de lo que no conviene. Alteza, a vuestras órdenes; y perdonad por haber tenido que sospechar de vos.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Estáis perdonado. *(Sale el Signore. Imperia ha ido bajando, durante el final de la escena, la escalera del Hall).*

ESCENA VI

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Imperia! ¿Cómo estás? No nos hemos visto en todo el día. No he tenido una hora libre.

IMPERIA.—Yo también he tenido gente.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Ya veo...

IMPERIA.—No, por eso, no; ya sabes que no me visto para los demás; me visto para mí. Me gusta verme así, con trajes hermosos. ¿No han querido esperarme tus amigos?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Todos tenían algún plan

esta noche. La condesa se ha enojado conmigo. No me pareció conveniente invitarla.

IMPERIA.—Y ella se dió por invitada. Hizo bien. Donde asisten lady Seymour y Harry Lucenti, bien puede asistir la condesa. Es odiosa vuestra hipocresía.

PRÍNCIPE MIGUEL.—En primer lugar, de lady Seymour se dice, pero no se sabe; en cuanto al poeta, es amigo del príncipe y es un artista...

IMPERIA.—La condesa, en su género, también es artista.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Es una loca. Ahora parece que está enamorada de un acróbata; y no se contenta con asistir al Circo todas las noches, sino que entra al *foyer* de artistas y alterna con ellos.

IMPERIA.—Sí, la he visto allí algunas noches.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Tú? ¿Tú vas al Circo?

IMPERIA.—Sí, desde hace cuatro noches, sin faltar una.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Nada me habías dicho.

IMPERIA.—Nada me habías preguntado.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y qué locura...?

IMPERIA.—No es locura. Yo voy a ver a mi hija.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿A tú hija? ¿Qué hija es ésa? Yo no sabía...

IMPERIA.—Nunca me has preguntado. ¿Qué sabes tú de mi vida? Lo que te han dicho los demás, que nada saben tampoco; lo que yo he querido decirte, que siempre te diré la verdad.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y esa hija...?

IMPERIA.—Es del único hombre a quien he querido.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Gracias.

IMPERIA.—Le quiero todavía. ¡Siempre!

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y dónde está?

IMPERIA.—En la cárcel, indultado de la pena de muerte, por toda la vida.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Poético incidente!

IMPERIA.—Mató a un extranjero en Roma para robarle. Llevaba tres días sin comer. Los modelos no ganábamos nada; la *malaria* había ahuyentado de Roma a los artistas.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y tú vivías entonces con él?

IMPERIA—No; él vivía con su madre; yo, con mis padres y mis hermanos y con mi hija. Mi padre tenía una barraca a orillas del río, medio hostería, medio teatro. Nos necesitaba a todos: por el día servíamos de modelos,

por la noche bailábamos tarantelas en el barracón, y cantábamos canciones napolitanas. Leonardo tuvo que dar quinientas liras a mi padre para que me dejara ir a vivir con él.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Imperia! ¡Es horrible!

IMPERIA.—Es la verdad. ¿Qué iba a hacer mi padre? Había que vivir.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Y tu hija, ¿qué edad tiene?

IMPERIA.—Catorce años. Tenía yo quince cuando nació.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y qué ha sido de ella en tanto tiempo?

IMPERIA.—Allá con mis padres.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y no se te ocurrió nunca tenerla a tu lado?

IMPERIA.—¿Para qué? Yo enviaba dinero para que no les faltase nada. Allí estaba mejor. Yo sí hubiera vuelto muchas veces; pero traerla a ella...

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Y ahora?

IMPERIA.—Me escribieron que se había enamorado de un muchacho.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿A los catorce años? ¡Qué precocidad!

IMPERIA.—En Italia, no; no somos como vos-

otros. De un muchacho que bailaba también en el teatrillo. Se ha escapado con él.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Admirable!

IMPERIA.—Y ahora están aquí contratados en el teatro nuevo de Mr. Jacob. Donina, se llama Donina, como yo en mi casa; es la estrella de la *troupe*. No es bonita, pero es graciosa... graciosa. Es como yo era... como yo hubiera sido. Y el muchacho es un buen mozo. *¡Bello, bello!* Un ángel de Madonna, pero un pillete redomado. Las mujeres se le disputan, y Donina se desespera; es celosa, celosa como yo era, como yo hubiera sido.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Pero Imperia! ¡Me da frío oírte! ¿Y tú consientes...? ¿Tú?...

IMPERIA.—¿Qué? ¿Que mi hija quiera a un hombre, que sea dichosa queriéndole y que sufra por él? ¡Esa es la vida! Yo le dije: «¿Quieres venir conmigo, vivir en una casa *bella, bella*... con vestidos como éste?» Y no quiere. Es natural: ¡no me tiene cariño!...

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿No quiere a su madre? ¡Es horrible!

IMPERIA.—Es la verdad. ¿Por qué ha de quererme? La dejé cuando tenía dos años; sa-

bía que yo estaba lejos, que la enviaba regalos y besos... por carta... Mis hermanos le dirían horrores de mí... y mis padres, porque, es claro, siempre les parecía poco lo que yo enviaba.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Puede vivirse así?

IMPERIA.—¿Por qué? Si nos queremos. Que alguien hiciera daño a uno de la familia, nos vería a todos unidos para la venganza, sin perdonar al enemigo, aunque pasaran años. Y entre vosotros, ¿qué?... ¿Dónde está vuestro cariño? No os insultáis, ¡es claro! ni andáis a golpes, ni nadie da quinientas liras cuando se enamora o se casa con una de las vuestras. Es que entre vosotros nada parece lo que es. Ni lo que sentís, ni lo que habláis... Y entre nosotros todo es verdad, por eso parece peor.

PRÍNCIPE MIGUEL. — Acaso tienes razón. ¡Afrontamos tan pocas veces la verdad de vuestra vida!...

IMPERIA.—Y ahora te dejo. Voy a ver a mi hija.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Yo también quisiera verla. Espérame allí.

IMPERIA.—Pero no te des a conocer.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Por qué?

IMPERIA.—Sabe que vivo con un príncipe y ella se figura a un príncipe de cuento de hadas... *¡Bello, bello!*

PRÍNCIPE MIGUEL.—Y tendría una desilusión. ¿No es eso? ¡Qué amable!

IMPERIA.—Es la verdad. Ella es... como yo era; sólo comprende el amor... como el suyo... ¡Vida, alegría, juventud! *(Telón).*

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

El salón de descanso en el «Music-hall»; figura una gruta fantástica. Veladores y sillas a un lado y a otro. Caballeros y señoras fuman y refrescan sentados a los veladores. Mozos van y vienen. Al fondo, orquesta de tziganes.

ESCENA PRIMERA

Mr. JACOB, un ARTISTA, RUJÚ-SAHIB sentado; bebe enormemente.

Jacob. *(Al artista).*—¿Y esto? ¿Qué os parece de esto? Permitidme: desde aquí es el punto de vista.

Artista.—¡Admirable! ¡Mágico!

Jacob.—Había que encontrar esto... ¿Eh?

¿Qué me decís? Permitidme: desde aquí es otro punto de vista.

ARTISTA.—¡Admirable! ¡Magnífico!

JACOB.—Idea mía; no se me ocurrió en un instante, podéis creerlo; idea así no se tienen todos los días. El salón de descanso convertido en una gruta. Es un reposo para el cuerpo fatigado y la imaginación excitada por el espectáculo deslumbrador de la escena. En toda Europa, en toda América, no habéis visto cosa semejante. Es el más espléndido *music-hall* del mundo. ¡Cuatro millones de francos enterrados! Podéis decirlo en vuestro periódico.

ARTISTA.—En mi... ¡Oh, Mr. Jacob! Yo no soy periodista.

JACOB.—¡Cómo! ¿No sois corresponsal del *Correo de Espectáculos de Milán* y del *Monitor del Empresario de Génova?*

ARTISTA.—Yo no he dicho...

JACOB.—¿Y una tarjeta que he recibido en la Dirección?

ARTISTA.—No es mía. Una equivocación... Yo soy artista, artista bien conocido. Venía a proponeros un negocio brillante.

JACOB.—Un negocio...

ARTISTA.—Mi contrato, me recomienda...

JACOB.—¡Y para esto me tiene dos horas, perdiendo mi tiempo en enseñarle mi teatro! *Andate al diabolo. Morte de un cane. Mais fichez moi la paix toute de suite.* ¡Perder mi tiempo, un tiempo sagrado!

ARTISTA.—¡Mr. Jacob, Mr. Jacob!... *(Mr. Jacob sale apresuradamente y el artista le persigue).*

RUJÚ-SAHIB. *(Llamando a un mozo).*—¿Ha terminado la primera parte?

MOZO.—En este momento. ¿No veis la gente que sale del teatro?

RUJÚ-SAHIB.—Quita esta botella de delante, y trae otra botella. Esa la pago yo; no va a la cuenta de *madame*.

MOZO.—*Madame* dice que no paga más cuentas; ayer armó un escándalo.

RUJÚ-SAHIB.—Dice que ésta la pago yo; trae otra botella; no habla más o rompe la cabeza.

MOZO.—Voy, voy...

ESTHER.—Mira el de los elefantes.

JULIETA.—Es un tipo...

ESTHER.—Para completar una colección.

JULIETA.—A mí no me completa, me descabala; sería impar.

ESCENA II

Dichos, JENNY y TABACO

ESTHER.—¡Oh, Tabaco, el *clown* negrito! ¡Qué gracia me hace! ¡Parece un mono!

JULIETA.—¿Es su mujer?

ESTHER.—Sí, ella es inglesa. Están casados de verdad, y deben quererse mucho porque tienen siete chiquillos.

JULIETA.—¿Rubios?

ESTHER.—Hasta ahora, no: todos al padre. ¡Qué desanimado está esto!

JULIETA.—No hay más que mujeres.

JENNY. *(A Tabaco).*—¿Estuviste en el Crédito?

TABACO.—Sí. *(Apuntando en una cartera).* Déjame hacer mi cuenta. He comprado cinco mil francos de renta turca. Si puedo vender como la semana pasada... son cien francos que se ganan.

JENNY.—Muy bueno.

TABACO.—Tiene que comprar un vestido nuevo para el trabajo.

JENNY.—¿Para qué? ¡Tirar dinero!... Para hacer el *clown*. ¿Vas a poner vestidos de seda?

TABACO.—El ruso pone uno cada noche.

JENNY.—Y la gente no ríe más por eso. Ser artista como tú... ¿El ruso? Mr. Jacob es idiota de pagarle seis mil francos.

TABACO.—A Mr. Jacob le parece mucho que yo le haga pagar diez mil francos. Busca para echarme del público, pero el público no ríe más que con Tabaco. No hay más que un Tabaco en el mundo. Ahora pone al ruso en la segunda parte, en el buen lugar, y a mí al tercer número de la primera. Y el público viene temprano por verme, y se va temprano por no ver al ruso. El público es quien paga a los artistas; no son los empresarios quien pagan; no es el artista quien pone precio...

JENNY.—Mr. Jacob es un canalla... Se cree siempre a la barraca. *(Entra el Cornac muy apresurado).*

CORNAC.—¡Mr. Rujú, Mr. Rujú!... ¡Venga en seguida! *Nerón* está muy enfadado. Ha ro-

to la barra de su cuadra y no deja poner la manta para trabajar.

RUJÚ-SAHIB.—¡Ahora va, ahora va! Eso es que tiene calor. Hace mucho calor. Que le den cerveza. Yo también quiero cerveza. ¡Mozo!...

CORNAC.—*Madame* no quiere que los elefantes beban cerveza.

RUJÚ-SAHIB.—*Madame* no quiere nada, por no pagar nada. Soy yo quien paga la cerveza. Una botella para mí, un cubo para los elefantes. *(Entra Mr. Jacob).*

JACOB.—¡Rujú, Rujú!... Uno de los elefantes está muy inquieto; ha hecho un estropicio en la cuadra... un estropicio de doscientos francos. Y lo peor es que no quiere trabajar.

RUJÚ-SAHIB.—Sí trabaja, trabaja. ¡Pobre animal! Es una bestia dulce; solamente no le comprenden.

JACOB.—Si no venís a poner orden...

RUJÚ-SAHIB.—Espere; no hace nada *Nerón;* lo conozco yo; no hace nada; no tiene cuidado; el más dulce de los siete.

JACOB.—Y no bebáis tanto. El público nota cómo salís a trabajar, y los elefantes también lo notan.

RUJÚ-SAHIB.—¿Cómo salgo yo? Yo sé cómo

sale... Yo sabe salir al público... Sois un imbécil de decir eso. Yo bebe, bebe... pero yo sé lo que bebe.

JACOB.—*Ma andate al diavolo. Domned rascal. (Rosina y Pepita detienen a Mr. Jacob).*

ROSINA.—Mr. Jacob, ¿estáis enfadado?

JACOB.—Ese indio salvaje, después de costarme doce mil francos y la comida de los animales... ¡Y no comen los animalitos! Y el público no se divierte; visto una vez, visto siempre. ¡Un buen negocio! ¡Ah, el negocio! Los que ven el público y me ven aquí solamente, dicen: «¡Ah, Mr. Jacob! ¡El hombre de la suerte! Teatro lleno, grandes *recetas*, *el maximum tous les soirs*...» Pero no ven dentro; no ven lo que son artistas, lo que es una administración, lo que es un negocio...

ROSINA.—Vaya, Mr. Jacob, no me gusta verle enfadado; y ahora que voy a pedirle un favor.

JACOB.—¡Favores, siempre favores!

ROSINA.—Es para esta amiguita.

PEPITA.—*Monsieur...*

ROSINA.—¡Si fuerais tan amable que la concedierais una entrada de favor para la temporada!... Concedido, ¿verdad?

JACOB.—¿Pero es posible que no encontréis quien os pague la entrada?

ROSINA.—Y si no fuera por nosotras, ¿quién vendría aquí?

JACOB.—Al contrario; habéis echado a la gente bien, a la gente...

ROSINA.—No digáis. ¿Cuándo se ha visto por aquí tanto príncipe? ¿Conque seréis amable?

JACOB.—Basta que sea recomendada tuya. Pasaos luego por la Dirección. Pero aconseja a tu amiga que cuide un poco la *toilette*.

ROSINA.—Acaba de llegar; todavía no tiene equipaje... pero corre de mi cuenta...

JACOB.—¿De dónde procede tu amiguita?

ROSINA.—De Marsella.

JACOB.—¡Oh! ¡De Marsella! Que no diga que viene de Marsella. No es cartel.

ROSINA.—Por supuesto. Como tampoco tiene el aire muy parisién; piensa lanzarse como española.

JACOB.—Muy gastado también el género español; pero, en fin, mejor que Marsella... Lo importante es hacerse una personalidad; no ser una más... En la cara hay algo... Bien dirigida puede llegar... Aunque es muy difícil... ¡Sois tantas! Pero no hay

que desanimarse. Buena suerte, chiquitas, buena suerte. No puedo detenerme.

ROSINA.—Muchas gracias, Mr. Jacob.

PEPITA.—Muchas gracias. *(El príncipe Florencio y Harry Lucenti han salido momentos antes y se han sentado).*

ROSINA.—¿No te decía yo que era muy amable?... Mira, mira... Un príncipe. El príncipe de Suavia.

PEPITA.—¿Vienen muchos príncipes?

ROSINA. — Verdaderos, pocos. *(Salen hablando).*

JACOB. *(Al príncipe).*—¡Alteza! Un gran honor para mí y para mi teatro. A vuestras órdenes, Alteza. ¡Caballero! Me olvidaba; en la semana próxima nuevos y sensacionales *débuts*. Un solo número veinte mil francos. El negocio de más en más difícil... ¡Alteza! *(Sale de espaldas haciendo cortesías).*

HARRY LUCENTI.—¡Admirable, Mr. Jacob!

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Debe llevar una vida muy alegre entre sus artistas. *(Mr. Jacob se ha acercado a Mad. Jenny, que hace labor de gancho).*

JACOB.—Pero, Mad. Jenny, siempre hemos de reñir.

JENNY.—¿Y por qué, Mr. Jacob?

JACOB.—¿Es este sitio para que vengáis a hacer calceta?

JENNY.—¡Oh! Hace lo que quiere. Trabajo para mis pequeños. ¿Qué mal hay en esto?

JACOB.—Podéis hacer aquí también vuestra cocina si os parece.

JENNY.—Es preferible hacer... lo que hacen otras.

JACOB.—La culpa la tengo yo por tolerar que los artistas pasen con el público.

TABACO.—¿A mí dice esto?

JENNY.—Ya se ve que no estáis acostumbrado a tratar artistas.

JACOB.—¿Yo no estoy acostumbrado a tratar artistas?

TABACO.—No, esto no es un teatro; esto no es un circo... ¡esto es un burdel!

JENNY. *(Señalando a las «cocottes»).*—Esas, ésas son las artistas que necesito.

JACOB.—¡Si no mirara al público!...

TABACO.—¿Qué, si no mirara al público? Espera, espera. *(Disponiéndose a pegarle. Se interpone la gente, los separan).*

UNOS.—¡Mr. Jacob!

OTROS.—¡Tabaco! *¡Messieurs! (Entra Cornac corriendo).*

CORNAC.—Mr. Rujú, *Nerón*, rompe todo; quiere escaparse.

RUJÚ-SAHIB.—¡Oh, va, va!... No dejan tranquilo. *(Sale con mucha calma, después de beber. Suenan los timbres).*

JACOB.—No quiero perder mi tiempo... un tiempo sagrado... Llaman para la segunda parte. *¡Stupid people! (Sale Mr. Jacob).*

TABACO.—No está un día más aquí; no está un día más... Te lo digo. *(Entra Mme. Lelia con un gran cabás).*

LELIA.—¿Qué os pasa, Mr. Tabaco? Habéis tenido un disgusto con Mr. Jacob. No me extraña. Es un grosero, un indecente... Buenas noches, Mme. Jenny. ¿Cómo están los niños?

JENNY.—Demasiado bien. No hay dinero para lo que comen y lo que rompen.

LELIA.—Todo es salud y fuerza; ya lo ganarán.

TABACO.—Eso sí; serán unos acróbatas magníficos; mejor que los Sheffer.

JENNY.—¿Y vuestro pequeño, Mme. Lelia?

LELIA.—Muy fastidioso, muy fastidioso; como he tenido que quitarle el pecho... con mi trabajo del alambre no era posible; no podía sentarle.

JENNY.—Yo he criado a los siete con biberón. Los artistas no podemos criarlos de otra manera. Y en seguida a comer de todo.

LELIA.—¿Y qué decía Mr. Jacob?

JENNY.—Muy enfadado porque hago aquí mi labor, un gabancito para mi Alex.

LELIA.—También se enfadó conmigo la otra noche porque dice que este sombrero no está presentable. ¡Un sombrero que me costó quince francos en la última exposición de París! Aquí estamos demás los artistas y las personas decentes.

TABACO.—Esto no es un circo. Cuando se ha trabajado al circo de Wulf a Berlín, al circo de Rentz a Viena, al de Corradini a Roma... Esos son establecimientos serios; allí un artista es un artista.

LELIA.—Eso era antes; ahora todo está lo mismo poco más o menos. Con cualquier aparato eléctrico o cualquier *truco*, se improvisan artistas, y los verdaderos artistas tenemos que trabajar por nada. Me parece que mi marido, en su trabajo de dislocación, es un talento.

TABACO.—No es posible más.

LELIA.—Y yo en el alambre, sin vanidad, hago lo que pueda hacer cualquiera; y hago

más, hago el paso de frente con pirueta y *flim-flam*, que soy la única mujer que lo ejecuta en Europa.

TABACO.—No cabe más.

JENNY.—Ha empezado la segunda parte.

LELIA.—¿Entráis a ver el espectáculo?

JENNY.—Sí, al *clown* ruso; mi marido necesita aprender.

LELIA.—¿Es posible, Mr. Tabaco? ¡Qué bromista!

TABACO.—Sí; Mr. Jacob encuentra muy gracioso al ruso.

LELIA.—Yo espero aquí a mi marido. Muchos besos a vuestros pequeños, Mme. Jenny.

JENNY.—Y al vuestro de mi parte, Mme. Lelia. *(Salen Jenny y Tabaco. Entran Nunú y Tommy).*

TOMMY. *(Señalando al príncipe).*—Están allí, mira.

NUNÚ.—Ya decía yo que estarían aquí. Al príncipe no le gusta entrar en el escenario.

TOMMY.—¿Nos acercamos?

NUNÚ.—Cuando nos llamen; ya conoces al príncipe. Nos sentaremos aquí. Te convido. *(Se sientan).*

TOMMY.—¿Y cenamos allí esta noche?

NUNÚ.—Sí.

TOMMY.—¿Donina también?

NUNÚ.—Es tonta... No quiere venir. Siempre celosa, porque yo bromeo con todas.

TOMMY.—¿Por qué no bromea ella también?

NUNÚ.—¿Ella? Si quisiera... con el príncipe, nuestra fortuna.

TOMMY.—¿Y por qué no la haces ir a la fuerza?

NUNÚ.—¿A la fuerza? No la conoces. No vendría. Pero vendrá por celos; le dirán que yo estoy allí con otras mujeres... Y ella solita se meterá en la boca del lobo.

TOMMY.—¿Pero al príncipe le gusta Donina?

NUNÚ.—¡Qué sé yo! Tiene ese capricho. Yo estoy harto de ella y necesito dinero, mucho dinero, para quitarme de esta mala vida y ser persona decente. El príncipe es muy raro; como todos estos grandes señores, no sabe lo que quiere.

TOMMY.—¡Ya, ya! ¿Sabes lo que le ha sucedido a Fred con una condesa? Le regaló muchas alhajas y bastante dinero, y ahora que se ha cansado de él, dice que ha sido un *chantage*, y le amenaza con la policía...

NUNÚ.—¡La policía! Tonto será si se acobarda. Yo te aseguro que como coja al príncipe por mi cuenta, no se quejará a la policía.

TOMMY.—Pero el príncipe... ¿por qué?

NUNÚ.—¡Imbécil! Donina es menor de edad. Yo conozco la ley. Al príncipe no le conviene un escándalo. ¿Has entendido?

TOMMY.—¡Qué sé yo! Si yo fuera príncipe me tendría todo sin cuidado.

NUNÚ.—Y a mí también. Pero esta gente es así; quiere divertirse a su gusto y quiere que no se sepa, y eso cuesta dinero.

TOMMY.—Pero mira que esta gente siempre va bien guardada, aunque no lo parezca.

NUNÚ.—Este no. Hay interés en sorprenderle en algún mal paso. Me ha hablado para ello gente de la policía que me ha visto con él. Parece que allá, en su país, tiene un partido grande que desea hacerle emperador; por eso le han mandado lejos.

TOMMY.—¿De modo que estás hecho todo un conspirador?

NUNÚ.—¿Yo? ¡Qué me importa! Yo quiero dinero, que es todo lo que nosotros podemos sacar. Por mí, que sea emperador. Yo sólo deseo dejar esta vida, volver a mi tierra, casarme con la muchacha que quiero de verdad, una muchacha honrada de verdad. Su padre no me quiso porque yo era un perdido; pero cuando vea que tengo dinero, una posición...

TOMMY.—De modo que Donina...

NUNÚ.—Donina... es ella la que me quiere; yo me dejé querer como de las demás. Todas estas mujeres de teatro son buenas para... ésos; *roba di principi.*

TOMMY.—Y yo creí que la querías, que estabas tan contento con esta vida.

NUNÚ.—Se vive como se puede, pero pensando en otra cosa que está más cerca o más lejos... ¿No vives tú también así?

TOMMY.—Eso sí; pero yo estoy atado con esa mujer y el chico... ¿En qué voy a pensar?

NUNÚ.—Para ti no, pero pensarás que tus hijos no sean como tú, que vivan de otra manera.

TOMMY.—Eso sí.

NUNÚ.—Pues ya ves.

ESTHER.—¿Cuál es el príncipe?

JULIETA.—El más joven, el que no habla. No habla nunca. Y ésas *(señalando a Rosina y Pepita que se habrán sentado antes a la mesa del príncipe)* estarán tan orgullosas. Han hecho su suerte.

ESTHER.—Entonces, ¿a qué viene aquí el príncipe?

JULIETA.—Por los artistas. Su secretario particular, ese inglés que le acompaña siem-

pre, organiza unas cenas... muy originales, según dicen, en una especie de caverna frecuentada por la peor gente. *(Rosina y Pepita, que acompañan al príncipe, se levantan y se despiden).*

ESTHER.—Parece que desisten muy aburridas... Y ellos se ríen.

JULIETA.—Naturalmente. Yo las digo algo al pasar...

ESTHER.—No vayas a escandalizar y Mr. Jacob nos recoja la entrada.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¡Oh! Harry, me aburro esta noche, me fastidio. ¿Qué inventarías?

HARRY LUCENTI.—Marchar a Suavia; haceros proclamar emperador; declarar la guerra al mundo entero...

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¡Calla, poeta imperialista!

HARRY LUCENTI.—¿Por qué no? Y emperador yo mismo. ¿Recuerdas lo que dice Hamlet? Yo podía vivir en una cáscara de nuez y creerme el soberano del más vasto territorio del mundo.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Pero estos sueños me hacen infeliz, añade.

HARRY LUCENTI.—A mí no. Yo reino dentro

de esa cáscara de nuez. He fundado el imperio de mí mismo, en guerra con todo el mundo. Mi espíritu es una isla más inexpugnable que las islas de mi patria.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¿Y cómo has conseguido...?

HARRY LUCENTI.—Haciéndome odiar de todos. Todas las flaquezas, todas las concesiones, todas las cobardías de nuestro espíritu, son obra del amor, de la simpatía. Por ella concedemos a los demás cualidades que en realidad no poseen, y nos creemos obligados a mostrarles en cambio cualidades que nosotros no poseemos.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Paradojas. De mí no te has hecho odiar.

HARRY LUCENTI.—Todavía no. Nunca te he dicho la verdad.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Porque no habrás querido... Puedes decírmela.

HARRY LUCENTI.—¿La verdad? Eres un pobre diablo de príncipe, ridículo y mezquino en todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¡Bah! El *Wisky*.

HARRY LUCENTI.—La verdad, Florencio, la verdad. ¡Tus escándalos, tus vicios! Quieres escandalizar a la humanidad, y sólo es-

candalizas a las vetustas damas de la corte de Suavia. Tus bacanales son partidas de restaurant a quinientos francos; escapadas de colegial que ha leído cuatro malas novelas. Los antros infernales a que desciendes con miedo mal disimulado... éstos. ¡Salve, Imperator! ¡Heliogábalo! ¡Hijo del sol!

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¿Has terminado? Por esas verdades no conseguirás que te odie... Los tiempos no consienten Nerones ni Heliogábalos... Tampoco tú has podido llegar a Shakespeare, aunque hayas escrito sonetos como los suyos; uno, por cierto, copia de otro italiano del siglo XVII.

HARRY LUCENTI. *(Muy indignado).*—¡Mentira! Yo no plagio a nadie... Calumnias de envidiosos; ya demostré que el soneto italiano era apócrifo; lo inventaron para mortificarme; lo demostré y ya nadie lo cree. Es un imbécil el que diga... Tú lo eres si lo dices...

PRÍNCIPE FLORENCIO. *(Riendo).*—Ya ves, querido Harry, cómo es más fácil hacerse odiar de un poeta con la verdad, que de un emperador.

HARRY LUCENTI.—¡Bufone! *(El príncipe se*

levanta y se dirige hacia Nunú y Tommy).

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Querido Harry, vamos, combina algo grande y diabólico para esta noche. Tienes crédito por más de quinientos francos. Buenas noches, Nunú; buenas noches, Tommy.

NUNÚ.—¡Alteza!

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Sentaos, cubríos... ¿No habéis trabajado todavía?

NUNÚ.—No, nuestro número va casi al final; os esperábamos.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¿No faltará nadie esta noche? ¿Ni la *tua* Donina?

NUNÚ.—Donina...

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Di que eres tú quien no quiere que vaya... Lo voy sospechando; quieres pasar por cínico; dices: ¡Bah! la *piccola* Donina *me n'infischio*... Y estás enamorado y la guardas para ti solo.

NUNÚ.—¡Oh, no, Alteza! Ella es la que está enamorada de mí; ya lo sabéis... *(Fijándose en una sortija del príncipe).* Permitid. ¡Qué hermosa sortija!

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¿Te gustan las joyas?

NUNÚ.—Más que todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO. *(Reparando en una de Nunú).*—Ya veo...

NUNÚ.—Es un vidrio de color... De noche, a la luz, hace bien... Cuando no se puede otra cosa... ¿Y esa piedra cómo se llama?

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Rubí; y ésta es un ópalo.

TOMMY.—Esa es de mala suerte.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Para los demás. ¿Te atreves a llevarla? *(Arrojándole la sortija).*

TOMMY.—¡Ya lo creo! *(Poniéndose la sortija).* Gracias, Alteza. Lo que sentiré es no poder llevarlas mucho tiempo; porque entre nosotros, llega un día de apuro... Esa será la mala suerte.

NUNÚ. *(Ofendido).*—Ahora es Tommy vuestro amigo.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Tú no lo eres mío. Para ti no hay regalo. Estamos reñidos.

NUNÚ.—¿Y si esta noche os preparo una sorpresa?

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Entonces tendrás una sortija que haga morir de envidia a todos tus compañeros.

NUNÚ.—¡Oh, *bella!*

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Y otras muchas cosas que yo sé que deseas. *(El príncipe saca una petaca de oro y ofrece cigarrillos).*

NUNÚ.—¡Otra petaca! De oro... Todas son de

oro... Pero ésta tiene piedras. ¿Es vuestro nombre?

PRÍNCIPE FLORENCIO.—No, unos versos en inglés... Guárdala, Nunú.

NUNÚ.—Alteza...

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Guárdala, te digo.

NUNÚ.—¡Oh, *bella!* ¿Has visto, Tommy? Son brillantes y... como eso...

TOMMY.—Rubíes...

NUNÚ.—¿Y decís que son versos?... *(Leyendo). Oh you the master mistress...* No leo más.

HARRY LUCENTI.—Ni te hace falta.

NUNÚ.—Ahí viene Donina con Zaida.

HARRY LUCENTI.—¿Esa muchacha árabe, según dice ella?

NUNÚ.—Sí, sí lo es. De Constantina, en Argelia. Es hebrea. Bailaba danzas orientales; después su empresario se la dejó al nuestro y baila con nosotros. Puede pasar por napolitana.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Yo creí que lo era.

NUNÚ.—Es una muchacha tristona: siempre llora; llora por todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¿Y ésa con quién está?

NUNÚ.—Con ninguno. A mí me quiere, lo conozco; pero es tan amiga de Donina, que

cuando le digo algo se pone como una fiera. A Donina la quiere con ceguedad; es una leona para defenderla.

HARRY LUCENTI.—Entonces, acabaréis por quereros todos.

NUNÚ.—Os digo que no. Es inocente como un niño recién nacido.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—No es extraño. Entre vosotros... Ya no nos veremos hasta luego. ¿Iréis desde aquí?

NUNÚ.—Con los trajes del teatro, como se ha convenido.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—¿No faltará nadie?

NUNÚ.—Creo que no. Quiero probaros que soy vuestro amigo.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—Hasta luego. Vámonos, Harry. *(Viendo a Imperia, que ha salido momentos antes con Donina y Zaida).* ¡Ah, Imperia! ¿Has visto, Harry? *(Nunú y Tommy se han acercado al grupo de las mujeres. Donina se levanta y disputa con Nunú, algo apartados de los otros).*

HARRY LUCENTI.—Sí; me han contado la historia que le trae por aquí. Amistad antigua y fraternal (entre estas gentes todo es *fraternal)* con la madre de Donina: fueron compañeras de *troupe*. Supo que la chiqui-

lla estaba aquí; vino a verla una noche... y ha vuelto. Esta es la verdad oficiosa.

PRÍNCIPE FLORENCIO.—No sabrá mi tío que su amiga frecuenta estos lugares; le parecería una falta de decoro. Habrá que decírselo.

HARRY LUCENTY.—¡Oh, sí! Debe decirse todo lo que puede molestar. *(Salen el príncipe y Harry).*

NUNÚ. *(A Donina).*—Ya has visto con quién hablaba.

DONINA.—Y antes en la escena. ¿Crees que no lo sé, que no lo he visto? No quedaba otra; la japonesa, mientras su marido trabajaba... Y esta noche sé que hay gran fiesta; pero no has contado conmigo.

NUNÚ.—Al contrario: estás invitada.

DONINA.—¿Yo, yo? Para que delante de mí... Lo que me da más rabia no es que tú rías con otras y las abraces y las beses. Es que si alguno pretende hacer lo mismo conmigo, tú lo consientes y te ríes también.

NUNÚ.—¡Qué tonta eres! *(Saca la petaca y enciende un cigarrillo).*

DONINA. *(Viendo la petaca).*—¿Qué es eso? ¿Quién te ha dado esto? ¿Qué dice aquí?

NUNÚ.—¡Ja, ja, ja!

DONINA. *(Furiosa, pisoteando la petaca).*—

Mira, mira: ya no dice nada; ¡ya es nada! ¡Y lo mismo haría contigo y con quien...!

NUNÚ. *(Amenazándola).*—¡Donina!... ¿Qué haces? ¿Qué has hecho? ¡Te juro que...!

IMPERIA Y ZAIDA. *(Se interponen).*—¡Quieto, Nunú!

NUNÚ.—¡Si no fuera porque estamos aquí!...

DONINA.—¡Pégame, mátame! ¡Sí, es preferible todo!...

ZAIDA. *(Abrazando a Donina).*—¡Donina! ¡Pobre Donina!

NUNÚ.—Vámonos a vestir, Tommy, vámonos. Esta noche vendrá. *(Salen Nunú y Tommy).*

ZAIDA.—No llores aquí; hay gente. Que no vean...

DONINA.—¡Qué me importa todo!

IMPERIA.—Y ahora, ¿quieres venir conmigo?

DONINA.—¡No, no! ¡Con él siempre, aunque me mate! ¡Si antes no era así!... ¡Me quería mucho! Me engañaba con todas, es verdad; pero yo era siempre su Donina, la primera, la única después de todo. Y yo, en el fondo, hasta me sentía orgullosa de que todas le quisieran y que él, después de burlarse de ellas, volviera a mí siempre sin ha-

berme olvidado. Però ahora, no: hay peor voluntad en él. Más que con engañarme, parece que goza con que yo lo sepa. Y son esos hombres; desde que vinieron...

ZAIDA.—Es muy malo Nunú, ahora es muy malo. Yo le quería antes. Donina no tenía celos de mí; sabía bien que le quería por ella; un cariño del corazón... Yo era como una hermana de los dos, Donina lo sabe. Pero es verdad, Nunú no es como era. Ya no reímos con sus bufonadas; porque era alegre, alegre. Cuando estaba contento, todo era risa a su alrededor.

DONINA.—¿Verdad que sí? ¡Éramos tan felices!...

ZAIDA.—Horas enteras nos pasábamos riendo y cantando y bailando de alegría para nosotros solos y sin cansarnos, sin pensar que luego, en el teatro, teníamos que cantar y bailar en serio para el público.

DONINA.—¡Éramos muy felices!

ZAIDA.—Y los tres juntos lo hubiéramos sido siempre.

DONINA.—Son esos hombres, han sido esos hombres del infierno; ese príncipe pálido que hiela la sangre sólo con mirar.

IMPERIA.—Sí, el príncipe; le conozco bien; sólo goza atormentando y envileciendo.

DONINA.—Pero esta noche iré con ellos; eso es lo que quiere.

IMPERIA.—¡No, eso no! Por el hombre que quieres, por el que eligió tu corazón y es igual a ti, vive... como se vive... entre goces y penas; ya ves que ni te aconsejo ni te aparto de su cariño. Pero del príncipe, sí; nunca te acerques adonde esté ese hombre. A su lado sólo se respira el odio, la miseria, la vergüenza. Sus queridas han de vestir harapos y son maltratadas sin piedad; se rodea de miserables y, a fuerza de dinero, no hay infamia que no consiga. Entrega una niña a un viejo repugnante; un mozo fuerte y sano a una mujerzuela enferma, y compra las hijas a los padres, las hermanas a los hermanos... Esas son sus fiestas de infierno. Muchas veces, allá en Suavia, en una noche de hielo, recogía por las calles a cuantos dormían al raso, y con su séquito de hambrientos miserables llegaba al depósito de muertos, de cuantos se suicidan o mueren en la calle asesinados, o de frío o de hambre. En invierno los había a montones: hombres,

mujeres, criaturas también... ¡Era horrible! Y él arrojaba monedas de oro sobre los cuerpos muertos, y era una rebatiña cruel de aquella turba alocada por el brillar del oro. Una moneda caía sobre una herida abierta, y cien manos se estrujaban encima. Se empujaba a los muertos, se les pisoteaba, y él... ni reía siquiera: contemplaba, contemplaba siempre, como debe contemplar el demonio desde el infierno, todas las maldades que pueden cometer los que tienen hambre, obligados por los que no tienen corazón. Ese es el príncipe pálido, el que hiela la sangre sólo con mirar.

DONINA.—Por algo le odio. Y Nunú no volverá nunca con él, o no me verá más.

IMPERIA.—¿Vendrás conmigo?

DONINA.—¡No, sin él, no! He dicho que no me verá más, porque me mataría. De otro modo no puedo dejar de verle.

IMPERIA.—Amor a vida o muerte... ¡Sea!

ZAIDA.—Donina, oigo la música del número que va antes del nuestro. No lleguemos tarde.

DONINA.—Es verdad. A cantar y a bailar. No irá esta noche, no irá. ¿Entrarás a verme?

IMPERIA.—Sí.

DONINA.—Hasta luego. Dame un beso. *(Por Zaida)*. Y a ti también.

ZAIDA.—También yo la quiero mucho, señora; a todos los que quieran a Donina. *(Salen Zaida y Donina. Entran la condesa Rinaldi y Leonardo)*.

LEONARDO.—Lo que no me parece bien es que, apenas acabo de salvaros de un grave peligro, según asegurabais, os encuentre hablando con Rujú-Sahib, el domador de elefantes.

RINALDI.—¿Vais a suponer...? ¡Un indio, un bárbaro!... Me refería particularidades de sus elefantes. Es muy curioso... La vida de esta gente es muy interesante, más divertida que la nuestra. ¿Qué os parece si yo, de pronto, me presentara en un circo? ¿Qué diría la gente?

LEONARDO.—Que habíais sentado la cabeza, porque no sería el mayor disparate que habíais hecho.

RINALDI.—La verdad es que esta vida siempre igual... ¡Qué monotonía!

LEONARDO.—Y como suprimáis en lo que consiste la monotonía de vuestra vida, sospecho que vais a aburriros mucho.

RINALDI.—Vaya, convidadme. Quiero tomar un helado; un *tutti frutti*, son deliciosos.

LEONARDO.—Con mucho gusto. ¡Ah, Imperia! ¿Habéis visto?...

RINALDI.—Sí, y otras noches...

LEONARDO.—¡Qué extraño! ¡Y viene sola! ¡Y con ese traje!...

RINALDI.—Ella siempre viste imperialmente. Pero también alterna con los artistas; sólo que no trabaja en mi género.

LEONARDO.—No entiendo...

RINALDI.—¡Qué inocente! ¡Como si no conocierais a vuestra *modelo* mejor que yo! A propósito. Cuando la conocisteis, ¿qué era de su vida? ¡He oído tantas historias!...

LEONARDO.—Yo la conocí en Roma, entre la multitud de modelos que pueblan la plaza de España. Donina, como la llamaban entonces, era una figurilla vulgar, de una pobreza triste; esa pobreza de las grandes ciudades, que no es sólo de hambre de pan, es hambre de todos los goces de la tierra. Entre otros modelos de oficio mendigaba una limosna de atención; los artistas no hallaban en ella belleza alguna. Tampoco yo; pero un día me pidió una limosna; su voz no era débil ni plañidera: era una voz

firme que exigía atención; hablamos, y al hablar su cara era otra, otra la expresión de sus ojos, la actitud de su cuerpo. Ya no era la pobre modelo, era una obra de arte... era mi estatua... Imperia, que muy poco después daba a conocer mi nombre... ¿La recordáis? Era ella, con las piernas descalzas, una faldilla hecha jirones y el cuerpo medio desnudo; figuraba haber trepado por una roca con penoso esfuerzo, y ya, en la cima, su cuerpo caía rendido sobre un trono y su cara resplandecía con una expresión indefinible... una sonrisa de vida que triunfa o de muerte que lleva al descanso... Hace tiempo que no he vuelto a contemplar mi obra; mi sentimiento del arte no es el mismo de entonces, pero estoy seguro de que algo había en ella. Una combinación de materiales atrevida: las rocas del pedestal eran de granito, la figura de mármol y el trono de bronce dorado resplandeciente.

RINALDI.—¿Y qué significa aquella estatua?

LEONARDO.—¡Qué sé yo! Quiere el artista hablar en sus obras y las obras hablan por nosotros. La estatua era... ya lo veis; era mujer, Imperia; una mujer miserable que

sube entre rocas, destrozado su cuerpo, y llega a un trono... Podía ser también algo más grande. El poderío del mundo conquistado al fin por todos los miserables de la tierra. ¡Qué sé yo! Era el esfuerzo humano por lograr lo que sueña... ¿Y quién no sueña un trono? Un trono en que triunfe nuestra voluntad con sus egoísmos y con sus amores.

RINALDI.—¿Y cuánto tiempo duraron vuestras relaciones con Imperia?

LEONARDO.—Muy poco. El mismo aliento que dió vida a mi estatua infundió un nuevo espíritu en Donina; fué la estatua hecha mujer... fué Imperia. El príncipe Florencio la conoció en mi estudio, cuando yo terminaba mi obra. Era todavía la pobre Donina, con sus harapos y su carita de hambre... Ya conocéis los gustos del príncipe. Una mañana se despidió de mí. «¿Adónde vas, chiquilla?», le pregnuté. «A Suavia—me respondió—. A ser emperatriz.» No pude reírme; había tal firmeza en sus palabras, tal fe de iluminada en sus ojos, que no era posible oponerse a su destino: aquella muchacha podía ser emperatriz.

RINALDI.—¿Y no ha desistido de su sueño todavía?

LEONARDO.—De su vida después, no sé nada. Dicen que el príncipe Florencio la maltrataba como un rufián; que ella quiso matarle; que salió desterrada de Suavia; que en París se reunió con el príncipe Miguel, y desde entonces vive tranquila y sólo piensa en enriquecerse.

RINALDI.—El príncipe Miguel es el más rico de los príncipes de Suavia.

LEONARDO.—Y es pródigo como un soberano de otros tiempos.

RINALDI.—¿Pues qué mejor imperio que el dinero para dominar al mundo? A esa realidad más práctica habrán quedado reducidos los sueños imperiales de vuestra Imperia. ¿No era dorado el trono de vuestra estatua?

LEONARDO.—Era dorado, porque dorada es la luz, y era un trono de luz, de sueño, de ideal. *(Imperia se levanta y va a saludarlos).*

IMPERIA.—¡Condesa! ¡Leonardo! ¿No me habíais visto?

RINALDI.—No. Perdonad...

IMPERIA.—¿Y hablabais de mí?

RINALDI.—¿Nos oías, desde allí?

IMPERIA.—No; pero no era difícil adivinarlo... Me mirabais de cuando en cuando... Comentabais mi presencia aquí, sin duda.

RINALDI.—Eso no; también estamos nosotros.

LEONARDO.—¿Y a la condesa le sería difícil explicar la causa?

RINALDI.—¿Difícil? ¡Nada de eso! Aquí, poco más o menos, todos estamos por lo mismo. Podemos saludarnos y hablar con franqueza, aunque mañana parezca que no nos hemos visto.

IMPERIA.—Son nuestras almas brujas las que se saludan; las llamo así por un recuerdo mío. Cuando yo era una chiquilla, cerca de nuestra casa vivía una pobre mujer, muy vieja y de aspecto muy venerable. Vivía sola, y parecía una buena mujer. Tenía su casa muy limpia, cuidaba sus flores, daba de comer a sus palomas, cosía sus ropas: ¡muy afanada todo el día! Una vida siempre igual y siempre apacible. Pero las gentes murmuraban que era bruja y que todos los sábados, apenas daban las doce, volaba al aquelarre, y allí, con otras brujas,

rendía adoración a Satanás. Lo cierto es que un día, al amanecer de un domingo, la vieja apareció muerta fuera de su casa, muy lejos de ella, en un descampado; tenía un puñal clavado en el corazón; pero nadie supo del asesino, ni la causa del asesinato, ni el motivo de hallarse aquella mujer en aquel sitio, cuando todos la vieron la noche antes cerrar su puerta como todas las noches, y a la mañana siguiente la puerta seguía cerrada.

RINALDI.—¿Y creéis que en efecto...? Habrá que creer en las brujas.

IMPERIA.—En aquéllas, no; pero, entre las horas de la vida más apacible, hay para todos una noche del sábado, en que nuestras almas brujas vuelan a su aquelarre. Vivimos muchos días indiferentes por una hora que nos interesa. Vuelan las almas brujas, unas hacia sus sueños, otra hacia sus vicios, otras hacia sus amores: hacia lo que está lejos de nuestra vida y es nuestra vida verdadera.

RINALDI.—Es verdad. Estamos en nuestro aquelarre. Podemos saludarnos. ¡Salud, hermana!

IMPERIA.—¡Salud, hermanos! ¿Hacia dónde voláis, hacia el bien o hacia el mal?

LEONARDO.—Yo, hacia donde la vida se desvanece como un sueño.

RINALDI.—Yo, hacia el reino de los amores, donde no penetra nunca la muerte.

LEONARDO.—Y tú, Imperia, ¿qué buscas?

IMPERIA.—Yo me busco a mí misma. Busco a Donina pobre, a Donina ignorante, a Donina enamorada. Tu arte me reveló la belleza que yo poseía, y por ella conseguiré lo que sueño.

LEONARDO.—¿Y es?...

IMPERIA.—Atesorar, atesorar; el dinero es la fuerza; con él todo se consigue: el bien o el mal, la justicia o la venganza.

RINALDI.—Ha terminado el espectáculo. La gente vuelve a invadir estos sitios.

LEONARDO.—Y ya debemos retirarnos.

RINALDI.—Ved... El indio... ¿De veras no os interesa saber cómo se domestica a los elefantes?

LEONARDO.—No; pero me interesa saber cómo se domestica a un domador... Si queréis, nos sentaremos a su lado.

RINALDI.—No seáis imprudente. Se ve que no tenéis costumbre de estas cosas.

LEONARDO.—Podéis creerlo. Pero todo será acompañaros... *(Sale Zaida corriendo y llorando y se abraza a Imperia).*

ZAIDA.—¡Señora! ¡Señora! ¿No sabéis? Donina...

IMPERIA.—¿Qué?...

ZAIDA.—Está loca; no ha querido hacerme caso... Después de lo que habéis dicho, deja que la lleve Nunú con esa gente, con el príncipe.

IMPERIA.—Ese miserable Nunú la ha vendido. Tú sabes dónde están, ¿verdad?

ZAIDA.—Salieron con el mismo traje de escena... Sí, sé dónde están; no sé el nombre, pero conozco el sitio.

IMPERIA.—Ven conmigo.

ZAIDA.—Sí, vamos, vamos... Pero así... ¡No sabéis entre qué gente!...

IMPERIA.—¿Qué importa el traje? Voy entre los míos... Ya me conocerán. Voy a impedir una infamia más de un poderoso o a vengar muchas de una vez en una sola. Vamos. Buenas noches, condesa; buenas noches, Leonardo.

RINALDI.—¿Dónde vas, Imperia?

LEONARDO.—Buenas noches, Imperia.

IMPERIA.—Más lejos todavía. Hacia otras almas brujas. Es la noche del sábado. *(La gente ha vuelto a llenar el salón y la música de tziganes a tocar). (Telón).*

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La taberna de Cecco. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARINEROS y gente maleante juegan y beben en diferentes grupos. CECCO y GAETANO sirven vino y atienden a todos. MAESTÁ, vieja harapienta, sentada sola a una mesa, parece dormitar. PIETRO; después el COMISARIO.

MARINERO 3°.—Aquí ese dinero. Por mi cuenta, más vino.

GAETANO.—Va en seguida.

MARINERO 2°.—No juegues más.

MARINERO 3°.—¡Déjame!

MARINERO 2°.—Yo retiro mi dinero. Es bastante.

MARINERO 3°.—Toma, hombre; no quiero oírte.

MARINERO 2°.—No; si tú sigues...

MARINERO 1°.—¿Se juega?

MARINERO 3°.—Sí... Va todo.

GAETANO. *(A Cecco)*.— ¿De dónde es esta gente? No conozco...

CECCO.—De un *yate* que llegó esta mañana. Llevan sus colores. ¿Cómo va eso?

GAETANO.—Se defienden. Traen dinero.

CECCO.—Ya veo. Pero esta noche no conviene ruido. Que se entretengan, pero sin llevarles todo. No salgan luego gritando. Ya volverán mañana.

GAETANO.—Si quieres, se acaba la partida.

CECCO.—No; tampoco conviene que esto se quede solo. Mientras estén tranquilos... *(Entra el comisario)*.

COMISARIO.—Buenas noches, Cecco.

CECCO.—Buenas noches. ¿Hay novedad?

COMISARIO.—Ninguna. Ya hemos visto entrar al príncipe.

CECCO.—Sí; allí está.

COMISARIO.—¿Qué gente hay con él?

CECCO.—Yo no conozco a todos. El inglés y esa gente del circo.

COMISARIO. *(Leyendo una lista)*.—No sé si

falta alguno; tú dirás. Lucenti... el inglés, Nunú y Tommy, de la *troupe* napolitana. Donina, Celeste, Teresina, mujeres de la misma *troupe*. Dick y Freed, *jockeys* del duque de Sealand y dos muchachas inglesas... ¿Hay más?

CECCO.—Nadie más.

COMISARIO.—Si ocurre algo, cerca estamos.

CECCO.—Ya sé; ahora os llevarán algo con que entreteneros. La noche está fresca.

COMISARIO.—Sí; hay una neblina... Hasta luego, Cecco... ¿Y esa gente?

CECCO.—La de siempre.

COMISARIO.—¿Y esos marinos?...

CECCO.—De un *yate* que llegó esta mañana. ¿No le has visto?

COMISARIO.—Ya sé. Hasta luego.

MARINERO 1°.—Hoy es día grande. Anda por aquí buen agente. ¿Estaremos seguros?

CECCO.—Se ve y se calla.

UNO. *(Acercándose a Maestá y sacudiéndola).*—Y tú, ¿cómo no eres de esta fiesta?

CECCO.—Dejad a la pobre. No se mete con nadie.

UNO.—El príncipe ha debido invitarte. Es que no te habrá conocido. Has debido decirle: «Alteza, somos iguales... En un tiempo yo

también fuí reina, todavía me llaman todos Maestá.»

MUCHOS. *(Riendo)*.—¡Ja, ja, Maestá!

MAESTÁ.—¡Canallas!

CECCO.—Dejadla he dicho. No hagas caso, Maestá.

MAESTÁ.—¿Yo? Ni los veo ni los oigo. Están muy lejos.

MARINERO 3°.—¿Es una loca?

PIETRO.—No; es que a estas horas está siempre...

CECCO.—Pero es verdad lo que dice. Yo lo sé porque lo he oído contar a gente que la conoció entonces. Ha sido muy hermosa y querida de un rey, y ha tenido palacios y coches y brillantes.

MARINERO 3°.—Serán historias.

UNO.—Por vieja que sea y por mucho que haya cambiado, no es posible. Yo no lo creo.

MARINERO 3°.—La verdad es que viéndola...

UNO.—Vamos, cuenta esa historia. ¿Qué rey era ése? ¿Dónde estaban tus palacios?

PIETRO.—Cuenta, abuela, cuenta. Pues, señor, éste era un rey...

CECCO.—Dejadla tranquila.

MAESTÁ.—¡Canalla, gentuza! ¿Qué voy a contaros? Si no creéis más que lo que ven vues-

tros ojos. ¿Me veis ahora? Pues he sido hermosa, y retratos de mi cara y estatuas de mi cuerpo guardan en palacios y museos; pero aunque os llevara delante y os dijera... ésa soy yo... no lo creeríais. Me han querido muchos hombres muy poderosos, muy grandes, muy sabios... También un rey, que por una palabra mía hubiera dejado su corona. ¿Me veis así? Pues vestidos bordados con perlas que valían un reino, he llevado encima de mi cuerpo... En flores gastaba yo en un día lo que ahora quisiera para vivir lo que me queda de vida. ¿No lo creéis? No queda nada en mí, ¿verdad? Sí; acercaos. *(Quitándose unos mitones de lana)*. Quedan estas manos que nunca trabajaron. Manos de reina, que muchos han besado agradecidos... Es mi orgullo. Para guantes nunca me falta; aunque no coma. Vedlas. ¿No son de reina?

PIETRO.—Sí, es verdad.

UNO.—Algo había de quedarte. Aun puedes tener besamanos.

MAESTÁ.—Vosotros podéis llegar a poseer todas las riquezas de la tierra, o conquistar todos sus reinos, o proclamaros reyes... Y

vuestros nietos no tendrán unas manos como estas mías.

PIETRO.—Manos rotas.

UNO.—Pudieron guardar algo más que la blancura; no te verías como te ves, si es verdad lo que dices.

MAESTÁ.—Estas manos no saben guardar. Saltaban sobre ellas los tesoros como el agua en la concha de mármol de una fuente, para caer más esparcidos.

UNO.—Harías muchas limosnas.

PIETRO.—Mucho bien.

MAESTÁ.—Bien o mal, ¡qué sé yo! Llegaba a mí gente necesitada, llegaba gente perdida... Para todos igual... ¡Si fuera uno a pensar!... El diablo se ríe de esos prudentes que niegan la limosna pensando en que puede ser para vino... Hay que repartir alegría alegremente. Para muchos es más necesario el vino que el pan... Nadie come flores y flores da la tierra. Muy seco está el corazón que no da flores.

PIETRO.—¡Bien dicho!

UNO.—¡Vaya, abuela!

CECCO.—¿No os dije que no está tan loca? Vaya, ahora convidadla.

PIETRO.—A lo que ella quiera.

MAESTÁ.—Es lo mismo.

MARINERO 3°.—A champagne, ¡qué menos para una reina!

UNO.—Champagne, champagne... Traedlo, aquí se paga.

PIETRO.—¿Tienes champagne?

CECCO.—Esta noche sí; lo traigo si no es broma.

UNO.—Ya que no te convida el príncipe, te convidamos nosotros.

MAESTÁ.—El príncipe de Suavia; yo he conocido al emperador; entonces era príncipe heredero; le vi en una revista militar, en un caballo blanco; era una arrogante figura... Ya debe ser muy viejo... También conocí a la princesa Etelvina, la madre de este príncipe; era una niña entonces. ¿Quién la conocerá?

CECCO.—El champagne, vengan vasos.

PIETRO.—A su Maestá primero. Un brindis. ¿Quieres vivir mucho todavía?

MAESTÁ.—¿Por qué no? Lo que Dios quiera.

PIETRO.—Por tu salud entonces.

MAESTÁ.—Por la vuestra y por vuestra felicidad, que aun es tiempo para vosotros. Sí, es champagne.

CECCO.—¿Pues qué creíais?

MAESTÁ.—Que era burla. ¡Cuánto tiempo que no lo había bebido!... ¡Dios os lo pague! ¡Otra copa! Es un vino alegre, y no es malo éste, Cecco; yo lo entiendo.

PIETRO.—Esta noche no eres la única Maestá que hay en la casa.

ESCENA II

Dichos, IMPERIA y ZAIDA, que aparecen en la puerta.

IMPERIA.—¿Es aquí?

ZAIDA.—Sí, señora. ¿No os da miedo?

IMPERIA.—¿Por qué? Así era mi casa. ¡Adelante!

PIETRO. *(Viendo a Imperia).*—Es noche de reyes.

CECCO.—¡Silencio!

PIETRO.—¿Eran así tus vestidos, Maestá?

UNO.—¿No conoces a esta reina?

MAESTÁ.—¿Reina?... ¡Como yo lo fuí! No la

conozco. Las que yo conocí o han muerto o son ya viejas.

IMPERIA.—¿Ha venido el príncipe? No lo ocultéis. Sé que venía aquí esta noche; sé con quién está.

CECCO.—¿Os esperaba? Nada me ha dicho.

IMPERIA.—No, no me espera. Un momento. *(Escribe con lápiz en un papel)*. Entregadle esto y traedme en seguida su contestación.

CECCO.—Está bien. ¿Queréis sentaros?

IMPERIA.—No. ¿No habrá otro sitio donde aguardar?

CECCO.—Un cuartucho peor, allá arriba.

IMPERIA.—No tardes.

CECCO.—No tengáis miedo; es buena gente. *(Vase Cecco)*.

IMPERIA.—No me asusto.

ZAIDA.—Señora... Ya siento haberos dicho...

IMPERIA.—¿Por qué? ¿Crees que tengo miedo? Ni extraño el sitio ni la gente; me extraño a mí misma.

PIETRO. *(A Maestá)*.—Sí; debes ofrecerle una copa. Entre iguales...

UNO.—En casos como éste debes hacer los honores.

MAESTÁ. *(Tambaleándose, con risa de embriaguez).*—Venga, venga... *(Ofreciendo una copa a Imperia).* ¡Señora!...

ZAIDA. *(Asustada).*—¡Ay!

IMPERIA.—No te asustes. ¿Qué desea, buena mujer?

MAESTÁ.—También yo soy Maestá... ¿No me conocéis?

PIETRO.—No tengáis miedo; es una loca muy divertida.

MAESTÁ.—Esta noche he tenido fiesta en mi palacio; os ofrezco una copa de champagne. Bebed sin miedo: no está envenenado. Yo no tengo por qué quereros mal. ¿Qué podéis quitarme? Yo soy feliz. ¿Quién puede quitarme esta felicidad? Pero tened cuidado; no todos son como yo. Hay gente mala. A mí también me han hecho mucho mal; pero yo, ¡a nadie, a nadie! Por eso estoy alegre. ¡La alegría no pueden quitármela!

ZAIDA.—Tengo miedo.

IMPERIA.—Yo, no; al contrario; me agrada oír estos desconciertos de locos. Hay en ellos algo sobrenatural que puede ser profético. ¡Toma, pobre mujer!

MAESTÁ.—¿Oro? ¿Lo veis? Más champagne. *(Arrojando las monedas).* ¡Champagne!

PIETRO.—Guárdalo, guárdalo; te hace falta.

MAESTÁ.—Nada, no necesito nada; para vosotros. Que traigan más champagne. *(Cae amodorrada).*

ESCENA III

Dichos. HARRY

HARRY LUCENTI.—¡Imperia!...

IMPERIA.—¿Y el príncipe?

HARRY LUCENTI.—Me envía a ofreceros el brazo para que nos acompañéis, ya que habéis venido hasta aquí.

IMPERIA.—¿Y sabe el príncipe por qué he venido?

HARRY LUCENTI.—Tal vez por celos...

IMPERIA.—¿De quién?

HARRY LUCENTI.—Estas noches os han visto en el Circo...

IMPERIA.—Pensaréis de mí algo monstruoso, algo digno de vos y del príncipe.
HARRY LUCENTI.—Algo divertido... El príncipe se alegrará de veros. El brazo...
IMPERIA.—Sí, llevadme. *(Se oye gritar dentro).* ¿Qué es eso?
CECCO. *(Entrando precipitadamente).*—¿Qué ocurre?
HARRY LUCENTI.—¿Quién grita?
CECCO. *(Cierra la puerta).*—¡Silencio! ¡Todos quietos! ¡No salga nadie!

ESCENA IV

Dichos; CECCO y TOMMY sosteniendo al PRÍNCIPE. CELESTE, TERESINA, los dos jockeys, NUNÚ y DONINA. Todos presos del mayor espanto.

UNO.—¿Qué es eso?
OTRO.—¿Qué pasa?
CECCO.—¡El príncipe!...
IMPERIA.—¡Sangre!
HARRY LUCENTI.—¿Está herido?...
MARINEROS Y GENTE.—Vamos de aquí. ¿Qué es esto?

CECCO. *(A Gaetano).*—Cierra bien esa puerta. De aquí no sale nadie. *(Gaetano saca un cuchillo y defiende la puerta).*

PIETRO.—¡Paso! ¡Quita o...! *(Algunos sacan cuchillos y puñales).*

CECCO.—Es peor. Vendrá la policía y nos cogerá a todos. ¡Calma, calma!

NUNÚ. *(A Donina, con violencia).*— ¡Has sido tú!... ¡Estamos perdidos!

DONINA.—¡Sí, yo he sido, yo he sido! ¡Por ti, miserable, miserable!

IMPERIA.—¡Tú!...

DONINA.—Me había vendido, ¿no sabes?... ¡Miserable, miserable!

CELESTE.—¿Pero van a dejarle morir así?

CECCO.—¡Sea lo que sea! De aquí no sale nadie.

HARRY LUCENTI.—No brota sangre. Mala señal. No vuelve en sí.

CECCO.—La policía está cerca. Habrá oído los gritos... Si viene hay que abrir. ¡Calma! ¡Esa sangre...! *(Vierte una botella).* ¡Ya está... Vosotras, alrededor. Sostenedle bien. Y vosotras, cantad y bailad. ¿Dónde está la armónica? ¡Es la policía! ¡Pronto... o estamos perdidos! *(Hacen todos lo indicado).*

DONINA.—¡Dios mío, Dios mío!

NUNÚ. *(Empujándola).*—¡A bailar! ¿No has oído? *(Donina, Nunú, Zaida y Tommy bailan la «tarantela»).*

ESCENA V

Dichos y el COMISARIO

COMISARIO.—¿Qué ocurre?

CECCO.—Ya lo veis... ¡Nada!

COMISARIO.—Oímos gritos...

CECCO.—La fiesta... Ya nadie sabe lo que se hace. Hay buen humor... El príncipe apenas puede sostenerse. Ahí está... Cerramos la puerta para que no entrara nadie a estas horas. ¿Queréis tomar algo?

COMISARIO.—No. Buenas noches.

CECCO.—Buenas noches. *(Los sigue con la vista, desde la puerta, a los de dentro).*

¡Seguid, seguid!... *(Las mujeres que estaban al lado del príncipe se levantan aterradas. El príncipe rueda bajo la mesa).*

CELESTE.—¡Está muerto!

TERESINA.—¡Ay! *(Gran confusión. Todos quieren salir).*

CECCO.—¡Me habéis perdido! ¿Qué hacemos ahora? ¡De mi casa no sale nadie!

NUNÚ. *(Amenazándole).*—¡Saldremos todos!

CECCO.—Es inútil. La policía tiene los nombres de todos los que estáis aquí; os cogerán pronto. Entre todos hay que salvarse.

IMPERIA.—¡Harry, a mi casa en mi coche! Es lo mejor. Que no le encuentren aquí. Ya pensaremos... ¿Estáis dispuesto?

HARRY LUCENTI.—¡Sí, en seguida!

CECCO.—¿Vais a sacarle? Es lo mejor; pero más tarde; hay que esperar... Pasa gente a estas horas. Yo alejaré la policía. Vosotros id saliendo poco a poco... ¡y cuidado!

PIETRO.—Por supuesto. ¡Cualquiera habla!

UNO.—A todos nos importa callar.

CECCO.—Y vosotros no dejéis de cantar y de bailar. ¡Vamos!

DONINA. *(Dejándose caer rendida).*—¡No puedo más.... aunque me maten!

CECCO. *(Acercándose a Maestá).*—Esta no ha visto nada. Esos no dirán nada.

HARRY LUCENTI. *(Por el príncipe).*—¡Está muerto! ¡Frío ya!...

IMPERIA.—Sí. ¡Muerto, muerto! ¡Qué horrible!... *(Telón).*

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

Un gabinete en la Villa de Imperia.

ESCENA PRIMERA

IMPERIA y la CONDESA. Imperia escribe una carta que entrega a un Criado. Se oye dentro la voz de la Condesa Rinaldi.

RINALDI. *(Dentro)*.—Para mí está siempre, os lo aseguro; no tengáis cuidado. *(Imperia se levanta precipitadamente y va al encuentro de la condesa)*.

IMPERIA.—¡Condesa!

RINALDI.—Qué inesperada visita, ¿verdad? Ni el portero, ni los criados, querían dejarme pasar. Me dijeron que descansabais. Pero necesitaba veros con urgencia y atropellé

por todo. Estoy perdonada. Ya veo que estáis sola. Al venir he visto al príncipe Miguel muy cerca de la *villa* de la princesa; sin duda iba a visitarla.

IMPERIA.—Sin duda. ¿No habéis hablado con él?

RINALDI.—No; él guiaba un cochecillo, yo he venido a pie. Necesito andar mucho para fatigar estos nervios. Nos saludamos nada más. Y anoche, ¿cómo terminó vuestro aquelarre?

IMPERIA.—Anoche...

RINALDI.—No sois buena conmigo; tanto como os quiero y tenéis secretos para mí. Si fuerais de otro modo, algunas veces podríamos comunicarnos impresiones y aventuras... Y eso que he decidido cambiar de vida por completo; acabaron las locuras. Por fortuna he encontrado a tiempo a un hombre que será mi salvación. ¡Ah, si le hubiera encontrado antes en mi camino, en lugar de tantos otros por los que he comprometido locamente mi nombre y mi tranquilidad!...

IMPERIA.—Y es...

RINALDI.—No es de estos hombres que por desgracia nuestra encontramos a cada paso;

es un alma primitiva, un corazón sencillo... Le conocéis.

IMPERIA.—¿Yo?

RINALDI.—¿Habéis visto los siete elefantes del circo?

IMPERIA.—¡Condesa!

RINALDI.—Pues bien; el domador... ¿Os reís?

IMPERIA.—Decíais que habían acabado las locuras.

RINALDI.—¿Os parece una locura? Es que todavía no conocéis mis proyectos.

IMPERIA.—Decid, contadme. ¡Ojalá fueran las mayores extravagancias, las más extrañas locuras!... ¡Sueños, locuras, cuanto aleje de nosotros la realidad que quiere imponerse!... ¡Si supierais!... Hay sueños, pesadillas horribles con tales apariencias de realidad, que escapándose de nuestro sueño quieren entrarse en nuestra vida... Yo he soñado, estoy segura de que he soñado algo que me parece haber visto y oído en efecto; algo que no puede ser, que no ha sido... Por eso ahora deseo oíros cosas extrañas, fantasías de sueños... locuras; para llegar a confundirlo todo, a no saber cuándo se sueña entre fantasmas, cuándo se vive entre realidades...

RINALDI.—Mis proyectos son muy razonables. Quiero poner en orden todos mis asuntos; dedicarme por completo a la administración de mis bienes. Para ello se me presenta una ocasión única; una especulación brillante, para triplicar el capital en un año.

IMPERIA.—No sabéis cuánto os agradezco la visita. Todo se olvida a vuestro lado.

RINALDI.—Si lo tomáis a risa... Es un asunto muy serio. Rujú, se llama Rujú... ¿Lo sabíais? Un nombre oriental... Pues bien, Rujú no es el verdadero Rujú...

IMPERIA.—No comprendo.

RINALDI.—El verdadero Rujú-Sahib era el anterior propietario y domador de los elefantes; éste de ahora era su criado nada más... Cuando murió el verdadero Rujú, su viuda, una inglesa... heredó los siete elefantes y propuso al criado que él continuara trabajando con ellos mediante un sueldo que ella le pagaría... Pero es una explotación infame. Mientras él expone su vida y sólo cobra un miserable jornal, la viuda, la propietaria, cobra de las empresas cantidades fabulosas... ¿Qué os parece? ¿No tienen razón los explotados para maldecir de los explotadores? El pobre Rujú se lamentaba con

lágrimas en los ojos... «¡Ah!—me decía—: si los elefantes fueran míos; si yo tuviera cien mil francos, si yo encontrara quien quisiera asociarse conmigo...»

IMPERIA.—No digáis más, os conmovisteis; pensáis comprar los elefantes... y presentaros en el circo...

RINALDI.—Yo, no. ¡Qué locura! Yo los compro; él los presenta; yo cobro el cincuenta por ciento de las contratas... ¡No tenéis idea! Son doce mil francos al mes; contrato todo el año... y los siete elefantes domesticados en cien mil francos es una ocasión única... No sabéis lo que cuesta un elefante... Y éstos son de la India, de la mejor clase; se los distingue por las orejas y por la trompa.

IMPERIA.—Se ve que habéis estudiado el asunto, que no es una locura.

RINALDI.—¡Qué ha de ser! ¿En qué pueden emplearse mejor esos cien mil francos? Por eso he venido a veros tan de mañana. Yo no dispongo por el momento de esa cantidad; mi cuenta del Crédito sólo llega a sesenta o setenta mil francos... Es cuestión de quince días. Sé que a cualquiera que me

hubiera dirigido... Pero quiero daros una prueba de confianza y de amistad...

IMPERIA.—Yo quisiera corresponder... pero ahora mismo no puedo contestaros. Ignoro si puedo disponer de esa cantidad.

RINALDI.—¿Cantidad? ¿Llamáis a eso una cantidad?

IMPERIA.—Esta tarde podré contestaros; creedme.

RINALDI.—Esta tarde... Sé que la tardanza es una coquetería de vuestra parte. El príncipe no os niega, no puede negaros nada... Ya veis que os he hablado como una amiga verdadera, y que vuestra amistad me ha costado el sacrificio de otras amistades; no es que yo quiera hacerlos valer...

IMPERIA.—Ya digo que os enviaré la contestación. *(Un criado anuncia).*

CRIADO.—Su Alteza.

ESCENA II

Dichos y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Condesa! *(A Imperia).* ¿Cómo estás?

IMPERIA.—Bien... La condesa me dijo que te había visto camino de la *villa* de la princesa. ¿Has estado allí?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Sí; debía haber almorzado allí; ¿pero no sabes...?

IMPERIA.—¿Qué?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Ya te diré... Anoche no pude ir al circo como pensaba; un nuevo telegrama de Suavia me obligó a buscar al duque.

IMPERIA.—¿Qué ocurre?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Nada.

RINALDI.—Alteza... comprendo que tenéis que hablar con Imperia.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Nada urgente.

RINALDI.—Ya sabéis que si prescindo de in-

vitaciones cuando se prescinde de mí injustamente, no las necesito para retirarme espontáneamente cuando temo ser indiscreta. Hasta la vista, Alteza... Querida amiga, no saldré de casa en toda la tarde; espero vuestra contestación. *(Sale la condesa).*

ESCENA III

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Cuánto te ha costado la visita de la condesa?

IMPERIA.—Veo que la conoces.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Eso sí, en compensación siempre cuenta historias muy divertidas. Su nueva aventura vale cualquier dinero. Me la refirió Leonardo. Tú la sabrás; es historia del circo... Y tu Donina, ¿la viste anoche? Ya ves que no se me ocurre dudar de ti; creo cuanto me dices.

IMPERIA.—Haces bien. Has sido noble y gene-

roso conmigo. Tu lealtad bien merece la mía. No trataste de retenerme junto a ti por cálculo interesado; de una vez me entregaste riquezas bastantes para rescatar mi libertad. Yo no quiero esclavos, dijiste. Y al darme libertad, para siempre me obligó a ti la gratitud.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Para siempre? Tu espíritu es inquieto, ambicioso de grandes sueños; y yo sólo quisiera que todos los días se pareciesen; que pasaran como un solo día, sin una inquietud, sin una preocupación... Y la amenaza del Imperio se aproxima de nuevo... El niño príncipe se muere...

IMPERIA.—¿Se muere?...

PRÍNCIPE MIGUEL.—Nació con un soplo de vida... Telegrafiaron de nuevo a poco de recibir el telegrama anunciando su nacimiento. El emperador desea que el príncipe Florencio y su madre vuelvan a la corte, desea reconciliarse con él... tal vez piense abdicar; está muy cansado, el pueblo amenaza con revoluciones. Ya no es posible un imperio despótico... Y la salud de Florencio conspira en contra mía. Otra vez cerca del trono.

IMPERIA.—Muy cerca... El príncipe Florencio nada más... ¿Y le has visto hoy?

PRÍNCIPE MIGUEL.—No; estuve en la *villa*, debía haber almorzado allí; pero su pobre madre está muerta de pena... Florencio no ha vuelto desde anoche.

IMPERIA.—Y no saben...

PRÍNCIPE MIGUEL.—Nada puede habérsele ocurrido. Le amanecería en cualquier tugurio, y por no salir ya de día... He enviado recado al prefecto.

IMPERIA.—Dices que su madre...

PRÍNCIPE MIGUEL.—Le costará la vida; no puede acostumbrarse, es un sobresalto continuo. Hoy estaba más alarmada que otras veces. Dice que a media noche se despertó sobresaltada; que le pareció oír un grito...

IMPERIA.—A media noche...

PRÍNCIPE MIGUEL.—Y ya le parece un presentimiento... A mí mismo ha llegado a preocuparme. Aunque tengo la seguridad de que nada ha ocurrido, ya sabríamos... la policía le vigilaba... No es posible. Tampoco se ha visto a Harry Lucenti por ninguna parte. No tardará el Signore en traerme alguna noticia.

IMPERIA.—¿Sabéis dónde estaba?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Lo sabían, y con quién estaba... Si no, es posible que... ¿Es que tú también crees que puede haberle ocurrido algo?

IMPERIA.—¡Ese grito que oyó su madre!... ¿No crees tú que las almas pueden llamarse desde lejos? Sí; él debió pensar en su madre; gritó... ¡Madre mía!... Y su madre oyó el grito.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Qué dices, Imperia? ¿Deliras?

IMPERIA.—Digo, si algo le hubiera sucedido. Sí... debe temerse todo, debe esperarse todo. *(Entra un criado).*

CRIADO.—El señor prefecto desea ver a su Alteza.

PRÍNCIPE MIGUEL.—En seguida. Pronto sabremos... *(Sale el príncipe).*

ESCENA IV

IMPERIA y después HARRY LUCENTY. Imperia escucha a las puertas. Harry Lucenti, en el mismo traje, pálido y con muestras de embriaguez, aparece en una de ellas.

IMPERIA.—¿Quién es? ¡Ah! ¿Por qué venís aquí? No le dejéis solo.

HARRY LUCENTI.—Puede estar solo. No se mueve. Oí que hablaban... Saben ya...

IMPERIA.—No... buscan; lo sabrán pronto. En este momento quizás. Volved allí, que no os vean; no le dejéis solo.

HARRY LUCENTI.—Está bien oculto, bajo una tela de brocado: digno sudario de un emperador. ¡Qué insignificante muerte; como su vida. Luis de Baviera fué el último rey.

IMPERIA.—¡Oh! ¡Callad, callad! No quiero oíros... No quiero veros... Sois como él... Así debía morir, ¿qué importa por qué mano?...

HARRY LUCENTI.—¿Creéis que ha sido casti-

go del Cielo?... No creáis esas cosas, Imperia. Casualidad, casualidad. Hay muchos bribones que mueren de viejos en su cama y bendecidos por su hijos.

ESCENA V

Dichos y LEONARDO

IMPERIA.—¡Leonardo! ¡Cuánto has tardado!

LEONARDO.—Ahora mismo recibo tu carta. ¡Oh, Harry!... ¿Qué haces aquí?

HARRY LUCENTI.—Imperia te dirá... ¿Yo? Un triste oficio que no da que hacer, pero da que pensar... ¡Silencio! *(Se retira).*

ESCENA VI

IMPERIA y LEONARDO

IMPERIA.—Desde que nos separamos, yo no sé lo que piensas de mí, Leonardo, cuál se-

rá tu recuerdo... Yo sé que en los momentos decisivos de mi vida, cuando en el corazón habla la verdad de nuestros afectos, sólo he pensado en ti como en un amigo leal y seguro. ¿Estoy engañada?

LEONARDO.—No, Imperia; nos separamos sin odio y sin lucha. Tú amabas la vida, y quisiste realizar mi sueño... la idea de mi obra de arte... Yo, en tanto, huyendo de la vida, me refugiaba en los sueños del pensamiento... Nos separó la realidad... Di por qué me llamas ahora.

IMPERIA.—Para destruir la realidad que quiere imponerse a nuestra vida. Tu idea, nuestro sueño, el trono de tu Imperia... ¡Qué cerca! No es heredado, no; los miserables no heredamos tronos, pero es nuestra la fuerza para derribarlos, nuestra la inteligencia para llegar muy cerca de ellos y reinar sin ser reyes. ¿Te acuerdas? Voy a Suavia a ser emperatriz, te dije. No soy emperatriz, pero reino en el corazón de un emperador; su vida es mía, lo conozco, lo sé; no puede vivir sin mí... ¿Qué dices? Es tu Imperia, tu obra de arte... Es tuya el alma que alienta en mí... Creación de tus sueños de artista.

LEONARDO.—Sí; mi Imperia, mi amor; mi único amor; vive por mí, triunfa por mí. Yo no supe más que soñar.

IMPERIA.—Sí, triunfaré... Pero es preciso destruir la realidad... El príncipe heredero de Suavia se muere... El viejo emperador abdica la corona...

LEONARDO.—Entonces... El príncipe Florencio...

IMPERIA.—El príncipe Florencio ha muerto.

LEONARDO.—¿Ha muerto?

IMPERIA.—Sí; ha muerto asesinado esta noche, delante de mí. No; yo misma le he asesinado.

LEONARDO.—¡Tú! ¿Qué dices, Imperia? ¡Deliras!

IMPERIA.—¡Sí... yo... yo! Es igual, mi Donina, mi hija... Defendía su juventud, su inocencia, su amor. Ha sido la venganza de cuantos sucumbimos antes. ¿No lo crees? Mira, es su propio puñal; es, como suyo, un precioso estilete, una joya cincelada con arte; el puño es de oro y de piedras preciosas. Dicen que jugaba con él entre amenazas y caricias. «¿Serías capaz de matarme?», preguntaba. «Un beso antes, y es tuyo»; y ofrecía como una joya el puño de

oro. Mi Donina, al sentir sus besos, le hundió la hoja de acero en el corazón. No, no deliro; no son fantasmas de aquelarre... ¿Te acuerdas? «Es la noche del sábado», te dije al despedirnos. Sus horribles fantasmas me persiguen en la realidad; llegaron hasta aquí. ¿Quieres verle? Ahí está. Harry Lucenti vela su cadáver.

LEONARDO.—¡No, no es posible! Eso no ha sucedido. Me cuentas un sueño, una pesadilla.

IMPERIA.—Yo lo he creído también. Cuando llegué aquí me olvidé de todo; hace un instante hablaba y reía con la condesa... y todo me parecía lejano ya, como una pesadilla de otro mundo, del aquelarre de nuestras almas brujas; pero es verdad, Leonardo, es verdad.

LEONARDO.—Entonces, ¿qué esperas? Si saben que tú...

IMPERIA.—Nada temo; lucharé, venceré; los fantasmas no me acobardan. Pronto vendrán; acaso sepan... Ya ves, estoy tranquila. Verás cómo todos callan.

LEONARDO.—No, Imperia; tu cuerpo tiembla. ¿Qué miras?

IMPERIA.—No, no; estoy tranquila. ¡Silencio! Vienen.

LEONARDO.—Sabrán...

IMPERIA.—Lo diré yo si no lo saben.

ESCENA VII

Dichos, el PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

PRÍNCIPE MIGUEL.—Imperia, el señor prefecto desea hablar contigo. Leonardo, perdonad; no os había visto.

LEONARDO.—Alteza...

PRÍNCIPE MIGUEL. *(Al Signore).*—Si deseáis hablar a solas, yo acompañaré a Leonardo.

IMPERIA.—No, yo deseo que asista también al interrogatorio, porque supongo que el señor prefecto desea interrogarme.

LEONARDO.—En efecto.

IMPERIA.—Y yo deseo contestar en presencia de mis amigos; sola, ante la autoridad del señor prefecto, acaso me acobardaría demasiado.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Desgraciadamente, los indicios de que al príncipe Florencio le ha sucedido algo grave, aumentan por momentos. Nadie le ha visto en toda la mañana; no ha sido posible dar con su paradero.

SIGNORE.—Se sabe que anoche estuvo en la *trattoria* de Cecco. Esta es la lista de las personas que allí estaban, de todas... Leedla. ¿Falta alguna?

IMPERIA.—Ninguna.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Tu nombre está en esa lista...

IMPERIA.—Eso prueba que el Signore está bien servido por su policía.

SIGNORE.—Entonces, puede ser verdad que el príncipe salió de la *trattoria* antes de amanecer, según parece, algo embriagado, y sostenido por Harry Lucenti y el dueño de la *trattoria* subió a vuestro coche y llegó a vuestra casa. Vos llegasteis a poco en compañía de una muchacha del circo, una tal Donina, a quien debéis conocer, porque no es la primera vez que os han visto con ella.

PRÍNCIPE MIGUEL.—El Signore sabe quién es Donina; las relaciones que te unen con ella.

SIGNORE.—Lo sé todo. A excepción de las personas que, sin duda, se hallan en vuestra

casa, cuantos acompañaban anoche al príncipe están detenidos, procurando que nada trascienda; el asunto es muy delicado, y cualquier indiscreción podría comprometer a personas de calidad, que no pueden ser tratadas como vulgares malhechores. Es el amigo quien os interroga, señora. Cuantos estaban con el príncipe aseguran que salió de allí al mismo tiempo que vos, como os he dicho. ¿Se trata de una aventura amorosa? ¿De una intriga política? ¿Es cierto que el príncipe Florencio está en vuestra casa?

IMPERIA.—El príncipe Florencio está en mi casa. Yo le traje, ¡pero le traje muerto!

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Muerto!

SIGNORE.—¡Muerto!

IMPERIA.—Sí; el príncipe Florencio se ha suicidado.

SIGNORE.—¿Qué decís, señora?

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡No es posible!

LEONARDO.—¿Qué intentas?

IMPERIA. *(Con firmeza).*—¡Se ha suicidado! Contra todo lo que sepáis, contra todo lo que veáis, ésta será la verdad.

SIGNORE.—No puede creerse así. Nada indica...

PRÍNCIPE MIGUEL.—Vamos pronto...

IMPERIA.—No; oídme primero. Ha muerto asesinado; ésa es la verdad, la que yo sé, la que yo he visto; pero nadie puede ser responsable de ese asesinato; y si tratáis de perseguir y de castigar; si pretendéis esclarecer la verdad, la verdad se perderá para siempre; y la mentira, la calumnia, la infamia nos envolverán a todos en el mismo crimen, a todos: desde esos miserables, que sólo con su aspecto pregonan la abnegación de ese príncipe odioso, al mismo emperador de Suavia, que bien pudo pagar a un asesino si le estorbaba el heredero del Imperio.

PRÍNCIPE MIGUEL.—¡Qué infamia!

SIGNORE.—¡Señora!...

IMPERIA.—Sí; yo estaba allí; tu amante, la amante del heredero del trono. Nadie sabe por qué estaba yo allí; puedo acusarme y acusaros a todos; el príncipe tiene partidarios en Suavia, y la aureola del martirio sentaría muy bien a su recuerdo. Y si queréis desengañar a todos; si queréis proclamar la verdad, decid, decid; también la diremos nosotros; decid cuál era la vida de vuestro príncipe; contad sus crímenes y sus

vicios; manchad bien su memoria, y el odio y el desprecio del mundo entero os alcanzará por igual a todos sus iguales.

ESCENA VIII

Dichos y el DUQUE DE SUAVIA

CRIADO.—¡Alteza!

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Quién es?

DUQUE.—Alteza, la princesa supo que el príncipe estaba aquí, y quiere verle; no ha sido posible detenerla.

PRÍNCIPE MIGUEL.—No; llevadla de aquí. ¡Pronto, venid!

DUQUE.—Sí, no le dejéis; que no sepa... *(Salen el príncipe Miguel, el Signore y el duque de Suavia).*

ESCENA IX

IMPERIA, LEONARDO y después DONINA

LEONARDO.—¿Crees que no dirán la verdad?

IMPERIA.—No; tienen miedo. La verdad les asusta. ¿No ves que yo conozco su verdadera vida, sus intrigas, sus crímenes, sus vicios? No hablarán: mi silencio por su silencio. El príncipe no ha sido asesinado; nadie es culpable de su muerte; fué una pesadilla. ¿Lo ves? Puede destruirse la realidad, puede triunfarse de ella; basta querer, y huye como un fantasma.

DONINA. *(Dentro)*.—¡Dejadme, dejadme!... *(Entra)*. ¡Madre! ¡Madre mía!...

LEONARDO.—¿Es tu hija?

IMPERIA.—¡Sí, mi hija! ¿Por qué huyes? ¿Por qué tiemblas?

DONINA.—¡Defiéndeme, ocúltame! Vienen por mí. No me importa la vida, pero que no me vean, que no me hablen... nada diré.

IMPERIA.—¡Leonardo, llévatela lejos de aquí!

LEONARDO.—No es posible salir de aquí sin que nos vean.

DONINA.—¡Que me maten! Nada me importa... Pero es que he vuelto a verle... Le veré siempre...

IMPERIA.—¿Tú?...

DONINA.—Sí; desperté estremecida de espanto... ¡Quise huir y salí corriendo sin saber!... ¡Y le he visto, le he visto, le veré siempre!... ¡Me volveré loca!

IMPERIA.—¡Silencio! ¿Oyes, Leonardo?

LEONARDO.—Sí, es la princesa... ¡Llora!...

IMPERIA.—No, no escuches... ¡No es nada!...

DONINA.—¡Sí, llora!... ¡Es su madre que llora!... ¡La oigo llorar! ¿Oís? Ahora más cerca, más cerca, cada vez más cerca...

LEONARDO.—Vienen hacia aquí... La impiden el paso sin duda.

IMPERIA.—Esperad... Ahora pasan... ¡Ah, vamos de aquí!

DONINA.—¿Oyes cómo grita: «¡Hijo mío, hijo mío!»?

IMPERIA.—¡Vamos de aquí, vamos!...

DONINA.—¡No!... ¡La oiré siempre, siempre!... «¡Hijo mío, hijo mío!»

IMPERIA.—¡No puedo más... Leonardo! ¡No

eran fantasmas, no se destruye la realidad!... Penetra en nuestra vida, nos vence... Esa madre que llora por su hijo, mi hija que se muere de espanto y de pena, ¡se aferran al corazón, lo destrozan!... Yo nada puedo. ¡Suceda lo que suceda...!

LEONARDO.—¡Imperia, no! Tu voluntad es fuerte... No destruyas así tu vida. ¡Lucha, triunfa!

IMPERIA.—¡No, no, déjame, no pienses en mí!... ¡Salva a mi hija, Leonardo, salva a mi hija! *(Telón).*

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO QUINTO

Jardín en la Villa de Imperia.

ESCENA PRIMERA

DONINA, LEONARDO y NUNÚ

LEONARDO.—No se trabaja más por hoy, Donina.

DONINA.—Si no me canso. Por mí no...

LEONARDO.—Ya lo sé; estás fuerte, ya no hay que temer por tu salud; no es la modelo, es el artista el que se cansa. ¿Y quién trabaja hoy? ¡Qué hermoso día! Si los hombres para nuestras pobres fiestas pedimos al Cielo días como éste, hoy que la Naturaleza está de fiesta, con mejor razón debe pedirnos que

nuestros afanes no turben su divina calma. ¿Trabajar hoy? Ni con el pensamiento. Para gozar en un día así de la vida basta que vean los ojos, que la boca respire toda la luz del cielo, los olores todos del mar y de la tierra. ¿Estás triste, Donina? ¿Por qué estás siempre triste?

NUNÚ.—Tiene miedo a morirse.

LEONARDO.—¿No sabes que los médicos han dicho que ya estás buena? Y ahora que eres dichosa, ¿piensas en morirte? ¿No eres muy dichosa, Donina?

DONINA.—Muy dichosa; por eso tengo miedo.

NUNÚ.—¿Se ve desde aquí el *yate* del príncipe Miguel?

LEONARDO.—Sí, debe verse. Allí está. Llegó esta mañana.

DONINA.—¿Por qué vuelve el príncipe Miguel? ¿No decían que iba a ser emperador?

LEONARDO.—Nada sé, Donina. Nada debe importarnos. El imperio de Suavia está muy lejos.

DONINA.—Demasiado cerca todavía.

NUNÚ.—¿Por qué no nos embarcamos como ayer? ¿Vamos a pasarnos aquí toda la tarde?

DONINA.—¿Te aburres?

NUNÚ.—Yo no; pero el aire del mar te conviene. No salimos nunca de aquí.

DONINA.—¡Es tan hermoso!...

NUNÚ.—Sí, pero cansa. Está uno como preso...

DONINA.—¡Como preso!...

LEONARDO. *(Bajo a Nunú).*—¡Qué mal finges, Nunú!...

NUNÚ.—Es que no puedo más con esta vida.

ESCENA II

Dichos. IMPERIA

IMPERIA.—Pronto ha terminado hoy el trabajo. ¿Es que no está buena Donina?

DONINA.—No, ha sido Leonardo.

LEONARDO.—Sí, yo, yo... siempre perezoso; falta muy poco para terminar.

DONINA.—¡Si vieras qué parecida estoy!

IMPERIA.—No quiero ver la obra hasta que esté terminada. ¿Se parece a mí cuando me conociste, cuando fuí tu modelo?

LEONARDO.—No, Imperia; en las líneas hay al-

go, pero la expresión es otra; había más vida en ti... Donina no podría subir entre rocas y llegar a un trono.

IMPERIA.—¿Para qué? No, ahora copia fielmente su dulzura triste, copia nada más, no expreses idea alguna en tu obra. Mi estatua era para que todos la admirasen, para que triunfara eternamente... y ésta es para mí, sólo para mí; sepa tu arte robar a la muerte cuanto pueda de esa vida, que no podemos salvar de otro modo.

LEONARDO.—Dije que yo me cansaba, pero es que me asustó su palidez, su respirar fatigoso. ¡No hay remedio!

IMPERIA.—Y aseguran que los que mueren así nunca conocen que llega la muerte... Y Donina sólo habla de morir; lo conoce, lo espera...

LEONARDO.—No lo creas. Es malicia de enfermo, es el mismo temor a la muerte... Ella sabe que es síntoma funesto no saber que se muere y finge saberlo para engañarse a sí misma... Pero no lo cree... *(Se oye reír a Donina).*

IMPERIA.—¡Ríe!... ¡Está alegre!... ¡Es dichosa! ¿Qué haces, Donina?

DONINA.—Coger flores, rosas para ti. ¿No es

tu flor preferida? Me reía porque Nunú me contaba una historia a propósito de las rosas... Una historia desvergonzada... pero de mucha risa... como él las sabe... Es de las rosas del jardín de un convento; llega el diablo al convento y de cada rosal prende un diablillo color de rosa; tan de color de rosa, que más parecen angelitos... Las pobres monjas creen que están en pecado, y por no escandalizar quieren ocultarlos en sus celdas; pero los pícaros diablillos se escapan, corren, brincan... hacen mil travesuras; cantan en el coro, bailan al son del órgano, voltean las campanas en el campanario, y al final... no, el final no lo cuento... Es de mucha risa, pero me da vergüenza... Cuéntalo tú, Nunú, para que se rían como yo me río.

NUNÚ.—¡Qué tontería! Ven a coger más rosas.

IMPERIA.—¡Ríe, ríe, Donina! ¡Ah, Leonardo! ¿Por qué perderemos nuestra vida en sueños ambiciosos? La verdadera vida es ésta; la que nace de nuestro amor en nuestras entrañas... ¡La risa de un hijo es la única razón verdadera que nos da la vida de lo que vale nuestra vida!

LEONARDO.—Entonces... ¿no irás a Suavia? El

príncipe Miguel que sólo ha vuelto por ti... marchará solo a regir el Imperio.

IMPERIA.—Afirma que si no vuelvo con él no aceptará el Imperio; que para siempre perderá en los mares su barco hacia un país ignorado, donde vivirá sin que nadie sepa de su existencia... Su espíritu indolente sólo halla energía en mí.

LEONARDO.—Y tú...

IMPERIA.—Mientras viva mi hija, mi vida está aquí.

LEONARDO.—¡Será tan poco tiempo!...

IMPERIA.—Nunca he deseado como ahora detener la vida... En un día como éste parece que no puede morirse nunca; que no podemos pasar por la vida como sombras para contemplar al paso la tierra, el mar y el cielo, que nos dicen a un tiempo su eternidad y nuestra muerte... ¡Sería una burla cruel nuestra vida! No; algo inmortal hay en nosotros más eterno, más grande que ese mar y ese cielo.

LEONARDO.—¿Pero qué hay en nuestra vida que merezca ser inmortal? ¿Lo que fuimos, lo que aparentamos ser, lo que se amó, lo que soñamos? ¿Dónde está nuestra vida

verdadera? *(Vuelven Donina y Nunú con un brazado de rosas).*

DONINA.—¡Mira qué hermosas rosas de todos colores!... Tráelas aquí, Nunú... las hemos cortado todas... ¿Qué importa? Mañana estarán otra vez cuajados de ellas los rosales.

IMPERIA.—No hay flores más hermosas.

LEONARDO.—Ni que más hablen de la vida. Todos los colores de la carne son sus colores; rojas como sangre, como labios encendidos; rosadas como carnes de niño; ambarinas con suave caricia de carmín, como desnudos del Ticiano; éstas, opulentas de vida, como diosas de Rubens... éstas, exangües, pálidas, como manos de virgen...

DONINA.—Y éstas amarillas como la cera, como los muertos.

LEONARDO.—¡Calla, Donina! No; todas viven, ninguna habla de muerte... Mira cómo viven... Así, vueltas, semejan mujercitas; como faldas, las hojas de sus corolas... Mira ésta, parece una graciosa marquesa *Pompadour* con sus *paniers* de rosa, y el tallo el talle esbelto, y estas dos verdes hojas a los lados, las mangas abullonadas. Algo le falta... verás; de un pétalo figuro una cabecita ligera sobre el cuello fino de mi marquesi-

ta; aquellos cuellos que se afinaban para la guillotina, como dijo el poeta... Esta parece una infanta de España con su pomposo guardainfante... Y ésta de carmesí aterciopelado, triunfante dogaresa veneciana... ¿No es verdad que vueltas así las rosas parecen figurillas de mujer?

DONINA.—Es verdad. ¡Qué graciosas! ¡Parecen mujercitas! Mira, Nunú... No mires, eres capaz de creer que son mujeres y enamorarte de ellas... Antes las deshojo todas. Toma, toma... *(Tirándole rosas).*

NUNÚ.—Es batalla de flores... espera. *(Tirándole rosas también).*

DONINA.—Espera tú... *(Salen corriendo y tirándose rosas).*

IMPERIA.—No puede ser la muerte, Leonardo; es feliz mi Donina.

LEONARDO.—Mentirosa felicidad. Tú sabes lo que te cuesta.

IMPERIA.—Sí... Donina no podría vivir sin él... a pesar de todo. Yo le obligué a venir; por miedo y por interés le tengo bien sujeto, condenado a fingir amor. El miserable quiso huir, pero yo le amenacé con hacerle llevar a Suavia acusado de la muerte del príncipe Florencio; lo creyó... ¡Y qué impor-

ta que mienta, si mi Donina le ha perdonado y es dichosa creyéndose querida como nunca y muere feliz con su ilusión! Sin este engaño hubiera muerto desesperada con la tristeza del remordimiento y de la traición.

LEONARDO.—¿Y crees que Nunú sabrá fingir mucho tiempo?

IMPERIA.—No cuento con su virtud, cuento con su interés. Estoy aquí para obligarle.

LEONARDO.—El coche de la condesa Rinaldi se detiene a la entrada del jardín.

IMPERIA.—La traerá el deseo de saber si vuelvo a Suavia. Habrá visto el *yate* del príncipe. Di que no estoy, despídela pronto. Me es odiosa esa mujer...

LEONARDO.—¡Odiosa! ¿Por qué? Es otra sombra triste que pasa por la vida; eterna perseguidora de ideales... *(Sale Imperia).*

ESCENA III

LEONARDO y LA CONDESA

RINALDI.—¡Leonardo!

LEONARDO.—¡Querida condesa! ¿Os han dicho que Imperia no se hallaba aquí?

RINALDI.—No he preguntado. Nadie me salió al paso. Estaba segura de encontrar a alguien. Desde que Imperia vive en familia... y vos sois de los más allegados...

LEONARDO.—Siempre como artista.

RINALDI.—Todo vuelve a su tiempo cuando no se fué para siempre. Pero tened cuidado; el príncipe Miguel ha vuelto también a pesar de todo.

LEONARDO.—¿A pesar de todo? Pensó volver siempre.

RINALDI.—Parecía que después del suicidio del príncipe Florencio... suicidio; advertid cómo respeto la verdad oficial.

LEONARDO.—Es la única verdad; después de todo, de ella vivimos.

RINALDI.—Lo malo es que la gente se atiene más a la... mentira verosímil... ¡Como nadie pudo explicarse el suicidio!...

LEONARDO.—Preguntad al Signore.

RINALDI.—Por él no quedaría. Un crimen hubiera asustado a la clientela aristocrática que se deja aquí el dinero... Aquí no puede nadie morirse ni matarse sino por algo agradable. Se muere uno de felicidad, y se mata por no hacer a nadie desgraciado. En fin, hemos convenido en creerlo todo. Son historias de la noche del sábado... como la de lady Seymour. ¿No sabéis?

LEONARDO.—¿También se ha suicidado?

RINALDI.—No; la he visto con un brazo en cabestrillo; una caída de automóvil... El año pasado fué un golpe en una ceja... caída de un caballo. Coinciden siempre estas caídas con un largo viaje de su marido, que dura dos o tres meses... lo bastante para que se cicatricen las heridas.

LEONARDO.—Físicas y morales, ¿no es eso?

RINALDI.—Me atengo a la verdad oficial.

LEONARDO.—Nunca nos falte. Os hallo de muy

buen color y de aspecto muy saludable... y de una austeridad en la *toilette*...

RINALDI.—El cambio de vida... La neurastenia se apoderaba de mí, pero el médico me impuso un régimen severísimo. «Hay que sujetar esos nervios—me dijo—. Tened presente que la neurastenia ya no está de moda; el reinado de los nervios ha concluído; se inicia el renacimiento de la musculatura».

LEONARDO.—Seréis el Miguel Angel de ese renacimiento.

RINALDI.—Por fortuna, no me ha costado trabajo cambiar de vida. El Cielo ha querido ponerme en camino de salvación.

LEONARDO.—¿Sin elefantes?

RINALDI.—No recordéis esas locuras. Todo ha concluído. Figuraos que, en uno de mis paseos higiénicos por los alrededores, llegué por casualidad a la puerta de un convento de franciscanos; se me ocurrió entrar; predicaba un fraile pálido, de buenas barbas. ¡Qué sermón! ¡Cómo hablaba del amor a las criaturas y del amor divino!

LEONARDO.—De la primera parte hubierais podido predicar con más conocimiento.

RINALDI.—No os burléis. Soy otra desde en-

tonces. He vuelto a oírle todas las tardes. Es un San Francisco de Asís... He tomado a mi cargo reedificar el convento; pienso organizar una serie de fiestas.

LEONARDO.—¡Pobre santo! Las de San Antonio no fueron nada.

RINALDI.—No habléis así; no le conocéis.

LEONARDO.—Pero os conozco.

RINALDI.—Acepto los juicios del mundo como una humillación merecida; aun quisiera que todos me juzgaran peor... Por realizar mi obra, iré pidiendo de puerta en puerta. Cuento con Imperia y con vos. Me enviaréis alguna obra vuestra para la *kermesse* que organizo.

LEONARDO.—Con mucho gusto. Algo alusivo... Una Magdalena. ¿La queréis antes o después del arrepentimiento?

RINALDI.—Que no esté muy ligera de ropa.

LEONARDO.—Entonces antes; por el desierto ya sabéis cómo andaba; como andaréis vos dentro de poco, salvo el desierto.

ESCENA IV

Dichos, DONINA y NUNÚ

DONINA. *(Persiguiendo a Nunú).*—No corras, no; dame esa carta, dame o...

NUNÚ. *(Por la condesa).*—¡Calla! ¿no ves?... Siempre lo mismo.

DONINA.—Siempre lo mismo, tú...

NUNÚ.—Que calles te digo.

RINALDI. *(A Leonardo).*—No busquéis una explicación... Son los protegidos de Imperia... ¿Dafnis y Cloe? ¿Pablo y Virginia? Esta *villa* es el jardín del amor, por lo que veo.

LEONARDO.—Del amor profano; no es para vos.

RINALDI.—Diréis a Imperia el objeto de mi visita.

LEONARDO.—Anunciaré vuestra conversación.

RINALDI.—Primeramente; después le diréis que cuento con ella para...

LEONARDO.—Descuidad.

RINALDI.—Son interesantes estos enamorados. Son dos niños... El, ¿qué edad tiene?

LEONARDO.—Muy buena edad, condesa. *(Salen la condesa y Leonardo).*

ESCENA V

DONINA y NUNÚ

DONINA.—Dame esa carta, dame esa carta...

NUNÚ.—Eso es, grita, llora, patalea como siempre; que se enteren todos, que tenga yo la culpa si te pones peor. ¿No te digo que es para Tommy? ¿No lo ves? ¿Qué quieres que le diga?

DONINA.—Para Tommy... el sobre: pero dentro puede ir otra carta; puede ser convenido... Si no tuviera nada de particular la hubieras escrito sin ocultarte... me lo hubieras dicho. ¿No puedo yo saber lo que escribes a Tommy?

NUNÚ.—Merecías saberlo.

DONINA.—Pues lo sabré... la carta...

NUNÚ.—¡Suelta, suelta!

DONINA.—¡Ay, no puedo!... ¡Dios mío, me ahogo!

NUNÚ.—¿Lo ves?

DONINA.—¡Dios mío!

ESCENA VI

Dichos y LEONARDO

LEONARDO.—¿Qué es eso? ¿Qué tiene Donina?

DONINA.—Nada, nada.

NUNÚ.—Está loca. Se empeñó en leer una carta que he escrito a un amigo. No puede uno vivir... Y creen que le pagan a uno porque nada le falta... ¡Si no fuera...!

DONINA.—¡Que te pagan...! ¡Si no fuera...! ¿Qué quieres decir?

LEONARDO.—¡Nunú! ¿Por qué atormentas a Donina?

DONINA.—No gozó nunca de otro modo; cuando he dado mi vida y mi alma por él... Por-

que por él me muero y por él... he matado, para que mi alma se condene.

LEONARDO.—¡Donina! ¿Qué has hecho, miserable? ¡Tanto te costaba esperar!

NUNÚ.—¡Esperar!... Yo he esperado bastante... ¡No puedo más! ¡Basta de esclavitud! ¿Quieres leer la carta? ¿Quieres saber lo que escribo a un amigo?... ¡Lee!... ¡Lee!...

DONINA. *(Cogiendo la carta).*—¡Ah!...

NUNÚ.—¡Lee!... Yo no tengo la culpa...

LEONARDO.—¿Qué dice esa carta?

DONINA. *(Cayendo desplomada).*—¡Jesús!...

LEONARDO.—¿Qué has hecho?... ¡Donina... Donina!

NUNÚ.—Yo no tengo la culpa.

ESCENA VII

Dichos. IMPERIA

LEONARDO.—Imperia, Donina se muere.

IMPERIA.—¡Mi hija!... ¡Donina!...

DONINA.—¡Dejadme, dejadme! ¡Quiero morirme sola! ¡Todo mentira!

IMPERIA.—¿Qué ha sucedido? ¡Esta carta!... ¿Qué dice esta carta?

DONINA.—¡Dejadme, dejadme!

IMPERIA.—¡Ah, miserable! ¡Has matado a mi hija, has matado a mi hija!

NUNÚ.—Yo no tengo la culpa. ¡Ella lo ha querido!... Bastante he soportado... Quiero mi libertad.

IMPERIA.—¡Tu libertad! ¿Olvidas que estás en mi poder?... ¡Miserable, miserable! Yo creí que bastaba poner buen precio a tu alma para hacer de ella lo que se quisiera... bueno o malo... Pero no era la vida que tú llevabas la que te hacía ser malo; era tu corazón perverso, tu alma hermana del príncipe Florencio; ¡alma de infierno como la suya, incapaces de amor y de piedad!

DONINA.—¡Dejadle ir, dejadle ir! ¿Por qué le obligaste a mentirme? ¿Por qué mentiste tú también? Eres libre, Nunú, yo te perdono... No tendrás que esperar mi muerte con impaciencia para cobrar tu engaño... No le niegues nada. Fingió bastante... Yo sé la verdad... ¡Que me muero!... Es la única verdad que le debo.

IMPERIA.—Esa carta la escribiste para que lle-

gara a sus manos, estoy segura. Sabes asesinar a mansalva.

NUNÚ.—No es verdad. Fué ella...

IMPERIA.—¡Vete, sal de aquí! No des tiempo a que Donina no pueda pedirme tu perdón. ¡Sal de aquí, pronto!

NUNÚ.—¿Así?...

LEONARDO.—Descuida. Se te pagará. *(Salen Nunú y Leonardo).*

DONINA.—¿Por qué has mentido? Si todo lo que era mi vida era mentira, ¿cómo puedo vivir?

IMPERIA.—¡Donina!

DONINA.—Y para ti también es un estorbo mi vida. Te esperan allí... El príncipe de ese Imperio de maldición, de ese Imperio de hielo... Allí está el barco blanco con sus hombres pálidos... el que ha de llevarte a ese Imperio que ambicionas.

IMPERIA.—¡No, no, Donina! ¡Aquí siempre, aquí contigo!... Verás alejarse ese barco como un fantasma blanco, y yo siempre contigo, ¡siempre! La verdad de nuestro cariño será la única verdad de nuestra vida. ¡Contigo siempre, siempre!

DONINA.—Esperando mi muerte... como él la esperaba.

IMPERIA.—¡No, Donina! ¡Tu vida, que es mi vida!...

DONINA.—Antes que el barco, como un fantasma blanco, me iré yo para siempre, sin sentir... como una sombra que pasó por tu vida.

IMPERIA.—¡No, mi Donina, hija de mis entrañas... del único amor de mi vida!... Como sombras puede pasar por nuestra vida... todo... todo... Sólo queda lo que vivió en el corazón.

ESCENA VIII

Dichos, LEONARDO y el PRÍNCIPE MIGUEL

LEONARDO.—Imperia... el príncipe...

IMPERIA.—¡Ah! ¿Por qué vienes?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Nada me contestaste. Esperé todo el día...

DONINA.—Viene por ti.

IMPERIA.—No iré.

DONINA.—Sé la verdad. Te juro que me ma-

taré si, por mentir, todavía eres más cruel quedándote aquí a esperar mi muerte.

IMPERIA.—¿Qué dices?

DONINA.—Dime que no esperarás, que hoy mismo... ¡Juro que me mataré antes que ser un estorbo en tu vida! ¿Irás?...

IMPERIA.—Iré... hoy mismo. Ahora, déjame... Leonardo, acompaña a Donina.

LEONARDO.—¡Donina!

DONINA.—No, no es nada... Ya estoy tranquila, ya sé que es la muerte. *(Salen Leonardo y Donina).*

ESCENA IX

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL

PRÍNCIPE MIGUEL.—¿Vendrás?

IMPERIA.—Iré.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Sin ti no hubiera vuelto nunca.

IMPERIA.—¿Hubieras renunciado al Imperio?

PRÍNCIPE MIGUEL.—Seguramente. Si ya os di-

fícil conseguir para uno mismo una amable tranquilidad... piensa lo que será para un Imperio. Millones de seres humanos que pretenden ser dichosos y esperan su felicidad de nuestras sabias leyes...

IMPERIA.—No hables así. ¡Qué cobardía! ¡Renunciar a un derecho divino! Los millones de seres humanos de tu Imperio no lograrán por ti su felicidad. ¡Ni a los que están más cerca de nuestro corazón podemos hacer felices! ¡La muerte y el dolor son invencibles; pero el esfuerzo, sólo por vencerlos, ya nos iguala a Dios! Tú nada sabes de la vida: ni el bien ni el mal tienen sentido claro para ti; para mí, sí. Yo he luchado en mi vida como puede lucharse en muchas vidas... La miseria, la vergüenza, el odio, crueldades, injusticias... todo lo he padecido; por eso puedo decirte: «Haz obra de amor y de justicia, y tu Imperio será glorioso entre todos.»

ESCENA X

Dichos y LEONARDO

LEONARDO.—Donina duerme; gracias a un calmante pude conseguir que durmiera. Si has de partir, mejor es ahora; la despedida sería muy triste. Yo quedo aquí a su lado.

IMPERIA.—¿Qué dices? ¿Marcharme? ¡No, no!

PRÍNCIPE MIGUEL.—Tráela contigo.

IMPERIA.—Sería matarla. ¡No, no!

LEONARDO.—¡Si su muerte es inevitable!

IMPERIA.—Aun vive. ¡No! Aquí, con ella... ¿No puedes esperar? ¡Oh! ¡No... es horrible! ¡Esperar!...

LEONARDO.—Alteza, dejadla ahora. Os aseguro que irá.

PRÍNCIPE MIGUEL.—Imperia, si no vienes antes de anochecer, mi barco partirá sin mí, llevando mi abdicación. Yo volveré aquí a tu lado, a nuestra vida. Y el imperio de

Suavia se habrá perdido para ti como un sueño. *(Sale el príncipe).*

IMPERIA.—¡Leonardo!... ¿Qué debo hacer? ¡Soy tu Imperia, tu idea! Dame tu voluntad. ¿Qué debo hacer?

LEONARDO.—Tu vida es tuya, tu voluntad es tuya. ¿No sabes dónde está tu vida?

IMPERIA.—Sí, mi vida es tu idea... mi sueño... Iré, iré... Pero mi hija... ¿Dices que duerme? Quiero verla.

LEONARDO.—Te faltará valor.

IMPERIA.—No. ¡Quiero verla, quiero verla!

LEONARDO.—¡No te irás si la ves!... ¡Imperia!... ¡No irás, no irás!... *(Entra Imperia. Leonardo escucha. A poco vuelve Imperia).* ¡Imperia!...

IMPERIA.—¡Duerme!... Besé su frente, y no se ha despertado.

LEONARDO.—¿Besaste su frente?

IMPERIA.—Debo partir, ¿verdad, Leonardo?

LEONARDO.—¡Sí!... ¡Triunfa, Imperia! ¡Es la idea que triunfa! Pero antes dime, quiero saberlo: cuando besaste a tu hija...

IMPERIA.—¿Qué quieres saber?

LEONARDO.—¿Su frente estaba fría?

IMPERIA.—Sí. ¿Quieres saberlo? ¡Está muer-

ta! ¡Y no me detiene su muerte! ¿Te espanta?

LEONARDO.—Tu alma es grande. ¡Me espantas y te admiro!

IMPERIA.—Para realizar algo grande en la vida hay que destruir la realidad; apartar sus fantasmas que nos cierran el paso; seguir, como única realidad, el camino de nuestros sueños hacia lo ideal, donde vuelan las almas en su noche del sábado, unas hacia el mal, para perderse en él como espíritus de las tinieblas; otras hacia el bien, para vivir eternamente como espíritus de luz y de amor. ¡Adiós, Leonardo!

LEONARDO.—¡Adiós, Imperia!

IMPERIA.—¡Es el beso del alma que me diste, grande como tu idea!

FIN DE LA OBRA

LO CURSI

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

Rosario.
Doña Flora.
Valentina.
Lola.
Asunción.
Agustín.
El marqués de Villa-Torres.
Don Gasparito.
Carlos.
Félix.
Un criado.

La acción en Madrid

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante en casa de Agustín.

ESCENA PRIMERA

AGUSTÍN, sentado, leyendo un periódico. ROSARIO

ROSARIO. *(Entrando).*—¡Ah! ¿Estabas en casa? Me alegro. Así me dirás lo que te parezco.

AGUSTÍN.—¿Tú?

ROSARIO.—¿Yo?, no; este vestido. Es gusto mío; un ensayo que me he atrevido a hacer de mi gusto... Como siempre encuentras algo...

AGUSTÍN.—¿Yo? No. Son bromas. Cualquiera dirá que te impongo mis gustos. En eso y en todo eres dueña de tus acciones. ¡No faltaba más!

ROSARIO.—Ya lo sé. Pero como tú entiendes más que yo... de todo...

AGUSTÍN. *(Fijándose en el vestido)*. Está bien.

ROSARIO.—¿Bien, bien?

AGUSTÍN.—Muy bien.

ROSARIO.—Pues es gusto mío. La modista me enseñó otro modelo; ella decía que era más bonito; pero yo no sé qué le encontraba. Y como tú dices que las modistas no saben dar estilo, y el estilo debe ser cosa propia de uno, que sin estilo no hay distinción posible...

AGUSTÍN.—¿Yo te he dicho todo eso?

ROSARIO.—A mí, no. Lo dijiste un día en general, hablando del modo de vestirse. Tú crees que yo no tomo en cuenta lo que dices, aunque no me lo digas a mí directamente.

AGUSTÍN.—Ya, ya veo...

ROSARIO.—A mí, no. A mí nunca me dices nada.

AGUSTÍN.—¡Qué tonta! Yo no tengo por qué darte lecciones.

ROSARIO.—De esas cosas, sí. Yo no he viajado apenas; no he vivido siempre en Madrid como tú. Soy una provinciana todavía. En mi familia, sí, es verdad, vivíamos siempre esclavos de la etiqueta; ya sabes mi pobre abuela cómo tenía montada su casa: pero todo a la antigua, etiqueterías del año uno.

AGUSTÍN.—No; distinción, verdadera distinción. Tu abuela era una gran señora. Aquella severidad de su palacio; aquellos criados venerables, con sus casacones; los estrados de damasco; los grandes candelabros de plata; los braseros de cobre... ¡Oh! Aquello sí que tenía estilo; allí, ni luz eléctrica, ni timbres, ni teléfonos; nada de esta ferretería progresista tan antipática y tan cursi.

ROSARIO.—Ahora dices eso, y otras veces reniegas de todo lo antiguo; dices que estamos en un país atrasadísimo; que los trenes andan muy despacio... y otras veces que el tren es una cosa horrible, que era más bonito viajar en sillas de postas... y oyendo y viendo todo esto, ¿quieres que yo me dé cuenta de lo que es distinguido y de buen gusto? ¿Y extrañas que te pregunte a ca-

da paso? ¡Cualquiera pregunta de una vez para siempre! Si a cada instante varía lo distinguido...

AGUSTÍN. *(Riendo)*.—Si pensara uno siempre lo mismo... Así es el espíritu moderno: curioso de todo, quisiera vivir en un instante toda la vida pasada y toda la vida futura. Ya ves nuestras casas: desde el tapiz flamenco a las telas Liberty; desde el sitial de un coro de catedral gótica al mueblecillo ligero *modern style*, todas las formas, todos los estilos: por eso dicen que la vida moderna no tiene carácter; como si el no tenerlo no fuera un carácter como otro cualquiera... No, no te sientes. He terminado. ¡Vaya un discursito! Luego dirás que nunca te digo nada.

ROSARIO.—Yo estaría siempre oyéndote.

AGUSTÍN.—¿Esperas a alguien? ¿No vas a salir?...

ROSARIO.—Pero aun es temprano. ¿Tú no sales? ¿Almuerzas aquí hoy?

AGUSTÍN.—Sí; tengo convidados.

ROSARIO.—¿Convidados? No me has dicho nada. ¿Quién?

AGUSTÍN.—Tía Valentina con las chicas, papá, Gasparito, Carlos, Félix. Quedamos en

ir al Pardo en el *mail-coach*. Ya sabes que Lola aprende a guiar cuatro caballos. Almorzamos aquí para reunirnos todos y en seguida salimos.

ROSARIO.—Pero, hombre, ¡qué cosas tienes! No me dices nada, y yo, sin saberlo, prometí a tía Flora que hoy almorzaría en su casa. Como sé que no te divierte venir, no te dije nada. Y ahora, ¿qué hago? Ya sabes cómo es tía Flora; con su manía de que no la queremos, si ahora le aviso que no voy, creerá que es un pretexto.

AGUSTÍN.—Pero no dejes de ir. ¡Qué tontería!

ROSARIO.—Di lo que quieras. Pero faltar yo al almuerzo, habiendo convidados, aunque sean de la familia, me parece... demasiado moderno. Así es que me quedo. Pondré dos letras a tía Flora. *(Llama y sale un criado)*. No salgo; que desenganchen.

AGUSTÍN.—Y tía Flora creerá, como siempre, que tengo yo la culpa.

ROSARIO.—Ahora no. Pero la verdad es que la quieres muy poco.

AGUSTÍN.—La quiero. Pero de eso a soportar sus bailes, y sus comidas, y sus representaciones teatrales, y sus minués, y sus verbenas... ¡Qué sé yo! ¡Porque humor como

el de tu tía! ¡Qué señora! Sola, sin hijos, y no saber qué inventar para divertirse y divertir a todo el mundo.

ROSARIO.—¡Pobre tía! ¡Así es feliz!

AGUSTÍN.—Pero su casa es imposible. Y se incomoda si no va uno. Para reírse una vez, bueno...

ROSARIO.—Ya ves que yo nunca voy a sus fiestas; sé que no te gusta; pero es tan buena la pobre tía que no quisiera disgustarla; por eso, de cuando en cuando, la dedico un día, y ella se alegra tanto. Eso sí, tengo que dejarla que me hable mal de ti...

AGUSTÍN.—¡Toma!

ROSARIO.—Pero siempre con cariño, a pesar de todo. Con quien no transige es con tu tía Valentina y con sus hijas. ¡Qué cosas dice de ellas!

AGUSTÍN.—Y eso ya te agrada.

ROSARIO.—¿A mí?

AGUSTÍN. — ¡Bah! Tampoco las quieres mucho.

ROSARIO.—No sé por qué dices eso.

AGUSTÍN.—Te parecen también... demasiado modernas.

ROSARIO.—Al contrario: me hace gracia su modo de ser, como a todo el mundo. ¡Quién

tuviera su distinción y su atrevimiento! No son cursis como tía Flora, ya lo sé. Pero, en confianza, ¿a quién prefieres que me parezca?

AGUSTÍN.—¡Rosario! ¡Qué tontería! Cualquiera que te oyese... Tú, eres tú, y yo no quiero que te parezcas a nadie.

ROSARIO.—¿Te has molestado?

AGUSTÍN.—Es que sé muy bien por qué dices eso. Parece que me temes, que no tienes libertad para nada...

ROSARIO.—No, Agustín. Me temo a mí. Yo lo conozco; aunque tú no quieras decírmelo, me lo dices indirectamente; no soy distinguida, y tú... tú no te atreves a reprenderme cuando me pongo en ridículo, y haces mal...

AGUSTÍN.—Pero, ¡qué tonta! Eso sí que es cursi, hija mía. ¿A qué vienen esas lágrimas?

ROSARIO.—No es nada, no... Es neurastenia. Y ahora, ¿es distinguido?

AGUSTÍN.—¡Vaya! Cualquiera sabe lo que te pasa.

ROSARIO.—No, no lo sabe nadie. Yo sí lo sé. Voy a escribir a la tía. *(Sale).*

ESCENA II

AGUSTÍN solo un momento y después DOÑA FLORA

FLORA. *(Dentro).*—¿Que ha mandado desenganchar? ¿Está enferma? *(Entra).* ¡Hola, Agustín! ¿Y Rosario?

AGUSTÍN.—Querida Flora. Rosario te escribe en este momento. ¿No la esperabas hoy a almorzar?

FLORA.—Sí, por eso vengo. He salido esta mañana a comprar los postres yo misma, porque a los criados les dan cualquier cosa. Les mandas a comprar una libra de dulces, y te traen dos pedazos de citrón en la libra y ni una sola yema escarchada, que es lo que más me gusta. Nada, que si quiere una comer a su gusto, tiene una que tomarse el trabajo... Ya lo dice Rosario cuando come en casa; y vosotros gastáis un disparate, más que yo, con el cocinero francés y el mozo de comedor. Pero el último día

que almorcé con vosotros me hizo daño el almuerzo, y fué el lenguado: el *sole*, como decía el *menú*, que no estaba fresco. Esos cocineros saben mucho: lo sirven muy caliente, con una salsa picante, y luego es ella. Claro, así va la *Madame* de vuestro cocinero por esas calles, con abrigo de terciopelo y solitarios en las orejas, y vosotros a Mondáriz todos los años.

AGUSTÍN.—Siempre ese odio secular al extranjero invasor.

FLORA.—Ya sé que te burlas de mí.

AGUSTÍN.—No insistas sobre ese particular.

FLORA.—Sí. Tú y tus primitas, que nunca queréis venir a casa y os reís de mis reuniones, y de la gente que yo recibo; todo porque se pasa el rato sin pretensiones.

AGUSTÍN.—Y a gusto tuyo, sobre todo. No empecemos, querida Flora. Conque, ¿venías a buscar a Rosario?

FLORA.—Sí. Después de hacer mis compras vi que aun era temprano, y se me ocurrió venir a buscarla; me la llevo a casa en el coche y...

AGUSTÍN.—El caso es... Ante todo, ¿no tienes más invitados que Rosario?

FLORA.—¡Qué cosas tienes! Para que se abu-

rriera la pobre, sola conmigo. Catorce muchachas más, todas recién casadas. Es una idea mía; las reuno a todas; me cuenta cada una cómo le va en su nuevo estado; ellas cambian impresiones, se ríen como tontas y yo más que todas... El otro día tuve un almuerzo de solteras que están para casarse muy pronto... ¡Qué cosas se dijeron! La semana que viene convido a los novios de todas, a ellos solos, y escondo a las muchachas al lado del comedor para que oigan lo que dicen de ellas; estando yo no dirán ninguna atrocidad; y a los postres ¡sorpresa! Se descorre una cortina, entran las muchachas en tropel... y lo que nos vamos a reír...

AGUSTÍN.—Pero ¡qué humor y qué inventiva! Y de comedias, ¿cómo va este año?

FLORA.—¡Oh! Este año nos atrevemos con una ópera. Dos actos de *La Bohemia*. Las muchachas van a estar monísimas...

AGUSTÍN.—A eso no falto. Lo que son las cosas: en cuanto oí yo *Bohemia*, lo dije: esta ópera acaba representándose en casa de tía Flora.

ESCENA III

Dichos y ROSARIO

ROSARIO.—¡Tiíta de mi alma!

FLORA.—¡Encanto! ¡Gloria! Vengo por ti. Pero, ¿no te has vestido todavía?

ROSARIO.—Ya estoy vestida; pero...

FLORA.—¿Vestida? ¿Pensabas venir así? Yo quiero verte siempre muy elegante.

ROSARIO.—Pero, ¿no te parece elegante?

FLORA.—Un vestidillo de mañana para casa... ¿Tú sabes quién almuerza con nosotros? Conchita Torres, que ya sabes cómo se viste: Pilar Santonja, que se ha traído de la Exposición medio París, y tú vas a presentarte así...

ROSARIO.—Agustín dice...

AGUSTÍN.—Flora tiene razón: te encuentra poco vistosa.

FLORA.—Sí; tú, con tus modas inglesas y la seriedad y el *chic*...

AGUSTÍN. *(A Rosario).*—Luego dices que soy yo.

ROSARIO.—No discutas. *(A Flora).* Pero, ¿no te ha dicho Agustín...?

AGUSTÍN.—Iba a decírselo; pero se enredó la conversación...

FLORA.—¿Qué?

ROSARIO.—Agustín no me había dicho nada, y hoy almuerzan aquí su tía Valentina, las primas, papá, y unos amigos. No me parece bien dejarlos, y como tengo confianza contigo...

AGUSTÍN. *(A Flora).*—Ya sé lo que vas a decir: que yo tengo la culpa. Ya le he dicho que almuerce contigo.

FLORA.—¡No faltaba más! Pero podíais haber avisado antes.

ROSARIO.—Si yo no sabía...

FLORA.—Y eso es muy distinguido. El marido convida sin que se entere su mujer, y la mujer se va a comer fuera de casa.

AGUSTÍN.—¡Oh! Sí es un acontecimiento que vengan cuatro personas de la familia a almorzar.

FLORA.—No, a tu tía Valentina no la extrañaría. Como en su casa siempre ha habido

ese arreglo... cada uno por su lado, y todos contentos.

AGUSTÍN.—Más vale así, que no todos juntos y todos aburridos.

FLORA.—Pues mi Rosario no está educada en eso. ¡Familia más unida que la nuestra!... En Salamanca, en casa de la abuela Teresa, hubo temporada en que nos reuníamos treinta y dos de familia a la mesa, y mi pobre suegra era la mujer más feliz; sus hijos y sus nietos la adoraban; los yernos y las nueras la queríamos como a una madre... ¡Ay, se acabaron las familias como aquélla! Ahora, el modelo es la casa de tu tía Valentina: el matrimonio, cada uno por su lado, separados... no sé por qué; porque tu tía Valentina no es mala, y quiere a su marido...

AGUSTÍN.—Ya lo creo. No pueden pasar un día sin verse. Pero a Gasparito le gusta vivir tranquilo; sus comidas a hora fija, sus habitaciones en orden, vive esclavo de la comodidad.

ROSARIO.—Y tía Valentina y las chicas no saben nunca en qué hora viven ni en dónde viven, porque cada mes se mudan de casa.

Han estrenado todas las fincas nuevas de Madrid.

FLORA.—Y aunque se hubieran hundido todas, ninguna les hubiera cogido debajo.

ROSARIO.—A lo mejor, el pobre tío se marchaba por unos días de Madrid, y al llegar a su casa se encontraba el cuarto con papeles. Llegaba a la nueva casa, todo revuelto; y tenía que irse a vivir a un hotel por unos días.

AGUSTÍN.—Y por tonterías así había discusiones y molestias; hasta que un día tía Valentina le dijo a su marido: «Mira, Gasparito, lo mejor es que cada uno viva donde quiera y como quiera, porque, si no, el día menos pensado vamos a tener un disgusto serio».

ROSARIO.—Y acordaron separarse.

FLORA.—Y tan ricamente.

AGUSTÍN.—Ya lo creo. Se separaron por incompatibilidad de buen humor.

FLORA.—Y tú crees que todo el mundo admite, como nosotros que los conocemos, esa explicación, y que las hijas no pierden nada...

AGUSTÍN.—¡Si las chicas ven a su padre más que antes!

FLORA.—¡Bonito modo de verle! De visita en

su casa; el día que le pillan de buen humor y han estrenado un traje bonito, se las lleva a paseo en el coche o a comer de fonda o al teatro para lucirlas con sus amigos como a dos *cocottes*... ¡Muy bonito!

ROSARIO.—La verdad es que esas muchachas se educan de un modo...

AGUSTÍN.—Por eso no son ni mejores ni peores que muchas otras. Y sobre todo, son muy agradables en sociedad; hablan de todo... Son mis dos mejores amigos.

FLORA.—Sí, muy divertidas; pero los hombres no se casan con las mujeres que divierten.

AGUSTÍN.—¡Ya! Se casan con las que aburren...

FLORA. *(A Rosario)*.—Da las gracias.

AGUSTÍN. *(Serio)*.—Rosario sabe que no hablo por ella.

ROSARIO.—Aunque hablaras, tendrías razón.

FLORA.—Pues ya sabes el sistema; os separáis amistosamente.

AGUSTÍN.—No digas tonterías.

FLORA.—Para lo que falta... Al año de matrimonio, habitación aparte. ¡Si mi marido me lo hubiera propuesto siquiera!...

AGUSTÍN.—No es al año; ha sido siempre, des-

de que vivimos aquí; y nadie lo propuso: lo acordamos así para molestarnos lo menos posible.

FLORA.—Pues seguid no molestándoos... y a ver quién hereda vuestros títulos y vuestro dinero...

ROSARIO.—¡Tía! ¡Qué cosas dices!...

FLORA.—No te sofoques: el que debe sofocarse es tu marido.

ESCENA IV

Dichos, EL MARQUÉS, CARLOS y FÉLIX

FLORA.—Vuestros convidados.

ROSARIO.—¡Calla! Papá, tan temprano, y Carlos y Félix.

CARLOS. *(Saludando).*—Rosario...

FÉLIX.—Señora...

CARLOS.—¡Hola, Agustín!

MARQUÉS.—¿Cómo va, hijos? Doña Flora, rendido a sus plantas. El corazón se me alegra al ver a usted.

FLORA.—Muchas gracias, querido marqués.

MARQUÉS.—Porque si a usted no le molesta, somos contemporáneos; y al verla a usted tan guapa y tan joven, me digo satisfecho: «¿Por qué no he de estar yo lo mismo?» Y es usted el espejo en que más me agrada mirarme.

ROSARIO.—¡Qué madrugadores!

CARLOS.—¿Madrugar? Eso creerá usted. Trasnochamos todavía.

ROSARIO.—¿Cómo? ¿No se han acostado ustedes?

MARQUÉS.—Yo he dormido una horita en un sillón del Casino. Después tomé mi ducha, me vestí; fuí a sacar de la prevención a mi ayuda de cámara... Se fué anoche de juerga en cuanto me dejó vestido. No sé qué traspatiesta armaron en un colmado: pegaron a un guardia, dieron con un delegado majadero, que no se hizo cargo de que el muchacho tenía que vestirme por la mañana... En fin, molestias.

AGUSTÍN.—Que no debías tomarte. Y debías de haber despedido a ese chico; un gatera, con un tipo achulado imposible.

MARQUÉS.—¿Qué quieres? Es un chico vivo, que me sirve los pensamientos. Yo no puc-

do tener criados máquinas como los tuyos, que todo lo hagan al pie de la letra. Yo no sé mandar para eso. A lo mejor mando una cosa, deseando que se les olvide o hagan lo contrario; y ese diablo me entiende como nadie.

ROSARIO.—De modo que la vida de siempre, papá. Y decías, al volver de París, que este invierno te cuidarías mucho, que no trasnocharías.

MARQUÉS.—Me quedé dos noches en casa, y creí morirme. Desengáñate: los preceptos higiénicos dan muy buen resultado a todo el mundo, menos a los españoles, y en particular a los madrileños. Con nosotros no rigen preceptos de ninguna clase, y somos fuertes burlándonos de la higiene; liberales, burlándonos de la constitución; católicos, no haciendo gran caso del Catecismo, y lo que es más extraordinario, hasta ricos, dando un mentís a todas las leyes económicas del mundo.

FLORA.—Y usted ha vuelto de su último viaje con un recrudecimiento de españolismo.

MARQUÉS.—Es verdad. Nunca fuí aficionado a viajes. En París no había estado desde hace diez años; en Londres... ¡qué sé yo!... Y

la verdad: tenía por todo lo extranjero esa admiración que tienen ustedes los jóvenes que han viajado y sólo aprecian el brillo aparente de eso que llamamos civilización, pero ahora con mayor experiencia...

AGUSTÍN.—¡Y más años y menos humor sobre todo, papá!

MARQUÉS.—Es posible. De todos modos, esta impresión más razonada de ahora será la definitiva, porque no pienso emprender nuevos viajes. Soy el primero en admirar lo admirable; pero apreciando con serenidad defectos y virtudes, grandezas y pequeñeces, el alma humana es una; es decir, muchas almas, buenas y malas; y no sé por qué razón había de tocarnos la peor parte; que otros pueblos son más trabajadores... ¿Y quién sabe? Acaso reza con nosotros aquello del Evangelio: «María no escogió la peor parte, y María era la que no trabajaba.»

AGUSTÍN.—Ateniéndonos al Evangelio. ¿Ustedes saben lo que oí una vez a un inglés amigo mío? Estaba en Madrid por San Isidro, y le llevamos a la romería; y él, curioso como buen inglés, preguntaba particulares de la vida del santo. Una señora que nos acompañaba se encargó de explicarle

la vida y milagros, y al referirle cómo mientras el santo quedaba en oración los ángeles le labraban el campo, el inglés exclamó con la mayor espontaneidad: «¡Oh, qué milagro tan español!»

FLORA.—El marqués tiene razón: en todas partes hay bueno y malo; pero a los españoles siempre nos parece peor lo nuestro.

MARQUÉS.—Es que no hay nación más hipócrita para los defectos individuales y más escandalosa para los defectos nacionales. En Inglaterra siquiera tienen las dos hipocresías. Pero aquí nos hartamos de clamar que éste es un país perdido, y en cuanto se quiere puntualizar por dónde anda la perdición, todos somos a encubrirla. «No, en este grupo no; aquí todos somos caballeros.» «En este otro, menos; no hay más que personas decentes.» Y todos somos a darnos explicaciones: «No faltaba más; no es por ustedes...» Y es un país tan perdido, que no es posible hallar a los que lo pierden.

FLORA.—Usted es de los míos, marqués: a la antigua española.

MARQUÉS.—Esta juventud se ríe de nosotros.

FÉLIX.—¡Oh! Sí: lo español, lo castizo. ¿Quieren ustedes decirme en qué consiste eso?

MARQUÉS.—Para usted, literato modernista, decadente y qué sé yo cuántos motes más, en nada. ¿Usted, qué sabe de eso?

FÉLIX.—Sí, en literatura ya sé en qué consiste: en lo que ustedes llaman vigor; en concluir los dramas a tiros y los cuentos a navajazos; como si todos los días se recogieran docenas de cadáveres por esas calles. Para usted, querido marqués, sé también en qué consiste el catecismo: en estar abonado a los toros y en comer judías estofadas en casa de la Concha... ¡Ah! Y en aplaudir la comedia de anoche: una joya de esa literatura castiza.

CARLOS.—Ya, ya. ¡Qué comedia!

AGUSTÍN.—¡Cosa más cursi! Con aquella nota sensiblera y patriótica al final...

ROSARIO.—¿No les gustó a ustedes?

MARQUÉS.—No. Si ahora es muy cursi conmoverse por nada...

FÉLIX.—Aquella escenita de la madre y la hija...

FLORA.—A mí me hizo llorar.

MARQUÉS.—Pero usted es de otro tiempo. Ahora habrá usted observado que la mujer no llora en el teatro. Alguna pobrecilla de la galería. El público selecto sólo tolera

el arte como bufón que divierta; si pretende conmover, lo llama cursi; si pretende hacer pensar, *latero*. ¿No es ésa la palabra escogida?

AGUSTÍN.—Vaya, papá, hoy estás para figurar en una de esas comedias.

MARQUÉS.—Sí, hijo mío. La invención de la palabra cursi complicó horriblemente la vida. Antes existía lo bueno y lo malo, lo divertido y lo aburrido, y a ello se ajustaba nuestra conducta. Ahora existe lo cursi, que no es lo bueno ni lo malo, ni lo que divierte, ni lo que aburre; es... una negación: lo contrario de lo distinguido; es decir, una cosa cada día; porque en cuanto hay seis personas que piensan o hacen lo mismo, ya es preciso pensar y hacer otra cosa para ser distinguido: y por huir de lo cursi se hacen tonterías, extravagancias... hasta maldades.

AGUSTÍN.—Maldades...

MARQUÉS.—Sí; porque maldad es disfrazar los sentimientos, y, por no parecer cursi, los disfrazamos muchas veces y obligamos a los demás a disfrazarlos.

ROSARIO.—Es verdad.

MARQUÉS. *(Con intención).*—¡Sabré yo por qué digo las cosas!

FLORA.—Y yo también, marqués. Por algo somos contemporáneos.

AGUSTÍN.—En efecto, ustedes lo sabrán.

FLORA.—Tenemos que hablar despacio usted y yo, marqués.

MARQUÉS.—Hoy mismo, de sobremesa.

FLORA.—No, yo no almuerzo con ustedes.

MARQUÉS.—¿Cómo es eso? Yo creí, al verla a usted aquí...

FLORA.—No puedo. Ya saben los chicos la causa. Y ya les dejo a ustedes.

MARQUÉS.—Querida Flora...

FLORA.—Rosario, tú dirás hasta cuándo; yo no propongo ya nada.

ROSARIO.—No te enfades; después de almorzar voy a tu casa; la expedición en coche de estos señores no me seduce.

FLORA.—¿De veras? Hasta luego entonces.

ROSARIO.—Te acompañaré. Voy a cogerte unas flores en el invernadero, y... ¡la última moda! Unas ramas de manzano en flor...

FLORA.—¿Oye usted, marqués? También hay flores de moda. ¿Se acuerda usted cuando se pagaba a dos duros una camelia en Jueves Santo?

MARQUÉS.—Algunas he pagado yo.

AGUSTÍN.—¡Qué horror! Las camelias.

FÉLIX.—¡Qué flor tan cursi!

MARQUÉS.—Pues piensen ustedes en lo que dirán sus hijos y mis nietos de las orquídeas, de los crisantemos y... de las ramas de manzano en flor.

FLORA.—¡Ay! Los nietos de usted no dirán nada.

MARQUÉS.—Lo sentiría... Pero, en fin, el matrimonio tiene la palabra.

AGUSTÍN.—¡Qué ocurrentes están ustedes!

ROSARIO.—¡Tía!

FLORA.—Anda, vamos por esas ramas en flor. *(Salen Rosario y doña Flora).*

ESCENA V

AGUSTÍN, el MARQUÉS, CARLOS y FÉLIX

MARQUÉS.—¡Qué buena señora! ¿Sigue siempre con sus famosas reuniones?

AGUSTÍN.—Impertérrita. Es la vestal del fuego sagrado de lo cursi.

CÁRLOS.—Con su afán de hacer bodas y de proteger noviazgos. Yo tuve que huir de su casa.

AGUSTÍN.—Si hay oposición por parte de los padres, ella los convence; si los muchachos no están en condiciones de casarse, ella les busca destinos, los recomienda para oposiciones. No vive para otra cosa.

CÁRLOS.—Casa más que la Vicaría y el Tribunal Supremo juntos.

FÉLIX.—Las madres de familia debían elevarle una estatua... Debía anunciarse como la «Emulsión Scott». Lo saben las madres: acudiendo a ella, ninguna niña deja de casarse, pues las salva, aun pasadas de los treinta años.

ESCENA VI

Dichos, D. GASPARITO

GASPARITO.—¡Señores!

MARQUÉS.—¡Gasparito!

AGUSTÍN.—¡Queridísimo tío!

MARQUÉS.—Es admirable, chico; como la mañana no es mi elemento, nunca te he había visto tan pollo. Vendrás de darte un paseíto higiénico.

GASPARITO.—Ya lo creo, la vuelta grande al Retiro.

MARQUÉS.—Siempre cuidándote.

GASPARITO.—Todo es poco. Yo no puedo jugar con la salud. Este invierno no he debido pasarlo en Madrid; pero este dichoso Madrid no sé qué tiene, se encariña uno con él: verdad que tiene uno aquí sus afectos. ¡Si pudiera uno prescindir del corazón! Yo no puedo vivir lejos de Valentina y de las chicas. Ya ves, hace dos días que no las he visto y no sé qué me parece. Anoche no estaban en el teatro.

AGUSTÍN.—No.

GASPARITO.—Ya sé que no les ocurre nada. Pregunté por teléfono desde casa.

AGUSTÍN.—No tardarán.

GASPARITO.—Eso ya no lo afirmaría yo. Seguramente nos harán esperar, y lo sentiría. El desarreglo en las comidas me mata. ¡Si pudiera uno vivir sin comer! Es lo que más me preocupa; ahora quisiera ensayar ese

tratamiento de moda; el régimen lácteo combinado con uvas; dicen que da grandes resultados. El estómago es el enemigo. ¡Si pudiera uno vivir sin estómago!

MARQUÉS.—Pero si estás hecho un pollo. Con ese talle de pisaverde, esa esbeltez...

GASPARITO.—Sí, sí, ¿esbeltez? Que no me nutro... que no me nutro... Ya quisiera yo estar como tú, y soy algo más joven, me parece.

MARQUÉS.—Sí, yo tendré unos quince años más que tú.

GASPARITO.—Eso sí; andarás por los cincuenta y uno.

MARQUÉS.—¡Ja, ja! Ya sabía yo que diciéndote eso me quitarías más años de los que yo me hubiera atrevido a quitarme.

GASPARITO.—¡Bah! Es que tú tienes la coquetería de envejecerte para que admiren lo bien conservado que estás. Luego te vistes siempre de señor mayor; yo me permito un poco de fantasía. A propósito, Carlos, ¿sabes que no he podido encontrar un chaleco escocés como el tuyo? El dibujo sí, pero el género, el género es otra cosa. Tendré que encargarlo a Londres. Me darás las señas del sastre.

CARLOS.—Con mucho gusto.

GASPARITO.—Bonita corbata. ¡Ah! ¿Sabes lo que he encontrado por fin? Una planchadora a mi gusto.

MARQUÉS.—Eso no es difícil.

GASPARITO.—¡Bah! Guasón. Yo no pienso en eso. ¡Para faldas estoy yo! Pues sí, Carlitos, te la recomiendo; da el blanco mate a la inglesa como no se da en Londres.

MARQUÉS.—Pero, Gasparito, que no sabes hablar de otra cosa.

GASPARITO.—Como tú tienes la coquetería de la despreocupación, la *pose* de que no sabes nunca lo que se lleva. ¿Querrás hacernos creer que, haciéndote ropa todos los años, el sastre te viste con tres modas de retraso si tú no se lo encargas?

FÉLIX.—*Atrappé, marquis.*

GASPARITO.—Es que tú, y Agustín lo mismo —en eso ha salido a ti—, queréis hacerme creer que sois distinguidos sin saberlo, que es lo más distinguido, que no pensáis en el zapatero ni...

AGUSTÍN.—Sí, pensaremos, te lo confieso, pero tocante a distinción, no olvides la frase célebre: «Pensad siempre en ello, no habléis nunca de ello.»

GASPARITO. — Ahora estamos en confianza. Todo será que Félix nos saque en alguna de sus novelas... ¿Escribe usted algo? Una de mis chicas, Asunción, está loca con usted; dice que no parece usted un escritor español. Yo no sé; yo leo muy poco. Se me cansa la cabeza... Esta pícara cabeza... ¡Si pudiera uno vivir sin cabeza! Al teatro también voy muy poco; alguna vez a una piececilla de risa, a primera hora; después no se puede respirar en el teatro. Así es que no le extrañe a usted si no sé nada de lo que se escribe; pero no debe valer la pena. ¡Este es un país tan atrasado! ¡Caramba, las doce y media! Y mi mujer y las chicas sin venir.

AGUSTÍN.—Si quieres, almuerzas a tu hora. Pero dijimos a la una.

GASPARITO.—Si ésa es mi hora también; pero es que las conozco, y ni a las dos han llegado, verán ustedes.

MARQUÉS.—¿Te animas a una partida de carambolas para hacer tiempo y ejercicio? Es muy higiénico.

GASPARITO.—Según. A esta hora menos mal; pero entre comida y comida no es muy recomendable; retrasa o acelera la digestión,

según los casos y... Lo he observado bien. Pero, vamos si quieres.

MARQUÉS.—¿Vienen ustedes?

AGUSTÍN.—No; tengo que hablar con Carlos.

FÉLIX.—Entonces yo... *(Disponiéndose a salir).*

AGUSTÍN.—No es ningún secreto. Y aunque lo fuera, Carlos no tiene secretos para ti. *(Salen el marqués y don Gasparito).*

ESCENA VII

Dichos, menos el MARQUÉS y D. GASPARITO

CÁRLOS.—Somos colaboradores. Yo vivo, él escribe. Si no fuera por las cosas que yo le cuento... Sin bromas; no me negarás que el asunto de todas tus obras es mío; arrancado de mi realidad. Lo curioso es que he tomado tan en serio mi papel de experimentador, que ya en las cosas más sencillas veo asunto novelable, y ya no sé si él escribe lo que yo vivo, o si yo vivo lo que él escribe.

FÉLIX.—No te las quieras dar de complicado. Tu espíritu es una línea recta; ni el mismo Sthendal hallaría en ti la más insignificante complicación psicológica. No hay más que verte; robusto, sanguíneo: un húsar de Napoleón.

CARLOS.—¿Qué tenías que decirme?

AGUSTÍN.—Nada... Anoche, cuando estabas en el palco con mi mujer, me pareció que te hablaba de... ya sabes de quién, de ésa, que estaba en las butacas; Rosario la miró dos o tres veces con los gemelos, y me parecía que discutía contigo... ¿Te dijo algo?

CARLOS.—¡Phs! Se figura, sospecha. Alguien le habrá dicho... ¡Hay gente tan estúpida!

AGUSTÍN.—Su tía Flora, seguramente. En su casa se sabe todo. Ya oíste las indirectas. Rosario también está nerviosa estos días. No me dice nada, pero... ¿A ti qué te dijo?

CARLOS.—Yo comprendí que no sabe nada de cierto. Me preguntó en broma; dice que ella no es celosa; que los celos son una ridiculez.

AGUSTÍN.—Y tanto. Demasiado sé yo el respeto que debo guardar a mi mujer, y ella sabe que no lo olvidaré nunca... Lo demás... ¿Celos? ¿Para qué? En un matrimonio ra-

zonable como el nuestro, no de interés material, no podía haberlos por parte de ninguno de los dos; pero sí de intereses sociales; si Rosario dijera que estaba celosa, sería por demostrar que la importaba, y yo sé bien que no puede importarla; y, por lo tanto, sus celos serían ridículos.

CÁRLOS.—¿Tú crees que Rosario no te quiere?

AGUSTÍN.—Sí; me quiere como debe quererse; el cariño de matrimonio, de familia... si para mujer propia no la cambiaría por ninguna... Esa misma *gaucherie* suya en sociedad, es distinguida en la mujer propia. No hay nada más ridículo que el caso de Paco Tomillares; su mujer se viste como una *cocotte* y le derrocha una fortuna, y su... amiga la Esperanza, va de hábito y toma la cuenta a la cocinera.

FÉLIX.—He ahí un asunto de comedia moderna.

CÁRLOS.—Aprovéchalo.

FÉLIX.—Yo no necesito asunto para mis comedias. El asunto no es nada, el estilo es todo.

CÁRLOS.—Sí, ya sé que a ti te han aplaudido muchas tonterías por el estilo. *(Suenan cascabeles dentro).* ¿Qué es eso?

AGUSTÍN.—Valentina y mis primas que han llegado.

FÉLIX.—Con su colección de perritos... ¿No oyes los cascabeles?

CARLOS.—Creí que eran un símbolo...

AGUSTÍN.—De modo que tú crees que mi mujer no está disgustada...

CARLOS.—Creo como tú, que lo sabe, pero que no le importa. Es más distinguida de lo que tú crees.

AGUSTÍN.—Y hace lo que debe hacerse. Eso esperaba yo.

ESCENA VIII

Dichos, ROSARIO, VALENTINA, LOLA, ASUNCIÓN, con dos perros.

LOLA.—Quieto, *Baby;* quieta, *Fly*...

AGUSTÍN.—¿Cómo estáis?

VALENTINA.—Bien, ¿y tú?

AGUSTÍN.—¡Primitas!

LOLA.—*My dear*...

VALENTINA.—Y mi marido, ¿no ha venido todavía?

CARLOS.—Sí; juega al billar con el marqués.

VALENTINA.—Ya nos echaría mala fama. Hemos venido a pie dando un paseo. Hace una mañana tan hermosa, y como yo apenas hago ejercicio...

ASUNCIÓN. *(A Félix).*—Ya he leído todos los libros que me dejó usted. Se los devolveré en seguida... ¿Es posible que prefiera *Prevost* a *Bourget?*

FÉLIX.—Siempre.

ASUNCIÓN.—¡Qué apasionado es usted!

ROSARIO.—¿Cómo no estuvisteis en el estreno de anoche?

VALENTINA.—Ayer nos pasamos el día acostadas hasta las once de la noche.

ROSARIO.—¿Estuvisteis enfermas?

LOLA.—No; pero estaba un día tan triste... ¡Quieto, *Baby!* No teníamos ningún plan; yo estaba muy aburrida; Asunción tenía libros nuevos.

VALENTINA.—La peinadora mandó recado de que no podía ir y decidimos no levantarnos; pero a las once se aparece Teresita Montálvez a convidarnos a una cena a la

americana en casa de Lulú Acebedo. Arroz blanco y...

LOLA.—Unas cosas la mar de raras. ¡Quieta, *Fly!*

ASUNCIÓN. *(A Félix).*—Aquel estudio de muchacha enamorada de tres hombres a un tiempo está muy bien observado.

ROSARIO. *(A Lola).*—¿Cuántos perros tenéis ahora?

LOLA.—De éstos cinco, y *Moltke*, el gran *danois*, que el otro día nos dió un disgusto horrible; nos mató un gato hermosísimo... Pero éste es el mío, mi cariño... ¿Verdad, *Baby?* ¿Quién te quiere a ti? ¡Es más listo! Le han traído un equipo de París, su manta de paseo, su manta de casa, su manta de *soirée*.

ROSARIO.—¡Qué gracioso!

LOLA.—Ya lo verás; con sus bolsillitos, sus pañuelos marcados, su flor a la *boutonnière*... ¡Un encanto!

VALENTINA.—Hoy no le hemos vestido; como veníamos a pie y la gente baja, hija, está cada día más insolente, dicen unas cosas cuando ven a los perros con manta... Como si el gastar dinero en caprichos no fuera en beneficio de los que trabajan, y como

si una no socorriera a mucha gente. Un dineral pago yo todos los meses de suscripciones benéficas...

FÉLIX. *(A Asunción).*—No perdió usted nada con no ir al estreno.

ASUNCIÓN.—A mí me aburre el teatro. Prefiero leer, porque leo lo que me parece; pero en el teatro, como a lo mejor hacen obras que no pueden ver las muchachas...

ROSARIO. *(A Carlos aparte).*—Dice usted que es mi amigo y no tiene usted confianza en mí.

CARLOS.—Es que no quiero ser amigo de usted a ese precio. Sería una traición. ¿No le asustan a usted tanto las traiciones?

ROSARIO. *(Seria).*—¿Eh?... No preguntaré más. *(Se separa de Carlos).*

LOLA. *(A Agustín).*—Dos días que no han salido esas fieras. ¡Ay, primo! Tú quieres que yo os mate esta tarde.

AGUSTÍN.—No tengas miedo, yendo a tu lado.

LOLA.—Yo no tengo miedo; todo será estrellarnos. Que no venga Rosario, que es la más miedosa.

ROSARIO.—No, yo no voy, desde luego. He quedado en ir a pasar la tarde con Flora.

CÁRLOS. *(A Agustín).*—Mira, chico, por culpa tuya se ha enfadado Rosario conmigo.

AGUSTÍN.—¿Hay novedades?

CARLOS.—Insiste en que yo debo saber...

AGUSTÍN.—Sí, lo que ella sabe también. Al fin tendremos alguna tontería.

CÁRLOS.—Es posible. Además, con tu mujer no se puede hablar en broma. No está acostumbrada...

AGUSTÍN.—¿Qué te ha dicho?

CÁRLOS.—Luego te hablaré.

VALENTINA.—¿Dices que mi marido está en la sala de billar? Tengo que hablar con él, para convenir el día en que hemos de firmar una escritura.

AGUSTÍN.—Almorzaremos en seguida.

ROSARIO.—Tenemos que esperar un poco. He mandado que dispongan la mesa en la *serre*.

AGUSTÍN.—Muy buena idea.

VALENTINA.—¡Está un día tan hermoso!

ROSARIO.—Y allí entre las flores y los pájaros, hay una alegría...

VALENTINA.—Lola, Asunción; venid conmigo a saludar a papá; hace dos días que no le habéis visto, y luego dice que no se le quiere.

ASUNCIÓN.—Vamos, sí. ¡Pobre papaíto! *(A*

Félix). Entonces, ¿me enviará usted esos libros?

FÉLIX.—Le advierto a usted que uno de ellos es algo atrevido en la forma, nada más que en la forma.

ASUNCIÓN.—Yo sabré ir al fondo. Hasta ahora.

LOLA. *(A Agustín)*.—Ven con nosotras. Antes de almorzar quiero ver las cuadras. ¿Está ya bueno *Rigoló?* ¡Qué preciosidad de *poney!* Ya podías vendérselo a papá, para que me lo regalara.

AGUSTÍN.—Yo te lo regalaré cuando te cases.

LOLA.—¡Bah! ¡Tonto! ¿Para qué lo quiero entonces? *(Salen todos menos Carlos y Félix)*.

ESCENA IX

CARLOS y FÉLIX

CARLOS.—¡Qué mamá y qué niñas más novelables! ¿Y ese *flirt* literario con Asunción? Os enamoráis como Paolo y Francesca; sólo

que para vosotros, todos los libros son buenos galeotes.

FÉLIX.—No digas; son dos muchachas muy agradables, cada una por su estilo.

CARLOS.—El tipo ideal cualquiera de ellas, para mujer propia... de un amigo...

FÉLIX.—¿Y tú?

CARLOS.—Mi novela es más psicológica. Estoy enamorado como nunca. Más que de la protagonista, de la situación: es bellísima. Atienda el artista; ¡figúrate que ella!...

FÉLIX.—Rosario.

CARLOS.—¡Sin nombres! Ella está celosa de su marido; no se atreve a demostrarlo, porque la pobre ha oído decir que los celos no se llevan; es una cursilería tener celos de su marido. ¡Oh! El miedo a lo cursi es mi cómplice. Yo cultivo esos celos, atacando su amor propio de mujer; al mismo tiempo avanzo con precaución, de modo que a ella pueda yo parecerle atrevido y se crea en el caso de llamarme al orden. Yo me delato al marido, le insinúo que su pobrecita mujer es tan *cursi*, que por una broma mía, una ligereza de éstas que se dicen todos los días en sociedad, ha llegado a creer que yo me atrevía a enamorarla. Al marido le parece

muy poco distinguido que su mujer se asuste por tan poco; se burla de ella por el indicado miedo a lo cursi, extrema su amabilidad conmigo... Yo sigo cultivando los celos, la amabilidad, la distinción y... ¿qué te parece?

FÉLIX.—Bien planeado. Pero los hombres y las mujeres no son teclas que dan siempre la nota que se pide.

CARLOS.—Estos sí. El marqués lo decía antes. Para Agustín no hay bueno ni malo. Todo es cursi o es distinguido. Es cursi tener celos; es cursi alarmarse porque su mujer se muestre amable conmigo; es cursi desconfiar de mí, su mejor amigo.

FÉLIX.—Pero ella... es tan tímida...

CARLOS.—Por eso. Teme más parecer cursi que atrevida... Y se atreverá.

FÉLIX.—Será curioso. Hay que tomar notas.

CÁRLOS.—Chico, debías escribir mis memorias. ¡Chist! Agustín.

ESCENA X

Dichos y AGUSTÍN

AGUSTÍN.—A almorzar.

CÁRLOS.—Vamos allá.

AGUSTÍN.—En efecto: Rosario ha querido asustarme contigo. Pero, ¿qué atrocidad has dicho?

CÁRLOS.—¡Figúrate! Una broma...

AGUSTÍN.—¡Pobrecilla! La falta de costumbre; educada en provincia, en aquel venerable caserón...

CÁRLOS.—Ya me hago cargo; pero no volveré a deslizarme; esas cosas son muy delicadas, y...

AGUSTÍN.—¿Pero lo has tomado en serio? Iba yo a creer... ¡Qué tontería! Vamos, no seas cursi tú también. *(Salen).*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS y DON GASPARITO, sentados; el primero toma té con emparedados; el segundo, chocolate con bizcochos. DOÑA FLORA mira por uno de los balcones.

GASPARITO.—¡Qué estómago el tuyo! ¡Cómo te envidio! Emparedados, te con leche, pan con manteca, a estas horas... ¡Y habrás almorzado bien!

MARQUÉS.—No; desde anoche a las tres no he tomado nada.

GASPARITO.—¡Qué desorden! ¡Y vives! ¡Y estás bien! Yo, entre horas, no puedo permitirme ningún exceso. Lo que ves: un chocolate clarito con unos bizcochitos... Nada... engañar el estómago.

MARQUÉS.—El chocolate es muy sano; está mejor garantizado, que por los médicos, por los frailes. Tú serás eterno, Gasparito.

GASPARITO.—Hombre, ¡eterno!, ya sé que no; pero no quiero morirme por culpa mía; para que os burlarais los de mi promoción. Porque es sabido, en cuanto se muere uno de los nuestros, en vez de darnos por avisados, todos caemos sobre el difunto. ¡Claro; él no tenía edad para morirse: la nuestra; pero no hacía más que disparates... Conozco la oración fúnebre. Además, yo tengo obligaciones sagradas en este mundo; no estoy como tú; tú puedes morirte tranquilo; el único hijo que te queda no necesita de ti para nada.

MARQUÉS.—No sigas; por mucho que te esfuerces no me convencerás de que ya tardo en morirme: aunque no sea más que por hacer la oposición al Gobierno y no dejarle vacante mi senaduría...

GASPARITO.—Yo tengo dos hijas, dos hijas sin colocar, en la edad crítica.

MARQUÉS.—Mira, Gasparito, egoísta de los demonios, a mí no me tomes el pelo con tu paternidad sensible. ¡Si no has pensado nunca más que en tu real persona! ¡Si nunca te has molestado por nada ni por nadie!

GASPARITO.—¿Y me lo dices tú? Y tú, ¿qué has hecho? ¿Cómo has vivido tú?

MARQUÉS.—Yo he vivido en mi casa, con mi mujer y con mis hijos siempre...

GASPARITO.—¿Cuántos días al año? Lo que eres tú es un hipócrita, que te has pasado la vida haciendo la tragedia del Manolo, que es lo que se hace mejor en este país.

MARQUÉS.—Y ¿qué es eso?

GASPARITO.—¿Qué? ¿Declamar endecasílabos de tragedia con acciones de majo de sainete?...

FLORA.—¡Señores!...

MARQUÉS.—¿Usted cree que puede oírse con paciencia...?

FLORA.—Ustedes perdonen, no estaba en su conversación. No puedo remediarlo; estoy muy intranquila. Miraba cómo llueve, a cántaros... Y esos chicos sin volver. ¿Les

habrá ocurrido algo? Si se ha espantado un caballo; si...

MARQUÉS.—No hay motivo para que esté usted intranquila.

FLORA.—¡Dichosas expediciones, y dichoso *sport*, y dichosa vida! ¡Pobre Rosario!

GASPARITO.—¡No exagere usted, señora! Ya ve usted que también se trata de mi hija, y yo estoy muy tranquilo. ¿Qué puede ocurrirles? Nada. Rosario y Lola, por no atravesar Madrid, llamando la atención vestidas de amazonas, fueron en coche hasta la Moncloa; allí les esperaban los *grooms* con los caballos; pero en cuanto haya empezado a llover habrán vuelto al coche; pero aun no han tenido tiempo de regresar.

FLORA.—¡Si hace dos horas que está diluviando! ¡Y sabe Dios dónde les habrá cogido!... ¡Ay! Yo voy a mandar a alguien...

MARQUÉS.—Como usted quiera; pero ya verá usted cómo no tardan.

GASPARITO.—Son jóvenes, señora. Después de todo, por una mojadura... Si fuera yo... baldado para todo el invierno... Cierre usted el balcón, señora; el olor a tierra mojada me produce dolor de cabeza.

FLORA.—¡Un coche, un coche!... No, es de

punto, por el ruido... Pero puede que... sí; para a la puerta del jardín...

MARQUÉS.—¿Son ellas?

FLORA.—Espere usted. No veo bien. No, es su otra hija, don Gasparito.

GASPARITO.—¿Asunción? ¿Con quién viene?

FLORA.—No sé. Se despide de alguien, pero entra sola.

GASPARITO.—Ahí tiene usted. A ésta no le da, como a su hermana, por las expediciones a caballo, ni por guiar coches, ni por nada de de eso. ¡Caracteres más opuestos!... Y ya ve usted, la misma educación han recibido una y otra.

FLORA.—Sí, los caracteres son opuestos, pero ya se ve que la educación ha sido la misma.

ESCENA II

Dichos y ASUNCIÓN con un paquete de libros.

ASUNCIÓN.—¿Cómo están ustedes?

FLORA.—¡Hola, Asuncioncita!

ASUNCIÓN.—¡Qué día! ¡Y Lola y Rosario han salido por fin a caballo! ¡Están locas!

FLORA.—Eso digo yo.

GASPARITO.—¿Vienes sola?

ASUNCIÓN.—No; he venido con *fräulein*, pero me ha dejado en la puerta.

GASPARITO.—¿Y mamá?

ASUNCIÓN.—Luego vendrá a buscarnos. Hoy no ha almorzado en casa; y como Lola almorzaba aquí y me dejaron sola, yo también me he convidado a almorzar en casa de Teresita Montálvez. Estos días de lluvia me ponen tan nerviosa... Necesito estar con mucha gente.

GASPARITO.—Oye; me has dicho que te acompañaba *fräulein*. ¿Ahora es alemana la señora de compañía? ¿Habéis despedido a la miss?

ASUNCIÓN.—Sí, hace tiempo. ¿No sabes? Nos dió un susto horrible. Figúrate que una noche, a la madrugada, oímos cantar y reír en su habitación...

GASPARITO.—¿Eh?

ASUNCIÓN.—Entramos, y estaba con un ataque nervioso; es decir, eso creíamos nosotras; avisamos a la Casa de Socorro, vienen...

MARQUÉS.—Y...

ASUNCIÓN.—Nada; un tarro de Ginebra que se había bebido ella sola.

MARQUÉS.—A la salud de Chamberlain... Estas inglesas son muy patrióticas.

GASPARITO.—Pero, ¡qué desgracia tenéis con las institutrices! Aquella otra francesa, si no es por mí... *(Bajo al marqués)*. Ya te contaré...

ASUNCIÓN.—Florita, ya he leído en los «Ecos de Sociedad» que estuvo brillantísimo el último de tus jueves... ¡Y nosotras que no hemos podido ir este año!...

FLORA.—Vosotras no os divertís con tan poco. Aquello es demasiado inocente.

ASUNCIÓN.—¡Si no tiene una con quién hablar! Allí todos son novios. Debía usted contar con media docena de muchachos volantes, como las sillas, para las que sólo vamos de tarde en tarde.

FLORA.—Con la sillería completa me basta. No quiero trastos por medio. Mi casa está puesta a la antigua; allí todo hace juego.

ASUNCIÓN.—El juego de la mona. Todo son parejas.

FLORA.—¿Qué es eso de la mona, niña?

ASUNCIÓN.—¡No se enfade usted!

GASPARITO.—Asunción, ten juicio.

FLORA.—¡Qué chiquilla ésta! ¿Ha oído usted, marqués? Lo de la mona ha sido por mí, no le quepa a usted duda.

GASPARITO.—No gastes bromas con doña Flora. ¿Qué libros son ésos?

ASUNCIÓN.—Unos que me ha dejado Teresita, y otros que he comprado yo. Ya te llevarán la cuenta; éstos van a tu cargo. Mamá dice que no paga más libros.

GASPARITO.—Y hace muy bien. ¡Sabe Dios qué cosas leerás! Me hace muy poca gracia tanta lectura... Un día voy a tener que ponerme serio, como tu madre.

ASUNCIÓN.—Eso es; mamá, seria; tú, serio... ¡Qué vida! Daréis lugar a que me case con el primero que se presente, y si soy desgraciada vosotros tendréis la culpa.

GASPARITO.—No digas disparates. ¡A ver esos libros! *Demi-vierges*. ¡Vaya un título! *Demi-mariée;* también promete... Todo a medias.

ASUNCIÓN.—Deja, papá. No digas más tonterías. ¿Tú qué entiendes?

FLORA. *(Al marqués).*—¡Qué modo de tratar a su padre!

MARQUÉS.—Pues esto no es nada; ya verá us-

ted, cuando se case, cómo trata a su marido. Un día se siente heroína de novela francesa, y cuando quiera recordar el desgraciado... que se lo cuente a *Bourget*.

GASPARITO.—Nada, nada; tendré que ponerme serio.

FLORA.—¡Un coche! Ahora sí; entra en el jardín.

MARQUÉS.—¿Es Rosario?

FLORA.—Sí. ¡Gracias a Dios! ¡Qué susto he pasado!

GASPARITO.—¿Y mi hija? ¿Viene también mi hija?

MARQUÉS.—No. Viene sola Rosario, con Carlos.

FLORA.—¡Sola con Carlos!

MARQUÉS.—Sí; mire usted.

FLORA.—Es raro... Voy a ver. *(Sale)*.

GASPARITO.—Entonces, Lola vendrá con Agustín; pero ya podía estar aquí. ¡Qué chica! Esa por otro estilo. Los que sólo tenéis hijos varones no sabéis lo que es ser padres.

ASUNCIÓN.—Voy a ver la amazona de Rosario: es de *Redfern* como la de Lola.

GASPARITO.—Mira, no te dejes aquí esos libros; escóndelos. Cualquiera que los vea...

ASUNCIÓN. *(Recogiendo los libros).*—¡Ay, papá, cómo entras en el siglo XX! *(Sale).*

ESCENA III

EL MARQUÉS y DON GASPARITO

GASPARITO.—Agustín y Rosario no saben lo que tienen con no tener hijos.

MARQUÉS.—Aun es tiempo. Yo llevaba cinco años de matrimonio cuando nació Agustín; después, a los dos años, Gloria; la que murió, y nada más. A mí no me han dado disgustos. Agustín es tan formal... Demasiado formal.

GASPARITO.—Parece que se lleva bien el matrimonio.

MARQUÉS.—Sí. Agustín es muy correcto; su mujer no podrá tener nunca la menor queja. No malgastará, no dará escándalos... Y ella muy buena, muy bien educadita; un poco encogida todavía, porque no ha vis-

to mundo. Estoy muy contento; estuvimos muy acertados.

GASPARITO.—¡Dichoso tú! Puedes morir tranquilo.

MARQUÉS.—¡Dale, hombre! Que no pienso morirme.

GASPARITO.—A mí me preocupa hondamente el porvenir de estas chicas; porque aquí, en confianza, te diré que Valentina gasta más de lo que puede, y yo... yo necesito cuidarme, no puedo prescindir de ciertas comodidades, y al paso que vamos no sé, no sé cómo van a quedar esas pobres hijas.

MARQUÉS.—¡Bah! Tú eres rico, y tu mujer, aunque haya derrochado algo, heredó de su tío mucho más que su hermana, mi pobre Carmen. Tus hijas se casarán muy bien, y tú podrás morirte tranquilo. Sus maridos velarán por ellas...

GASPARITO.—Sí; pero yo necesito velar por sus maridos. ¡Pobres hijas!

ESCENA IV

Dichos, DOÑA FLORA y ROSARIO

ROSARIO.—Aquí me tenéis sin novedad.

MARQUÉS.—¡Vaya con el paseíto!

ROSARIO.—No me hables.

GASPARITO.—¿A quién se le ocurre? Con el nublado que se venía encima.

FLORA.—¿Qué quiere usted? Agustín y Lola dijeron que estaba un día muy inglés...

GASPARITO.—¿Y Lola? ¿Cómo no ha venido contigo?

ROSARIO.—¡Qué! Si Agustín y ella estaban a una legua de nosotros cuando empezó a diluviar. Los esperamos, pero yo no podía más, y Carlos me hizo volver al coche; Tommy se quedó con los caballos.

GASPARITO.—¿Y Carlos?

ROSARIO.—Me acompañó hasta aquí y se fué a su casa a vestirse.

FLORA.—Toma una taza de te bien caliente.

¡Ustedes saben cómo venía! La amazona podía torcerse.

GASPARITO.—Y mi hija, ¿cómo vendrá? Esa chica es un chico; no le asusta nada.

ROSARIO.—Se habrá cobijado en alguna parte; como estaban más lejos del coche... Pues ya, hasta que vuelva a buscarles... No creo que entren en Madrid a caballo.

GASPARITO.—¿Y Asunción? ¡Pero estas hijas mías, que siempre han de estar perdidas!

ROSARIO.—Escribe una carta en mi gabinete.

FLORA.—Voy a prepararte el te. ¿Sientes frío?

ROSARIO.—No. Estoy perfectamente. Y el paseo es delicioso: no son tan feos los alrededores de Madrid, como dicen. No será el último día que salgamos. ¡Si traigo apetito! En medio de todo, ha sido gracioso. ¡Qué facha hacíamos Carlos y yo luchando con el aire y el agua! Y si no es por Carlos me estrella el caballo.

FLORA.—¿De veras?

ROSARIO.—¡Ah! Sí, sí; le debo la vida.

FLORA.—Como en las novelas. No habrá sido tanto. Mejor que el te hubieras tomado un poco de tila... Yo te conozco, y, por más que digas, estás muy nerviosa.

ROSARIO.—¿Nerviosa?

GASPARITO.—Está el día para ello. Yo no he podido dar mi paseíto a pie, y ya lo noto, ya. Mira, hoy sí que te propongo unas carambolas.

MARQUÉS.—Perdona. Hoy tengo que tratar asuntos muy serios. Esperaba que volviera Agustín; pero tengo que hablar con su apoderado. Se trata de poner en orden mis asuntos. Agustín me facilita una solución. ¿Qué te parece? Un hijo pagando las deudas de su padre.

GASPARITO.—Me parece muy bien.

MARQUÉS.—Figúrate. Se trata de una hipoteca. Entre pagar un capital de intereses todos los años, a que Agustín se quede con la finca y quitarme de quebraderos de cabeza...

GASPARITO.—¡Ah! Pero, ¿se queda con la finca? No creí yo que Agustín fuera tan... tan práctico.

MARQUÉS.—¿Tú crees que, porque yo soy así, no he sabido educarle a la moderna?

GASPARITO.—Tu finca te cuesta. Y dado tu modo de ser, ¿a qué mejor podías dedicar a tu hijo para que sostuviera tu casa? A prestamista.

MARQUÉS.—¡Gasparito!

GASPARITO.—Lo de siempre. Los hechos no te asustan, pero las palabras... Arregla tus asuntos; yo daré unos cuantos tacazos para compensarme del paseo perdido.

MARQUÉS.—Anda, anda, que sólo estás contento cuando crees que todo el mundo es tan egoísta como tú.

GASPARITO.—Sí, si a cada paso se encuentra un San Vicente de Paúl.

MARQUÉS. *(A Rosario).*—¿Estará don Rafael en el escritorio?

ROSARIO.—Seguramente.

MARQUÉS.—Hasta ahora.

ESCENA V

ROSARIO y DOÑA FLORA

FLORA.—¿Y quién te ha dicho eso?

ROSARIO.—Cárlos.

FLORA.—¿Y cuándo te lo ha dicho?

ROSARIO.—Ahora, cuando veníamos en el coche.

FLORA.—¿Y quieres decirme que no te importa?

ROSARIO.—No me importa nada; no puede importarme. Si me importara sería ridículo.

FLORA.—Eso te habrá dicho Carlos, tu leal consejero.

ROSARIO.—El único.

FLORA.—Cuando digo que estás muy nerviosa...

ROSARIO.—Carlos dice lo que piensa Agustín; pero Agustín no tiene confianza conmigo; no, no tiene confianza, y gracias a Carlos, sé cómo debo vestirme, cómo debo tratar a la gente de sociedad, cómo debo tratar a mi marido...

FLORA.—¿Pero no comprendes que haces muy mal en jugar de ese modo contigo misma?

ROSARIO.—¡Que hago mal! ¿En qué?

FLORA.—En todo. Hace días que estás desatinada. Hoy mismo, ¡venir sola en el coche con Carlos! Y tu marido mientras por esos andurriales, solo con esa loca, ¡una muchacha soltera!... Tú no estás acostumbrada a eso, tiene que parecerte muy mal, como a mí. Esas libertades, esa despreocupación,

todo eso, será muy distinguido, pero no es lo natural, y menos aquí donde se ha dicho siempre: entre santa y santo, pared de cal y canto, y lo contrario es desafiar a la murmuración.

ROSARIO.—¿De quién? De tu gente, de tus pobres cursis. Pregúntale a mi marido: las señoras más distinguidas pasean en coche solas con amigas de su casa, y nadie debe asustarse; porque la mejor prueba de que nada tiene de particular, es que todo el mundo lo ve a la luz del día.

FLORA.—Sí, muy bonito, pero desengáñate, esa moda, como los peinados raros, siempre los usa primero la que tiene que taparse algo. Sobre todo, tú misma me dijiste que Carlos se había atrevido...

ROSARIO.—No; fué una broma mal interpretada por mí; fué una tontería mía advertir a mi marido; bien se burló de mí. El mismo se permite mayores atrevimientos con amigas suyas. Figúrate; Carlos me invitó a visitar su galería fotográfica, para hacerme un retrato... y yo dije que iría con tía Valentina o con sus hijas, y él entonces con sonrisa burlona me preguntó: ¿No se atrevería usted a venir sola? Ya ves qué tie-

ne de particular. Si lo tuviera, Agustín no lo consentiría, digo yo; aunque no me quiera mucho, al fin soy su mujer; pero cuando él no está celoso, yo, ¿por qué voy a estarlo? ¿Por qué? ¿Que Agustín quiere a otra? ¿Quiere? No; tiene a otra. ¿Querer? Yo sé que no quiere a nadie.

FLORA.—¡Que no quiere! ¡Que no quiere! Más de lo que te figuras.

ROSARIO.—¿A mí? Bien sé que no. Si me quisiera se preocuparía algo más... ¿A esa otra? Tampoco. No; esa pobrecilla no me roba nada.

FLORA.—No hablo yo de ésa.

ROSARIO.—Pues no hay otra.

FLORA.—¿De veras? No tienes de mujer ni de sobrina mía, tanto así. Y lo estás viendo a todas horas, delante de ti... ¿y no has visto nada?

ROSARIO.—¿Yo? ¡Delante de mí!

FLORA.—Y cuidado que no soy yo sola quien lo ha notado; y cuidado que tu marido no tiene la culpa; pero esa chiquilla, una muchacha soltera. ¡Parece mentira!

ROSARIO.—¿Quién? ¿Lola? ¡No!

FLORA.—Si no está enamorada de Agustín, lo parece. Esa intimidad, siempre inven-

tando algo para pasar el tiempo juntos... Y siempre la estorbas tú.

ROSARIO.—No; eso no. No es posible. En eso doy la razón a Agustín; no puede creerse; no puede pensarse... Es que sus primas son así; están educadas de otro modo que yo...

FLORA.—Y ése es el mal; el afán de parecer distinguidos a todo trance, sin preocupaciones, sin cursilerías, como ellos dicen... Ese trato desenfadado con los hombres; con todo el mundo... Sí, ya sé que no habrá intención por parte de ninguno; no juzgo tan mal a esa chiquilla; pero lo cierto es que, sin darse cuenta, unidos por las mismas aficiones, los caballos, los perros, la caza, siempre tienen de qué hablar, no viven el uno sin el otro... Son pequeñeces todo, sí; pero esas pequeñeces son toda su vida, porque no viven para otra cosa, ni en otra atmósfera; de modo que, sin pensarlo, sin quererlo... hay algo entre ellos que une su vida entera... que ellos mismos no habrán notado, porque no los ata, los envuelve... Esta es la verdad que yo veo con mi experiencia; que otros han observado con su malicia, y que alguien adivinó celoso, primero que todos... como debiste tú adivinarla.

ROSARIO.—Te engañas, exageras... A tu casa va tanta gente, se habla de todo, es gente que se asusta como tú, como yo, de estas cosas, que murmura de todo, que envidia a los que lucen en esfera más alta y se complace en exagerar nuestros defectos.

FLORA.—Todo eso es verdad; murmuran, exageran; por eso las mujeres verdaderamente honradas deben exagerar su honradez tanto, que por mucho que exagere la murmuración no pueda llegar hasta ellas.

ROSARIO.—Dices bien. La gente lleva razón al murmurar. Esas libertades en una muchacha... Pero yo no creo, no puedo creer que haya mala intención en todo ello. Agustín lo dice: Lola es su mejor amigo; su conversación es muy agradable... para los hombres.

FLORA.—Para los hombres como tu marido; conversación de cochero; que si el bocado, que si la serreta, que si el pura sangre... Y se burlan de las pobrecitas que van a mi casa. ¿No es preferible que canten el *Vorrei morire*? Luego esas muchachas como Lola, siempre han de preferir la conversación de los hombres casados. ¡Claro! Las hablan con más libertad, sin miedo de que los atra-

pen; ellas tampoco tienen por qué fingir con ellos; como no son futuros probables a quien hay que engañar haciéndose de inocentes... y pasan el rato tan divertidos. Todo muy inglés, muy moderno y muy *chic*. Ya sabes que Lola tenía un pretendiente, Manolo Castrojeriz, un excelente muchacho, con su carrera de ingeniero, la familia en buena posición; un gran partido, el mejor de los que van a mi casa.

ROSARIO.—¿Y Lola?

FLORA.—Admitió sus relaciones; se veían a diario; pero el muchacho observó lo que observamos todos; que Lola no piensa más que en tu marido, que sólo se halla contenta a su lado, y el pobre chico, comprendiendo que no podía quejarse sin ofenderla gravemente, ni continuar en aquel segundo papel tan desairado, volvió a mi casa a contarme su triste aventura; y con este motivo en mi casa no se habla de otra cosa, y esa chica está en evidencia, y tú debes advertir a tu marido...

ROSARIO.—¿Yo? Nunca le advertiré nada. Ya le advertí una vez.

FLORA.—¿Pero qué te propones? ¿Que la gente os traiga y os lleve? ¿Que murmuren tam-

bién de ti? ¿Que llegue Carlos a creer posible que tú...?

ROSARIO.—No sé; no tengo plan. Espero el último figurín. Porque hay figurines también para el alma, querida tía, y mi marido quiere que seamos distinguidos a todo trance.

FLORA.—¿Y él, qué se propone? Porque no veo la distinción de un marido engañado. Eso lo lleva mucha gente que no pasa por distinguida. Por supuesto, Agustín sabe que puede tener confianza.

ROSARIO.—Hay confianzas que ofenden... ¡Calla!... ¡Asunción!

FLORA.—La niña modernista. Esta es otra.

ESCENA VI

Dichas y ASUNCIÓN

ASUNCIÓN.—He escrito una carta de dos pliegos. ¡Si cayera en manos de Félix. ¿Sabes a quién? ¿Te acuerdas de aquella amiguita mía francesa?

ROSARIO.—Aquella rubia, tan mona...

ASUNCIÓN.—Se ha casado en París, y me escribe participándome...

ROSARIO.—¿Su boda?

ASUNCIÓN.—No: su divorcio. Es un caso muy bonito; porque ella en el fondo quiere a su marido; pero al mismo tiempo quiere a otro... Es lo que llaman *la dualité*.

FLORA.—¿*La dualité*? ¿Ahora lo llaman así?

ASUNCIÓN.—Y me escribe una carta. ¡Pobrecilla! ¡Debe ser horrible querer de esa manera! Y el cariño único es tan difícil de encontrar en una sola persona... ¿Tú qué opinas?

ROSARIO.—¡Ay! Yo no entiendo de esas cosas.

ASUNCIÓN.—Tú no conoces la lucha.

ROSARIO.—No; yo vivo en el Limbo; eso debe creer mucha gente.

ASUNCIÓN.—¿Quién sabe? Puede que también tengas tu novela. Yo soy muy observadora.

ROSARIO.—Sí, observaciones de novela. La vida es otra cosa; es más imprevista en sus combinaciones. Si de mí dependiera, créelo, ahora mismo pasaría muchas, muchas hojas de mi novela, como tú dices, para llegar cuanto antes al desenlace.

ASUNCIÓN.—¿Qué tienes? Estás muy nervio-

sa... Como yo... ¡El tiempo! Pero mis nervios son más terribles... están desatados.

FLORA.—Mi médico, hombre de mucho mundo, a las muchachas nerviosas que visita les receta siempre duchas a gran presión...

ASUNCIÓN.—¿Siempre?

FLORA.—Sí; dice que es lo más parecido a los azotes.

ASUNCIÓN.—¡Qué gracia! ¿Cree usted que mis ataques de nervios son fingidos?

ESCENA VII

Dichas, VALENTINA Y FÉLIX

ROSARIO.—¡Valentina!

ASUNCIÓN.—¡Hola, mamá!

VALENTINA.—Mira quién te traigo.

FÉLIX.—Señoras...

ASUNCIÓN.—¡Cuánto me alegro! Iba a llamarle a usted por teléfono.

FLORA. *(Bajo a Rosario).*—¡Jesús! ¡Qué prisa la corría!

VALENTINA.—Le he encontrado en casa de Lulú Acevedo. ¿No sabes? Entusiasmadísimo con Pilar: allí todos dicen que se casan.

ASUNCIÓN.—¿No la ha encontrado usted más tonta que Pilar? No volveré a leer un libro de usted. Si cuando se admira a un artista, no debía una conocerle personalmente. Son ustedes tan vulgares como los demás. ¡Enamorarse de Pilar! La bella y la bestia como la llama todo el mundo.

FÉLIX.—Ese mote ha servido para muchas; además, es el título de un cuento de hadas. *(Sigue hablando).*

VALENTINA. *(A Rosario).*—¿Y no han vuelto todavía? ¡Qué diablura! Gracias a que Agustín no se habrá separado de ella.

FLORA.—Sí, gracias.

VALENTINA.—Aunque ella lo mismo se hubiera quedado sola. No se asusta por nada; pero hoy tendré que ponerme seria.

ASUNCIÓN. *(A Félix).*—¿Que no ha pensado usted nunca en casarse conmigo, porque me quiere usted demasiado? Explíquese usted.

FÉLIX.—Cuando lea usted mi última obra, lo comprenderá usted.

ASUNCIÓN.—¡Ay! ¡Déjeme usted el manus-

crito! ¿Me ha retratado usted, como usted acostumbra, al desnudo?

FÉLIX.—Moralmente.

FLORA.—Aquí están los perdidos.

ROSARIO.—Agustín y Lola.

VALENTINA.—¡Hay qué hija! Gracias a Dios no le ha ocurrido nada.

FLORA.—¡Sí, ya puede usted dar gracias a Dios si el mejor día no le ocurre algo!

ESCENA VIII

Dichos, LOLA y AGUSTÍN

LOLA.—¡Salvos!

VALENTINA.—¡Pero, hija mía! No sé cómo decirte que no me hacen gracia estas locuras.

LOLA.—¡Oh! Si hemos corrido verdaderos peligros; rodeados de fieras y de tribus salvajes, ¿verdad, Agustín?

VALENTINA.—Si es para tomarlo a broma. El mejor día vuelves con una pierna o un brazo roto, y ya verás, ya verás cuando ten-

gas que pasarte dos meses sin salir de casa.

FLORA. *(Aparte a Rosario).*—No ha encontrado amenaza más terrible. ¡Dos meses sin salir de casa! ¡Claro, para ellas el purgatorio!

ROSARIO. *(A Agustín).*—Os esperamos un gran rato; pero ante aquel diluvio...

AGUSTÍN.—Hicisteis perfectamente en no esperarnos. Nosotros nos refugiamos en la caseta de un guarda de consumos.

LOLA.—Un jefe de tribu muy sociable. Nos obsequió con una ensalada de pimientos; estaba riquísima.

AGUSTÍN.—Yo no la probé.

VALENTINA.—¿Y a quién se le ocurre?

LOLA.—El hombre estaba encantado conmigo. ¡Vaya una señorita simpática!

FÉLIX.—Yo creo que por unos días ha conjurado usted la revolución social.

AGUSTÍN.—Cuando cesó la lluvia, emprendimos la vuelta; no os encontramos, ni al coche tampoco; en la Florida tomamos uno de punto, y al llegar a la calle de Bailén vimos el nuestro, que volvía a buscarnos; subimos en él...

LOLA.—Fuimos a casa a mudarme de ropa, porque no quiero decirte cómo estaba...

AGUSTÍN.—Yo también me he vestido allí. Envié a Tommy por ropa.

FLORA.—Así, con confianza.

AGUSTÍN.—Y ésa es toda nuestra epopeya. ¿Y vosotros, sin novedad también? ¿Y Carlos?

ROSARIO.—También fué a mudarse. ¿Quieres una taza de te? ¿Y tú, Lola?

LOLA.—No; hemos tomado en casa un *cok-tail*, hecho por mí; y que diga Agustín si yo sé preparar un *cok-tail*.

AGUSTÍN.—Como no lo he tomado nunca. *(A Rosario)*. ¿No ha venido papá?

ROSARIO.—Sí; te espera en el escritorio con don Rafael.

AGUSTÍN.—Pues voy a verle. Ahora siento frío.

LOLA.—Está visto que la más valiente soy yo. Que diga Agustín si he tenido miedo.

AGUSTÍN.—Eres todo un hombre *my dear boy*.

LOLA.—¿*A true fellow is't not? (Sale Agustín)*.

ESCENA IX

Dichos, menos AGUSTÍN

FLORA. *(A Rosario).*—¿Estás ya edificada? ¿Qué dices ahora?

ROSARIO.—¡Qué atrevimiento!

LOLA.—¿Te has asustado mucho, Rosario? ¡Cualquiera te anima otro día!

ROSARIO.—No es el primer chaparrón que me ha sorprendido en el campo. Allí en Salamanca, ¡cuántas veces! Eso sí, siempre me acompañaba mi padre o alguno de mis hermanos o algún amigo respetable de casa.

LOLA.—Lo cual es muy aburrido. Porque habrá tenido que oír Carlos al verse solo contigo. No podrá quejarse de mí.

ROSARIO.—¡Lola!

LOLA.—No te asustes. Agustín se reía al pensar en el mal rato que tú estarías pasando.

ROSARIO.—¿Se reía?

LOLA.—Ahora Rosario sólo pensará en lo que

dirá la gente cuando se sepa la aventura del bosque. ¡Ja, ja!

ROSARIO.—En lo que tú no pensarías, ¿verdad?

LOLA.—¿Por qué me miras así?

ROSARIO.—Por nada.

ESCENA X

Dichos y D. GASPARITO

GASPARITO.—¿Ya estás aquí? ¡Adiós, Félix!

FÉLIX.—¡Amigo mío!

VALENTINA.—Ahora diré a tu padre que te regañe. Gaspar, es preciso que digas a tu hija...

LOLA.—¿Qué tienes, papá?

GASPARITO.—Dejame ahora, mujer. No estoy para nada. Me vais a quitar la vida.

VALENTINA.—¿Qué te ocurre?

GASPARITO.—Sí, hace días que no me encuentro bien.

ASUNCIÓN.—Vaya, papá, no seas aprensivo.

GASPARITO.—Hace un rato me fuí a jugar al billar por hacer algo de ejercicio, y apenas empiezo, noto un cansancio que no era natural; me siento en un diván... ¡y me quedo dormido! Es decir, congestionado; un amago de congestión; un sueño que no era natural.

VALENTINA.—No digas; tú siempre has dormido mucho.

GASPARITO.—Pero a mis horas.

LOLA.—Vaya, papá, no te preocupes.

GASPARITO.—Esto se va, hijas mías; pronto os quedaréis solas con vuestra madre, muy buena, pero muy débil. ¿Qué será de vosotras?

ASUNCIÓN.—¡Ay, papá! No nos aflijas, que yo estoy muy nerviosa.

VALENTINA.—¡Qué cosas dices! Cualquiera dirá que estabas a la muerte. Yo sólo de pensar en esas cosas...

GASPARITO.—Hay que estar preparados para todo.

FLORA. *(A Rosario).*—¡Qué cuadro de familia!

FÉLIX.—Vaya, don Gasparito, ahora no llueve. ¿Quiere usted que demos un paseíto a pie?

ASUNCIÓN.—Sí, sí; lléveselo usted.

GASPARITO.—Sí, lléveme usted. ¡Este maldito tiempo!... Por los soportales de la plaza Mayor; es mi paseo de invierno.

FÉLIX.—Por donde usted quiera.

GASPARITO.—Si es que los médicos no me entienden; atacan mi enfermedad por el estómago, y yo de lo que estoy malo es de la cabeza. La medicina está muy atrasada. Adiós, hijas mías.

VALENTINA.—Luego iremos a verte. Acuéstate si no te encuentras mejor.

GASPARITO.—¿Acostarme? No; ya sabes que siempre he tenido la preocupación de que he de morirme acostado.

VALENTINA.—Vamos, calla, calla, que le metes a una el corazón en un puño.

LOLA.—Hasta luego, papá.

FÉLIX.—Señoras... *(Salen con Gasparito y Felix).*

ESCENA XI

ROSARIO, DOÑA FLORA, VALENTINA, ASUNCIÓN y LOLA

VALENTINA.—Nosotras también nos vamos. Yo no he entrado en casa desde las diez de la mañana; son las seis de la tarde, y todavía con el libro de misa. Cualquiera que me vea... ¡Qué vergüenza!

FLORA.—Creerá que viene usted de las cuarenta horas.

VALENTINA.—Vamos, hija.

LOLA.—No, yo como aquí... Agustín quiere que vayamos a Apolo esta noche a ver esa zarzuelita nueva. *(A Rosario)*. ¿No te ha dicho nada?

ROSARIO.—A mí no.

VALENTINA.—¿Al teatro de Apolo?

LOLA.—No te asustes, van muchachas. Si queréis venir, Agustín sabe el número del palco; os avisaremos por teléfono.

FLORA. *(A Rosario).*—Ella lo dispone todo.

VALENTINA.—No, esta noche, estando tu padre tan delicado, no me parece bien que vayamos todos al teatro.

LOLA.—Como queráis.

VALENTINA.—Adiós, Rosarito.

ROSARIO.—Hasta mañana, tía.

VALENTINA.—Flora, tanto gusto... *(A Lola).* ¿Te mandamos otro vestido?

LOLA.—No, voy así.

ASUNCIÓN. *(Bajo a Lola).*—Te advierto que Rosario está muy nerviosa.

LOLA.—La aventura del bosque... ¡Si éstas, Santa *Nitouche!* Ya lo decías tú... *(Salen Valentina, Asunción y Lola).*

ESCENA XII

ROSARIO, DOÑA FLORA y LOLA

LOLA. *(A doña Flora).*—Y Manolo Castrojeriz, ¿va por su casa de usted?

FLORA.—Sí; faltó dos o tres jueves...

LOLA.—Se lo embargué yo a usted. ¿Y qué dice ahora de mí?

FLORA.—Dice... muchas cosas.

ROSARIO.—Según mis noticias, es un buen muchacho, y te quería. ¿Por qué le has desairado?

LOLA.—Es un majadero, un impertinente.

FLORA.—Pues ya tiene otra novia, y ahora va de veras.

LOLA.—Me alegro. ¿La ha encontrado en su casa de usted? Sí; allí hay partido muy a propósito para él, entre aquellos ángeles inocentes que se asustan de todo lo que hacemos las demás, y ellas no piensan más que en atrapar marido. Y aquellas mamás que para animar a los jóvenes sólo hablan de las habilidades de sus hijas: ¿ve usted ese vestido? Ella se lo ha hecho. ¿Qué le gusta a usted más? Mi hija es una gran cocinera, y ella, si usted viera, es de muy poco comer. ¿Sabe usted cómo las llama Félix? Las traineras.

FLORA.—En mi casa se verá todo eso de que te burlas con tanta delicadeza, muy propia en una señorita... Pero no se ven otras cosas.

LOLA.—Naturalmente.

FLORA.—¿Sabes lo que dice Manolo de ti?

LOLA.—¡Ah! ¿Lo dice? ¿Tiene valor de decirlo ese majadero? Y en su casa de usted, ¡claro! todos le darán la razón.

ROSARIO.—Y tú das motivo para que todo el mundo lo crea.

LOLA.—¡Ah! ¿Tú también? A ti también te han venido con el cuento y tú crees también...

ROSARIO.—Que tus libertades son impropias de una muchacha soltera; que te pones en ridículo y nos pones a todos.

LOLA.—¡Ah! ¿Estás celosa?

ROSARIO.—¿Celos yo?... ¿De ti?...

LOLA.—Mira, Rosario, todo esto son murmuraciones de gente cursi y vienen... de donde vienen. Procura que no se entere Agustín, porque tendrías un disgusto.

ROSARIO.—¿Es un consejo?

LOLA.—De amiga, que te guardará este secreto como te guarda otros.

ROSARIO.—¿Qué dices?

FLORA.—¡Habráse visto!

ROSARIO.—¡Oh! Eres una chiquilla mal criada, sin pudor alguno.

LOLA.—Mira lo que dices. Estoy en tu casa,

me estás insultando... Cuando Agustín lo sepa...

ROSARIO.—¿Me amenazas todavía?

LOLA.—¡Oh! ¡Quiero irme, quiero irme!

ROSARIO.—Es lo mejor.

LOLA.—Sola, sí; no espero a nadie.

FLORA.—Yo te acompañaré, vamos.

ROSARIO.—Sí, llévatela...

LOLA.—Vámonos, vámonos.

ESCENA XIII

Dichos, AGUSTÍN

AGUSTÍN.—He mandado por el paico... ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Por qué llora Lola?

LOLA.—No volveré nunca a esta casa; me ha echado Rosario...

AGUSTÍN.—¿Qué?

LOLA.—Tiene celos de mí; por eso... Déjame, déjame...

AGUSTÍN.—Rosario, Flora, ¿qué es esto?

FLORA.—Nada, que las mujeres somos así; no

queríamos ser cursis y hemos acabado por ser ordinarias. No preguntes más. Vamos, niña, déjate de llantos...

LOLA.—Se lo diré a papá. *(Salen Lola y doña Flora).*

ESCENA XIV

ROSARIO, AGUSTÍN

AGUSTÍN.—¿Puedes explicarme?... ¿Es verdad lo que ha dicho Lola? ¿Por celos? ¿Tú has podido creer?...

ROSARIO.—Yo, no: lo cree todo el mundo; lo ve todo el mundo. Vosotros habéis hecho todo lo imaginable para que lo crean.

AGUSTÍN.—¿Quién?... ¿Quién?... La tertulia de tía Flora; gente así...

ROSARIO.—Gente así, gente como yo, gente que no ve con tranquilidad que se juegue con el peligro. Y esa libertad de trato entre hombres y mujeres es siempre peligrosa.

AGUSTÍN.—Yo no veo peligros donde no los busco...

ROSARIO.—El peligro de que la gente crea lo que no es, sólo porque pueda ser... ya es bastante.

AGUSTÍN.—¿Pero qué gente? Gente ridícula, a quien no preguntaría uno su opinión sobre la corbata que lleva uno; y vamos a tomarla en cuenta, para saber cómo hemos de vivir a gusto suyo.

ROSARIO.—Ya no se trata de la gente: se trata de mí. A mí es a quien no le parece bien.

AGUSTÍN.—Por supuesto, otra ridiculez, otro espanto como el del otro día. No podemos recibir a nadie, ni tratar a nadie; será el único modo de vivir tranquilo. ¿Te parece bien? Cuando Lola cuente en su casa lo sucedido... ¿Qué dirán todos?... ¡Suponer que una muchacha...! ¡Suponer que yo...! ¡Bah! Te has propuesto estar en ridículo, y te digo que si hemos de vivir siempre así, con un lance de éstos cada día...

ROSARIO.—No, descuida. Será el último.

AGUSTÍN.—¡Ah, Carlos!

ESCENA XV

Dichos y CARLOS

CÁRLOS. *(A Rosario).*—¿Ha descansado usted?

ROSARIO.—Sí. Muchas gracias.

CARLOS. *(A Agustín).*—¿Y qué fué de vosotros? Ya te habrá dicho Rosario...

AGUSTÍN.—Sí. ¿Tienes que hacer?

CÁRLOS.—¿Yo? Nada. He venido por saber si Rosario estaba bien; con el susto...

ROSARIO.—Soy muy fuerte.

AGUSTÍN.—¿Quieres que comamos juntos en el Club? Tengo que ver a Torres, ahora me acuerdo.

ROSARIO.—¿Ahora te acuerdas?

CÁRLOS.—Estoy a tu disposición.

AGUSTÍN.—Pues voy a vestirme y en seguida... *(A Rosario).* ¿Ya no iréis al teatro esta noche?

ROSARIO.—¿Yo? No.

AGUSTÍN.—Está bien. *(Sale).*

ESCENA XVI

ROSARIO y CARLOS

ROSARIO.—¿Me dejan ustedes sola? Comeré sola por primera vez en mi vida.

CARLOS.—¿De veras? No; yo le diré a Agustín...

ROSARIO.—Ni una palabra. Se lo suplico a usted.

CARLOS.—Está usted triste; y su mejor amigo, amigo es poco, hermano...

ROSARIO.—¡Jesús! Era poco amigo, y ahora hermano...

CARLOS.—¿No lo cree usted? Si viera usted cómo se han transformado mis sentimientos al comprender que es usted desgraciada...

ROSARIO.—¿Transformación o disfraz?

CARLOS.—¿Por qué dice usted eso?

ROSARIO.—Porque no creo en tanta y tanta compasión.

CÁRLOS.—Es que usted misma no quiere darse cuenta de lo que sufre.

ROSARIO.—Me pone usted nerviosa con tanto compadecerme. Yo no tengo tristezas. ¿Quién merece que yo esté triste? No, por favor, no me cuente usted lástimas de mí misma. Hable usted de otra cosa, de... de sus fotografías...

CÁRLOS.—Estoy escarmentado.

ROSARIO.—¡Bah! No renuncio a que usted me retrate.

CÁRLOS.—No seré yo quien lo proponga.

ROSARIO.—¿Qué le dije yo a usted? Que iría a retratarme.

CÁRLOS.—Con Valentina o con sus hijas...

ROSARIO.—Y usted me preguntó si no me atrevería a ir sola.

CÁRLOS.—Y usted se incomodó mucho.

ROSARIO.—¡Una tontería! Cuando menos lo piense usted...

CÁRLOS.—¿Irá usted?

ROSARIO.—¿Por qué no?

ESCENA XVII

Dichos y el MARQUÉS

MARQUÉS.—Agustín te espera.
CÁRLOS.—Voy. Rosario, ¿hasta mañana?
ROSARIO.—Hasta mañana. *(Sale Cárlos).*
MARQUÉS.—¿Y tus primas? ¿Y tu tía Flora?
ROSARIO.—Todos se han marchado.
MARQUÉS.—¿Y vas a comer sola?
ROSARIO.—Si tú quieres...
MARQUÉS.—El caso es que...
ROSARIO.—¿Alguna combinación?
MARQUÉS.—No, mujer...
ROSARIO.—¡Vaya! ¡Papá, papá! ¡A tus años!
MARQUÉS.—Sí, es verdad. Ya es hora de empezar a ser padre. Me quedo; comeremos los dos solitos, tan ricamente, hija mía.
ROSARIO.—Hija, sí. ¿Tú no sabes que yo te llamo padre sin esfuerzo alguno? En esta sociedad, nueva para mí, eres el único que

me recuerda a los míos, a mis viejos. Tú serás como quieras, pero tienes corazón.

MARQUÉS.—Eso sí, hija mía; el corazón me ha perdido. Un corazón tan grande que, si no fuera por mi hijo, hoy estaría ya casi arruinado... Y todo, deudas del corazón. Ahora mismo acabamos de arreglar ese asunto.

ROSARIO.—He oído algo, pero no sé...

MARQUÉS.—Sí; es vuestra la finca de la Hondonada.

ROSARIO.—¿Nuestra?

MARQUÉS.—Sí. Agustín levanta la hipoteca, paga otros piquillos y me compra la finca...

ROSARIO.—¿Comprar? ¡Comprarte la finca! ¡Oh! Eso sí que no... Pagar, sí; comprar, no.

MARQUÉS.—¡Chiquilla!

ROSARIO.—¡Oh! No, no. Hasta eso, no. He tolerado todos sus figurines, todo lo inglés y lo *chic* y lo distinguido con que ha atormentado mi cuerpo y mi corazón; ¡pero eso no, eso, no! Lo dice tu hija.

MARQUÉS.—¡Rosario! Agustín no sabe lo que vales... ¡Por vida! Yo le diré...

ROSARIO.—Nada, nada. Déjame; es que necesito pensar en algo bueno, para no pensar

en tanto malo. Porque yo quiero ser buena, como mi madre; como la madre de Agustín, que era una santa, ¿verdad?

MARQUÉS.—¡Sí, hija mía! ¿Pero qué tienes? ¿Por qué lloras?

ROSARIO.—Estoy muy triste, papá de mi alma; estoy muy triste. Llámame hija, tu hija...

MARQUÉS.—Hija, sí. ¡Hija mía! ¿Pero qué tienes? ¿Por qué lloras? No llores tú, pobrecita mía. Y si es mi hijo quien te hace llorar, sabrá por primera vez quién es su padre. *(Telón).*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS. FÉLIX con un libro en la mano.

MARQUÉS.—Agustín no debe tardar; me ha citado aquí; de Rosario no sé...

FÉLIX.—Ahora vengo de casa de sus primas, de ofrecerles también un ejemplar.

MARQUÉS.—De modo que ésta es su última producción. Una novelita, ¿verdad?

FÉLIX.—Poema historial; es un género nuevo: ni poema, ni novela, ni historia. Lo explico en el peristilo.

MARQUÉS.—Todo modernismo, ¿eh?

FÉLIX.—¡Oh! Algo más: actualismo. Despreciar todo lo que no existe en el momento actual. Eternizar lo efímero, fijar lo fugitivo, engrandecer lo diminuto. Eso debe ser el arte, el arte nuestro: el actualismo; no hay otro arte posible.

MARQUÉS.—Inventan ustedes con el demonio.

FÉLIX.—Usted se reirá...

MARQUÉS.—Todo lo que pueda.

FÉLIX.—Son muchos los que se ríen.

MARQUÉS.—Y usted el primero.

FÉLIX.—¿Yo?

MARQUÉS.—¡Bah! Usted tiene bastante sentido común para estar en el secreto; pero, claro, es tan difícil llamar la atención escribiendo como todo el mundo... No pueden ustedes ser originales y son ustedes extravagantes. Pero es peligroso jugar con esas cosas, sobre todo aquí, donde se piensa poco y se medita menos; el arte no debe malgastar sus fuerzas en juegos malabares y en piruetas; tiene algo más serio que hacer. Esto que usted escribe, créame usted, es música *di camera*, y ahora necesitamos buenos trompetazos; los de Jericó todavía es poco: los del juicio final.

FÉLIX.—Insigne marqués: mi deseo mayor es cantar hazañas. Siéntase usted Aquiles y yo me sentiré Homero.

MARQUÉS.—¿Y está usted seguro de que Aquiles no fué invención de Homero? Invénteme usted; alguna hazaña mía pudiera contarle. Todavía, cuando cambia el tiempo, me duele un balazo, recibido allá en mis mocedades, por defender, no quiero acordarme, si la libertad o la monarquía.

FÉLIX.—Lo mismo da para el resultado.

MARQUÉS.—Tiene usted razón. Entonces los nobles, los verdaderos nobles, éramos liberales; hoy, los improvisados, los que todos se lo deben a la libertad, reniegan de ella.

FÉLIX.—La pusieron ustedes tan cursi...

MARQUÉS.—No; caímos en el lazo que nos tendieron los reaccionarios, diciendo que era cursi. ¿Por qué? Porque la llevaba mucha gente. Lo que yo digo: el miedo a lo cursi. La aristocracia francesa, por oposición a la República democrática, exageró la nota reaccionaria; nuestras clases directoras copiaron el figurín porque venía de París, y nos dimos a la devoción, *sacré-cœur*. Una reacción sin grandeza, que ni siquiera recoge la tradición española. ¿No ha observa-

do usted en muchas capitales de provincias, donde existe una magnífica catedral, que casi siempre está desierta, mientras lo más distinguido de la población acude a una de esas capillitas a la moderna de almidón y purpurina? Pues así hemos hecho nosotros. Hemos abandonado el templo grandioso donde se concibe a un Dios infinito, a un Dios de todos, por la capillita de la imagen de moda, de congregación, de partido, donde se entra con papeleta.

FÉLIX.—Los espíritus escogidos siempre buscamos un refugio: la torre de marfil que nos aísle de la multitud.

MARQUÉS.—¡Bah! Ya son ustedes los del otro lado; ya empieza a ponerse cursi también. Pronto empezará el desfile de los distinguidos a la otra acera, como en los paseos de moda. Y la humanidad se pasará así la vida. Los espíritus escogidos, como usted dice, huyendo de la multitud; la multitud siguiéndoles por donde vayan. Unos, cursis por el afán de imitar a otros; otros, más cursis por el afán de distinguirse de todos.

FÉLIX.—Todos cursis entonces... y yo y mi libro...

MARQUÉS.—Cursi, si ha querido usted imitar a algún escritor de moda; más cursi si ha querido usted no parecerse a ninguno.

ESCENA II

Dichos y AGUSTÍN

AGUSTÍN.—¡Hola, Félix! ¡Adiós, papá!

FÉLIX.—¿Dónde te metes? No se te ve por ninguna parte.

MARQUÉS.—Anda de torre de marfil también. Van ustedes a concluir con los elefantes.

FÉLIX.—He preguntado por ti en casa de tus primas; por cierto que... ¿Habéis tenido algún disgusto?

AGUSTÍN.—¿Te han dicho algo?...

FÉLIX.—No; pero pregunté por dos veces si no venían por aquí, si no veían a Rosario, y las dos veces cambiaron de conversación, como si las molestara...

AGUSTÍN.—¡Ah! Es tu nuevo libro...

FÉLIX.—Sentiría haber cometido una inconveniencia, si es que en efecto...

AGUSTÍN.—¡Bonita edición! Parece francesa. ¡Ah! Dedicado a mi mujer...

FÉLIX. *(Bajo al marqués).*—¿He cometido una inconveniencia?

MARQUÉS.—No, dos.

FÉLIX.—¿Eh?

MARQUÉS.—Porque en vista del éxito obtenido allí, no debía usted haber preguntado aquí nada.

FÉLIX.—Deploro...

AGUSTÍN.—Rosario no debe estar en casa. *(Al marqués).* ¿Sabes si...?

MARQUÉS.—No, ha salido.

FÉLIX.—Sí, estando yo con Carlos en su casa hace media hora, le llamó tu mujer por el teléfono desde casa de la modista para que le enviara unos grabados con trajes de época.

AGUSTÍN.—¿Y sabes si pensaba salir Carlos de su casa? Porque tengo que verle.

FÉLIX.—No, no pensaba salir en toda la tarde. Pero no vayas; casi me ha echado.

AGUSTÍN.—¿Esperaba a alguien?

FÉLIX.—¡Qué sé yo! Con el pretexto de la galería fotográfica... Te dejo, chico. Di a Ro-

sario que esta vez puede leerme sin miedo. Marqués, siempre dispuesto a cantar sus glorias. ¿Qué le parecería a usted un poema sobre su última conquista?... Todo se sabe. Al salir estas noches a escena el coro de cierto teatro, todo el mundo exclama como don Bartolo: *E'rano sei; e sono cinque.*

MARQUÉS.—No, inventor del actualismo; no se sabe todo. Yo le aseguro a usted que de mi última conquista no sabe usted nada; y ha sido la mejor de mi vida.

FÉLIX.—Ya está usted bueno. *(Sale).*

ESCENA III

EL MARQUÉS y AGUSTÍN

AGUSTÍN.—¿Te ha dicho don Rafael que ya está arreglado el asunto?

MARQUÉS.—Sí.

AGUSTÍN.—¿Lo sabe Rosario?

MARQUÉS.—¿No se lo has dicho tú?

AGUSTÍN.—Siempre nos vemos delante de gen-

te; si nos quedamos solos, huye de mí. Cuando sabe que yo estoy en casa se le ocure siempre salir. Y ahora no dice dónde va, como antes.

MARQUÉS.—Le has dicho tantas veces delante de mí: ve donde quieras; yo no soy un marido tirano que te pide cuentas de tus acciones.

AGUSTÍN.—Entonces no era este salir y entrar a todas horas. Y una cosa es que a cada paso me dijera dónde iba delante de gente, y otra cosa que haga misterio de todo. A casa de su tía Flora no va hace días; ahora tampoco va a casa de su tía Valentina.

MARQUÉS.—¿Te has enterado?

AGUSTÍN.—No es que haya ido a preguntarlo... Lo sé...

MARQUÉS.—Aunque lo hubieras preguntado; si te preocupa...

AGUSTÍN.—Me preocupa, sí; porque no hay modo de entender a esa criatura. Además, es rencorosa; siente y no quiere darse por sentida. Se ha propuesto desesperarme.

MARQUÉS.—Y lo consigue.

AGUSTÍN.—Pero, entretanto, temo...

MARQUÉS.—¿Qué?

AGUSTÍN.—Alguna locura, alguna falta de

tacto. En su afán de darme en cara, por lo que ella cree indiferencia en mí; porque no he tomado en cuenta sus celos ridículos...

MARQUÉS.—¡Ah! ¿Quiere que tú...?

AGUSTÍN.—¿Celos yo? Por mi parte no tomaré en serio esa comedia que quiere representarme; pero sí le haré comprender que ya basta de ponernos en ridículo y de dar que hablar a la gente.

MARQUÉS.—No conoces a Rosario. Mientras hables como profesor de *tenue* no conseguirás nada.

AGUSTÍN.—¡Y si no tiene idea de lo que es vivir en sociedad! Lo sucedido con Lola, ¿te parece serio? Había fundamento para suponer...

MARQUÉS.—¡Hombre! Mientras ella estuviera soltera, no.

AGUSTÍN.—No digas tú también desatinos, papá. ¡Si supieras de qué humor estoy!

MARQUÉS.—*Spleen, spleen.* Algo inglés. Porque no creo que te aqueje la enfermedad de Otelo, que también es de Inglaterra, aunque italiano; pero los italianos tienen un proverbio que dice: *Inglese italianizatto, diavolo incarnato.*

AGUSTÍN.—¿Qué quieres decir con eso?

MARQUÉS.—Nada, que cuando un inglés deja de ser inglés...

AGUSTÍN.—Pero, ¿crees que yo no tengo nervios?

MARQUÉS.—Pues cuidado, mucho cuidado. No cometas alguna incorrección. Rosario es tu mujer y debes tratarla siempre con respeto, mucho respeto; es la base del matrimonio; respeto y consideración; lo he leído en una novela inglesa.

AGUSTÍN.—¿Quieres sacarme de quicio?

MARQUÉS.—Ni una palabra más. Rosario vuelve; os dejo solos. ¿No dices que nunca estáis solos? Pero cuidado, ¿eh? Respeto, consideración, nada que ofenda, nada que moleste; siempre correcto.

AGUSTÍN.—¡Papá! *(Sale el marqués riéndose).*

ESCENA IV

AGUSTÍN, ROSARIO y un CRIADO. Rosario se sienta. Agustín lo mismo. Pausa. Entra el Criado con un sobre grande.

CRIADO.—Con permiso. *(Agustín va a coger el sobre).* Es para la señora. *(Rosario abre*

el sobre y saca una fotografía que deja de pie sobre la mesa. Sale el criado).

ROSARIO. *(Con indiferencia).*—¿Ha venido alguien?

AGUSTÍN.—Sí, Félix. Ha dejado para ti este libro, su libro...

ROSARIO.—¿Qué miras? Mi retrato. Está bien, ¿verdad? Mejor que de fotografía.

AGUSTÍN.—Sí, como que tiene un fotógrafo que coloca y que revela.

ROSARIO.—No, no; éste lo hizo él solo.

AGUSTÍN.—Pero tendría allí el preparador.

ROSARIO.—Cuando yo fuí, no; estaba él solo. El hizo el retrato, él lo reveló...

AGUSTÍN.—Alguien estaría...

ROSARIO.—Yo no vi a nadie. Es un bonito retrato, ¿verdad? *(Cogiendo el sobre).* Otros retratos iguales... ¿Come hoy alguien con nosotros?

AGUSTÍN.—Papá, nada más.

ROSARIO.—Me alegro. *(Sale).*

ESCENA V

AGUSTÍN, el MARQUÉS y GASPARITO

MARQUÉS.—Pasa, pasa. Déjate de tonterías.

AGUSTÍN.—¡Querido tío!

MARQUÉS.—Y Rosario, ¿huyó?

AGUSTÍN.—¡Cuánto tiempo sin verte!

GASPARITO.—Ya ves, con estas cosas...

MARQUÉS. *(A Agustín)*.—¿Qué miras? ¡Ah! Está muy bien, muy bien. Está hablando.

AGUSTÍN.—¿Hablando?

MARQUÉS.—¡Ah! No me había fijado en la firma del fotógrafo. Tienes razón, no está hablando. Es un silencio muy expresivo el de este retrato... Pero ya hablará. Conque, Gasparito, ¿qué es de tu vida?

GASPARITO.—Ya ves, con estas cosas... Agustín, tú no eres padre. *(Al marqués)*. Tú apenas lo eres. Tener un hijo no es ser padre.

MARQUÉS.—Teorías tuyas.

GASPARITO.—He estado luchando antes de venir; no sé si hago mal, pero yo necesito una explicación, la tranquilidad de mi casa, el nombre de mis hijas, víctimas de la maledicencia de este Madrid, Rosario, que ha podido creer...

MARQUÉS.—¡Bah! Chiquilladas. No hay que agrandar estas pequeñeces. Todo ello no ha sido más que ligereza de una parte, malas interpretaciones de otra... Yo me encargo de que no se hable más del asunto; ya le he dicho a Rosario...

GASPARITO.—Pero, ¿no sabes lo que ocurrió anoche?

AGUSTÍN.—¿Anoche? ¿Dónde?

GASPARITO.—En el *foyer* del Real. Al salir se encontraron de manos a boca mi mujer y mis hijas con Rosario, que iba acompañada de su tía Flora. Había gente conocida de todos, y Valentina y mis chicas creyeron lo más correcto saludar a tu mujer, como siempre; pero Rosario, en lugar de agradecer la atención, se encara con Lola; dijo que si te había escrito unas cartas en estos días...

AGUSTÍN.—¡Qué disparate! Unas cartas que no tienen nada de particular.

GASPARITO.—Naturalmente. ¡Pobre criatura! Lola le contestó en broma, y Rosario entonces, descompuesta, como una mujer cualquiera, le dió un abanicazo en el hombro. ¡Figúrate! ¡Rompió el abanico! Lola tuvo bastante serenidad para que la gente creyese que era una broma; doña Flora se llevó a Rosario; pero hubo quien se enteró; a Valentina le dió un ataque al llegar a casa; las chicas están como locas... Su casa es una desolación desde anoche. Pero, ¿no sabías nada?

MARQUÉS.—Yo, no.

AGUSTÍN.—Ni yo. Bien está. ¿Tengo razón ahora?

MARQUÉS.—¡Calma!

GASPARITO.—Sumad este nuevo golpe a lo ocurrido anteriormente, y decidme. ¿Cómo estaré? No sé lo que me pasa, no sé cómo vivo; con decir que no me ha dolido nada en estos días. Los sufrimientos morales se sobreponen a todo. Y mis hijas, sin experiencia del mundo, tan buenas en el fondo, con aquel corazón... Asuncioncita dice que quiere entrar en un convento, Lola dice que se casará con el primer imbécil que

se encuentre, y a mi mujer se le puede ahogar con un cabello.

MARQUÉS.—Aprovecha la ocasión.

GASPARITO.—No te burles de nuestra pena.

MARQUÉS.—Si no me burlo. ¡Válgame Dios! Tan distinguidos como éramos todos y tan correctos, y en un momento... abanicazos, celos mal reprimidos... *(A Agustín)* y tú que vas a romper esa fotografía que no tiene la culpa de nada.

AGUSTÍN.—Yo lo sabré. Voy a casa de Carlos. Necesito que me explique...

MARQUÉS.—Pero, Agustín...

AGUSTÍN.—¡Pobre de él si ha tratado de ponerme en ridículo valiéndose de los celos de Rosario!

MARQUÉS.—No vayas...

AGUSTÍN.—¡Yo le aseguro...!

MARQUÉS.—Te digo que no vayas. ¿Quieres saber a qué atenerte? Déjame a mí. *(Toca un timbre y sale un criado)*. Avise usted a la señorita. *(Sale el criado)*.

AGUSTÍN.—¿Qué vas a decirle?

MARQUÉS.—Déjame a mí. Y tú, Gasparito, no te apures; tus hijas están por encima de la murmuración. Y en Madrid se habla mal

de todo el mundo, pero no se habla más que un día de cada uno.

GASPARITO.—Es muy triste, muy triste estas desavenencias en una familia como la nuestra, tan unida siempre. Agustín, no quieras ser padre. *(Salen Agustín y Gasparito).*

ESCENA VI

ROSARIO y el MARQUÉS

ROSARIO.—¿Eras tú solo el que me llamaba?

MARQUÉS.—Sí; yo solo. Los dos solos nos entendemos muy bien. ¿No es verdad?

ROSARIO.—Sí... Ante todo, ¿se arreglaron tus asuntos?

MARQUÉS.—Ante todo: Agustín me ha encargado de decirte que si procedió de otro modo fué porque tratándose de intereses que son tuyos tanto como suyos, no podía atreverse a disponer sin contar contigo.

ROSARIO.—Si me estimara, si me conociera, sin contar conmigo debió proceder siempre

como ahora. Se trataba de ti. ¿Pensó que yo podía oponerme? ¡Qué idea tiene de lo que debe hacerse! Si yo procediera lo mismo; si sólo tomara en cuenta lo que él puede pensar de mí...

MARQUÉS.—Serías siempre lo que debes ser; lo que eres.

ROSARIO.—No; sería una mujer sin corazón, incapaz de sentir con verdad; como él quiere que sea; como no puedo ser.

MARQUÉS.—Ni él tampoco, aunque se lo proponga. La prueba es, que al ver este retrato no se le ha ocurrido cosa mejor que buscar a Cárlos para saber la verdad, sea como sea...

ROSARIO.—¿A Cárlos? Y a mí, ya lo ves, ni una palabra, ni una queja, ni una duda; correcto siempre. ¿Yo qué le importo? Le importa la ofensa del amigo; la opinión de la gente; de mí, nada. ¿Qué piensa de mí? Si hasta me cree capaz de haberle ofendido.

MARQUÉS.—Habéis jugado con vuestro corazón como dos chiquillos; no debiste ir sola a casa de Cárlos.

ROSARIO.—¿No le pareció ridículo que yo me ofendiera al proponérmelo? Si hubiera ido sola, ¿quién me hubiera llevado?

MARQUÉS.—Sí; el despecho, los celos, una locura... Pero yo estoy seguro de que no fuiste sola.

ROSARIO.—Tú, sí; él, no.

MARQUÉS.—No lo cree tampoco, y ya ves que le importa saberlo.

ROSARIO—Muy lejos ha ido a preguntarlo; yo estaba más cerca.

MARQUÉS.—Temió ofenderte; temió que pudieras decirle... eso; que él tenía la culpa.

ROSARIO.—Temió, temió... Y tú crees que puede vivirse así, temiendo siempre ofendernos, molestarnos, no afrontando nunca la verdad, buscando mil rodeos para disfrazar los sentimientos. El me obligó a ocultar lo que había de verdadero y de grande en mi cariño; no quiso aceptarlo... Ahora que dude, que acepte la mentira... Nunca sabrá de mí la verdad.

MARQUÉS.—¡Rosario!

ROSARIO.—Mi resolución es decisiva. Cuando me llamaste escribía a mi tía Flora; quiero salir de Madrid con ella por una temporada... en apariencia; al fin para siempre.

MARQUÉS.—Pero, ¿has podido pensar...?

ROSARIO.—Una separación correcta es lo me-

jor. ¿Lo dudas? Aquí está Flora; mira qué poco ha tardado al recibir mi carta.

ESCENA VII

Dichos y DOÑA FLORA

ROSARIO.—¡Tía de mi alma!

FLORA.—¡Hija mía! Pero, ¿qué es esto? ¿Qué ha sucedido? Algo muy grave para que tú pienses en una cosa así. ¡Jesús! ¡Una separación! ¡En nuestra familia nunca se han visto estas cosas! Esto es cosa de ustedes.

MARQUÉS.—¡Señora!

FLORA.—¿Es que se ha enterado tu marido de lo de anoche?

MARQUÉS.—¿El abanicazo?

FLORA.—Muy bien merecido, porque esa niña es muy insolente. Después de lo pasado cartearse con tu marido, burlándose todavía de esta criatura. Tu marido se habrá puesto por las nubes; habrá dicho que no te-

nemos educación ni podemos vivir en sociedad...

MARQUÉS.—No ha dicho nada, señora.

FLORA.—Recibí tu carta y eché a correr. Hoy había tenido un almuerzo de viudas. Catorce viudas juntas. Estábamos todas tan alegres...

MARQUÉS.—¿De verse juntas, o de verse viudas?

FLORA.—Déjese usted de bromas. Dígame usted, dime tú, ¿qué ha sucedido aquí?

ROSARIO.—Soy muy desgraciada.

FLORA.—¡Porque tu marido no te quiere!

MARQUÉS.—¿No ha de quererla, señora?

FLORA.—Bueno, ¿porque tú no le quieres a él?...

ROSARIO.—¡Porque le quiero con toda mi alma! ¡Soy muy desgraciada!

MARQUÉS.—Estaba seguro de ello.

FLORA.—Pues con los méritos de su hijo de usted para que le quieran... Y desengáñese usted, todas las mujeres llevamos una novela en la cabeza, y si nuestro marido no sabe ser el protagonista...

MARQUÉS.—Tiene que contentarse con ser el editor, ¿no es esto? *(A Rosario)*. ¿Pero tú

crees que Agustín no te quiere? ¿Que puede no querer a su Rosario?

ROSARIO.—Sí, a la suya, a la que no conoce; pero a mí, a la verdadera, no.

MARQUÉS.—No digas eso; Agustín sabe que eres muy buena.

ROSARIO.—Muy buena, sí; eso dice; como si dijera: qué rubia tan bonita es mi mujer. ¿Debía agradecerle ese elogio, que demuestra que ni siquiera me ha mirado?... ¿Rubia, cuando soy morena?... Pues lo mismo conoce mi corazón. El dice: Rosario es muy buena, muy buena; pero esa bondad no es mi bondad; es la que yo no puedo fingir más tiempo, porque me ahoga tanta mentira.

FLORA.—Tu marido.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y AGUSTÍN

MARQUÉS.—Agustín, estamos en familia; tenemos que hablar seriamente.

AGUSTÍN.—A eso vengo. *(A Rosario)*. Cuando recibiste los retratos, ¿por qué no me enseñaste esta otra prueba?

ROSARIO.—¡Oh!

FLORA.—A ver... Nuestro grupo. ¡Jesús! No me ha favorecido nada.

MARQUÉS.—Pero cómo, ¿usted...?

FLORA.—Sí, fuí con ella, a riesgo de disgustar a éste; y nos hicimos este grupo, abrazaditas las dos... lo más cursi posible; pero esta vez ha sido a propósito...

ROSARIO.—¿Y has necesitado preguntar a nadie para tener la seguridad de que yo nunca hubiera ido allí sola?

AGUSTÍN.—Si no quisiste que lo creyera, ¿por qué dar apariencias de grave falta a ese recurso ridículo de comedia cursi? La mujer celosa que quiere dar celos a su marido... ¡De qué buen gusto es todo esto!

ROSARIO.—¡Basta! Dime si hice bien o si hice mal; no me digas si fuí cursi o si fuí distinguida.

AGUSTÍN.—Sí, hiciste mal, muy mal. ¿Quieres oírlo? Tus celos, tus nerviosidades de niña mimosa, son ya insoportables.

ROSARIO.—No tendrás que soportarlas más. Mi tía Flora piensa pasar una temporada en

el campo. ¿Me permitirás que la acompañe? Necesito dar descanso a mis nervios, como tú dices.

FLORA.—¡Rosario!

AGUSTÍN.—¿No se te ha ocurrido otra cosa? Una separación, ¿no es eso? Ahora que hemos dado tanto que hablar por culpa tuya, para que todo el mundo creyera lo que no es, para ponerme más en ridículo. Ahora no saldrás de Madrid, te lo aseguro. Hagan ustedes comprender a Rosario que no debe pensar en eso.

MARQUÉS.—No, yo no: Rosario tiene razón.

AGUSTÍN.—¿Eh?

FLORA.—Dice usted...

MARQUÉS.—Sí. ¿Para qué disgustos, para qué mortificaciones? En vista de que el matrimonio sólo tiene por objeto poner bien una casa; obsequiar a los amigos invitándoles a comidas, excursiones, etc.; en vista de que Rosario no ha sabido apreciar la bondad de tu distinción, ni tú la distinción de sus bondades, lo mejor es que imitéis el ejemplo de mi cuñada Valentina y de su marido: una separación amistosa, correcta; Rosario se marcha con su tía una temporada; cuando ella vuelva a Madrid, te

marchas tú; la casa, que es lo importante, no se deshace; y con dos meses que paséis juntos al año en cualquier hotel de balneario o de playa a la moda, es bastante para que la gente no se dé por enterada. ¿Qué os parece?

FLORA.—Pero, marqués, marqués...

ROSARIO.—¡Tía de mi alma!

MARQUÉS.—¿No es lo mejor? ¿Para qué habéis de vivir contrariados? Además, tú quieres a otra.

AGUSTÍN.—No es verdad.

MARQUÉS.—Rosario lo cree... Además, Rosario también quiere a otro.

ROSARIO.—¿Qué dices?

AGUSTÍN.—¡Rosario!

FLORA.—Pero usted se ha vuelto loco, marqués.

MARQUÉS.—Yo sé lo que me digo: quiere a otro...

ROSARIO.—¡Bah!

AGUSTÍN.—¿Rosario? No, es mentira; di que es mentira; entonces tus celos, todo lo que yo creí cariño, todo mentira, te has burlado de mí, no como niña mimosa, como una mujer falsa que finge celos porque es más fácil que fingir cariño...

ROSARIO.—¡Agustín!

AGUSTÍN.—Y yo que me sentía orgulloso, y por eso quizá me burlaba al verte celosa; yo, que después, al creer que sólo tratabas de despertar mis celos, llegué a sentirlos a pesar mío, y antes, créelo, cuando vi ese retrato, cuando pensé siquiera que tú... comprendí que se pudiera pegar a una mujer.

ROSARIO.—¡Oh!... ¡Agustín, Agustín de mi alma!

AGUSTÍN.—Rosario, ¡no es verdad, no es verdad!

MARQUÉS.—¿No te decía yo que quería a otro? Ya lo ves, ya eres otro; a éste quería ella.

ROSARIO.—A ti siempre, seas como seas. Porque nos unieron conveniencias sociales, pensaste que yo no podía quererte más de lo que tú acaso me querías. No, yo no sacrifiqué ningún ideal al unirme contigo; me uní a ti lealmente, sin otro ideal que conseguir tu cariño para siempre, porque eres el único hombre a quien he querido, porque soy tu esposa y porque soy honrada.

AGUSTÍN.—Porque eres muy buena.

MARQUÉS.—Distinción del alma que bien vale todas las distinciones de la moda.

FLORA.—Convéncete. Lo bueno nunca es cursi.

AGUSTÍN.—Alguna vez, querida tía. ¿Me permites la última broma?

FLORA.—¿Por qué no?

AGUSTÍN.—Por ejemplo, esos pendientes que llevas son muy buenos, muy buenos, pero...

FLORA.—¿Son cursis? Desde el día de su boda no se los quitó nunca mi madre. ¿Puedo llevarlos?

ROSARIO.—¡Oh! Ya lo creo.

FLORA.—Y hoy, que es el verdadero día de vuestra boda, se los ofrezco a Rosario. ¿Le permitirás que los luzca?

AGUSTÍN.—Sí; querida tía, perdona; dices bien: la bondad nunca es cursi.

MARQUÉS.—¡Qué almuerzo de divorciadas se ha perdido usted!

FLORA.—Pero aun temo...

MARQUÉS.—¿Teme usted?

FLORA.—Si Agustín habrá visto estos días a alguna persona distinguida muy amartelada con su mujer, y será éste el último figurín...

ROSARIO.—Sí, será el último. ¿No es verdad?

AGUSTÍN.—El último. Mañana almorzaremos en tu casa; pero los cuatro solos.

FLORA.—¿Lo vés? Todavía tiene miedo a lo cursi.

AGUSTÍN.—No: asistiré a tu primera reunión. Quemo mis naves...

MARQUÉS.—Y ahora que la moral se ha salvado, como en las comedias cursis...

FLORA.—Sólo nos falta pedir el aplauso. *(Telón).*

FIN DE LA COMEDIA

Date Due

Library Bureau Cat. No. 1137

114715

862
B456n

Benavente y Martinez, Jacinto
AUTHOR

La noche del sábado.
TITLE

DATE DUE	BORROWER'S NAME

114715

862
B456n

Benavente y Martinez, Jacinto

La noche del sábado.

BIBLIOTECA SOPENA

ENRIQUE LARRETA

La Gloria de Don Ramiro, 2 ptas.

CARLOS MARIA OCANTOS

La Ginesa, 1 pta.
León Zaldívar, 1 pta.
Quilito, 1 pta.
Entre dos Luces, 1 pta.
El Candidato, 1 pta.
Tobi, 1 pta.
Promisión, 1 pta.
Misia Jeromita, 1 pta.

MATEO ALEMÁN

Guzmán de Alfarache (2 tomos), 2 ptas. cada uno.

MIGUEL DE CERVANTES

Don Quijote de La Mancha, 3 ptas.
Novelas Ejemplares (2 tomos), 2 ptas. cada uno.
La Galatea, 2 ptas.
Persiles y Segismunda, 2 ptas.

EDUARDO MARQUINA

La Caravana, 1'50 ptas.
Beso de Oro, 1'50 ptas.

A. F. DE AVELLANEDA

El Quijote Apócrifo, 2 ptas.

A. G. BARRILI

Como un sueño, 1 pta.
El Olmo y la Yedra, 1 pta.
El tesoro de Golconda, 1 pta.
El castillo de Gavone, 1 pta.

J. S. FLETCHER

Los Lobos y el Cordero, 1 pta.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Historia de la vida del buscón, 2 ptas.
Los Sueños, 2 ptas.

MARTINEZ BARRIONUEVO

¡Misericordia! 1 pta.
Filigrana, 1 pta.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

Floración, 2 ptas.
La Novela del Honor, 2 ptas.
Entre todas las Mujeres, 2 ptas.
La Imposible, 2 ptas.
El Salto de la Novia, 2 ptas.
Las sensaciones de Julia, 2 ptas.
Sirena, 2 ptas.
Dominadoras, 2 ptas.
¡Muera el Señorito!, 2 ptas.
El País de los Medianos, 2 ptas.
Poseída, 2 ptas.

A. HERNANDEZ-CATÁ

La Juventud de Aurelio Zaldívar, 1'50 pts.
Novela erótica, 1'50 ptas.
Fuegos fatuos, 1'50 ptas.
Pelayo González, 1'50 ptas.

MANUEL UGARTE

Las espontáneas, 1 pta.

F. VILLAESPESA

El Alcázar de las Perlas, 1'50 ptas.
El Libro del Amor y de la Muerte, 1'50
Aben-Humeya, 1'50 ptas.
La ciudad de los ópalos, 1'50 ptas.
Tierra de encanto y maravilla, 1'50 ptas.

EDUARDO ZAMACOIS

El Lacayo.—La Quimera (1 t.), 1'50 ptas.
Sobre el Abismo, 1'50 ptas.
Bodas trágicas.—La Estatua, 1'50 pts.
Punto-Negro, 1'50 ptas.
Memorias de una Cortesana (2 tomos), 1'50 ptas. cada uno.
El Seductor, 1'50 ptas.
Loca de Amor, 1'50 ptas.
Duelo a muerte, 1'50 ptas.
La Enferma, 1'50 ptas.
Incesto, 1'50 ptas.
Amar a obscuras.—Horas crueles, 1'50
Noche de Bodas.—Semana de amor 1'50
De carne y hueso, 1'50 ptas.

A. DE HOYOS Y VINENT

Bestezuela de amor, 1'50 ptas.
A Flor de piel, 1'50 ptas.
Frivolidad, 1'50 ptas.
Los Emigrantes, 1'50 ptas.
Mors in vita, 1'50 ptas.
La Vejez de Heliogábalo, 1'50 ptas.
La Hora de la Ceguda, 1'50 ptas.

ÁLVARO RETANA

Al borde del pecado, 1'50 ptas.

SERAFIN PUERTAS

El sátiro Priapo y la Diosa Hebe, 1 pta.

L. VÉLEZ DE GUEVARA

El Diablo Cojuelo, 2 ptas.

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

El Ultimo Contrabandista, 1'50 ptas.

A. MARTINEZ OLMEDILLA

Siempreviva, 1'50 ptas.
Siervo y Tirano, 1'50 ptas.
Las Perversas, 1'50 ptas.

A. PALACIO VALDÉS

El Maestrante, 2 ptas.
La Hermana San Sulpicio, 2'50 ptas.

JACINTO BENAVENTE

La noche del sábado.—Lo cursi, 2 ptas.

W. FERNANDEZ-FLOREZ

La Procesión de los días, 1'50 ptas.

FERNANDO DE ROJAS

La Celestina, 2 ptas.

VALENTIN MANDELSTAMM

Nueva York, 1 pta.

VAZQUEZ YEPES

Doña Isabel de Godínez, 1 pta.

JOSÉ COSTA FIGUEIRAS

La sugestión de América, 1'50 ptas.
Las Fraguas de la Fortuna, 1'50 ptas.

ENRIQUE ANIBAL

El Poema Eterno, 1 pta.

J. ORTIZ DE PINEDO

Rosa de Sevilla, 1 pta.

M. J. DE LARRA (FIGARO)

Obras completas, (4 tomos), 2 pesetas cada uno.

J. ORTEGA MUNILLA

Esfinges de acero, 1 pta.

GRACIA DELEDDA

El camino del mal, 1 pta.

JUAN VERGA

Eros, 1 pta. Eva, 1 pta.

ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

Memorias de un reo, 1 pta.

ELINOR GLIN

Las visitas de Isabel, 1 pta.

FERGUS HUME

El pergamino perdido, 1 pta.

DANIEL LESUEUR

Odette, 1 pta.

La Pícara Justina, 2 ptas.

Antología de Poetas Americanos, 1'50 pts.

Collar de Perlas, 1'50 ptas.